

DIARIO DE UNA SECUESTRADA

NUNCA DESCARTES SER TÚ EL OBJETIVO

ANA CEPEDA ÉTKINA



Ana Cepeda Étkina, (Madrid -1969) estudió Piano y Solfeo en el Real Conservatorio, se diplomó en Publicidad por el Centro Español de Nuevas Profesiones (Madrid) y en la actualidad es la responsable de la biblioteca de un prestigioso colegio internacional. Vivió en Nueva York y se declara una fanática de la lengua castellana y la escritura.

Comenzó a publicar relatos por internet y el éxito le llegó con su primera obra, «**Harina de otro costal**» (Queimada Ediciones. Nov. 2014), basado en el manuscrito de su padre sobre sus 30 años en la URSS.

Con «**Diario de una secuestrada**» el pulso de la autora demuestra su capacidad para tejer de una manera sencilla una historia que se va complicando a medida que avanza el relato.

DIARIO DE UNA SECUESTRADA:

Ana Cepeda Étkina.

Esta obra se encuentra registrada bajo la licencia de Creative Commons con Código: 1505184116404

Fecha 18-may-2015 13:52 UTC

Licencia: Creative Commons Reconocimiento 3.0

© Todos los derechos reservados. Se prohíbe expresamente el uso de los contenidos, formatos y diseños protegidos por copyright, en su totalidad o parcialmente, en cualquier formato o canal de comunicación, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, independientemente del fin, destinatario o usuario, público o privado, sin la autorización expresa y escrita de la autora. Contenidos e información protegidos por copyright titularidad de la autora, Ana Cepeda Étkina

Texto, maquetación: Ana Cepeda Étkina

Diseño de portada: David Cristo Orell

Correcciones y edición: Jose C., David Cristo Orell

Información de contacto: <http://cepedaetkina.blogspot.com.es>

<https://www.facebook.com/A.CepedaEtkina.escritora/>

Segunda edición: Octubre 2017. Amazon

ISBN: 9781549875793

Primera edición: Julio 2015. Queimada Ediciones, S. L.

**DIARIO
DE UNA
SECUESTRADA**

Nunca descartes ser tú el objetivo

Día 1: miércoles, 24 de mayo.

Desperté sobresaltada, con las muñecas atadas por encima de la cabeza y, al intentar levantarme, el impulso fue frenado por unas esposas que me anclaban al cabecero de una cama. «¿Dónde estoy?», divagué, desubicada mientras enfocaba la vista sobre los objetos que me rodeaban. Apenas tenía riego sanguíneo en los brazos; estaban fríos e insensibles por la postura. Inmediatamente, recuperé el último recuerdo consciente de aquella misma mañana: un tipo enorme me había asaltado por detrás de una columna del garaje. Casi volví a sentir el tirón de pelo que me dio al sujetarme por la coleta. Después, la imagen de un pañuelo tapándome la cara. ¿Sería cloroformo? A partir de ahí, nada más. Lo siguiente fue despertarme en aquella cama ajena. Tenía un sabor amargo en la boca y un ligero ardor de estómago, por lo que supuse que habría inhalado algún narcótico muy fuerte.

La silueta del mobiliario me fue devolviendo la consciencia poco a poco. A mi derecha, había una pequeña ventana por donde los rayos del sol se colaban con fuerza y las paredes de madera revelaban que estaba en una especie de cabaña. La ausencia de ruido urbano, me daba la certeza de estar fuera del tránsito de la ciudad. Además olía a leña y a jara. Seguramente me encontraba en la sierra o en alguna montaña. Bajo el ventanuco, una mesa redonda en la que reposaban un vaso, una jarra de agua y varias cajas de medicamentos. Una silla de mimbre, que iba en concordancia con lo rural del entorno, se alojaba bajo la mesa. Frente a la cama, un aparador setentero de color marrón sapeli con los tiradores oxidados y un espejo colgado en la pared donde no podía verme reflejada si no me incorporaba. Todo me pareció hortera y pasado de moda. Daba la sensación de ser un sitio en la que se habían ido acumulando trastos. Solo faltaba alguna figurita de cerámica para rematar la escena, un cazador con un galgo, por ejemplo.

Una vez espabilada del todo, observé de nuevo mis muñecas aprisionadas y me fijé en el mecanismo de las esposas. Primero opté por movilizarlas para activar la circulación y, ya recuperada la sensibilidad, intenté sacar una mano, estrechándola por el aro metálico, pero era demasiado estrecho incluso para mis manos menudas. No tardé mucho en empezar a sudar por el esfuerzo. De una patada empujé la manta que me cubría, provocando

que cayese al suelo. Descubrí entonces mis piernas blancas que quedaron parcialmente tapadas por el vestido primaveral que llevaba puesto aquel día. Luego vi que alguien había cubierto mis pies con unos grandes calcetines que, lógicamente, no eran de mi talla. Recordé también que aquella mañana había empezado a hacer calor y me había puesto unas manolettinas planas, sin medias. Levanté un pelín la cabeza para tratar de localizarlas y las vi en una esquina, junto a la mesa. Esos detalles me indicaban que quien me hubiese capturado, no parecía querer lastimarme. Al menos no de momento, si no, ya estaría muerta. Pasé a revisarme el resto del cuerpo. No tenía golpes ni moratones; no me dolía nada, tan solo falta de sensibilidad en los brazos por la postura. Me fijé entonces que los rayos de sol entraban oblicuos y supuse que ya sería más de media tarde. Habría dormido unas diez horas o más, necesitaba ir al baño y cambiar de posición urgentemente.

De pronto, escuché un ruido seco, como el que hace una puerta al cerrarse de golpe y di por hecho que alguien había entrado en la casa. Mi corazón se aceleró de inmediato, palpitando rápido, y provocando incluso que pudiera escuchar mi flujo sanguíneo bombeando en mis oídos. Respiré profundamente para calmarme. «Contrólate. Relájate», medité. No sabía qué hacer ni a quién me iba a enfrentar, necesitaba más tiempo y, sabiendo que dormida nadie me haría daño, cerré los ojos y fingí seguir durmiendo para tratar de entender de qué iba todo aquello. La manta tirada en el suelo me delataba, pero no podía recogerla. Ralentiqué entonces mi respiración, calmé mi pulso y me concentré tan solo en los sonidos que había a mi alrededor. En cuestión de unos segundos escuché las bisagras chirriando y adiviné una presencia que me observaba, callada. El pulso, traicionero, estuvo a punto de delatarme, dando señales de que estaba consciente y alterada, pues era capaz de notar cómo vibraban las arterias en mi cuello y también en las sienes. Sin embargo, conseguí que mis párpados siguieran relajados, lisos, sin señal de movimiento alguno, acompasando el ritmo de una supuesta respiración aletargada, como si siguiera buceando en sueños.

La persona que ahora merodeaba a mi alrededor olía a colonia fresca. No era masculina ni femenina. Era una fragancia agradable y suave que destilaba un dulce olor a limón. Después, un ligero *click* me hizo adivinar que el chasquido de algo metálico que tenía apenas a un metro era sin duda la tapa de un móvil.

—Oye —pronunció una grave voz femenina—, esta zorra sigue dormida. ¿Cuánto le habéis dado?

*

Absorta en los movimientos que hacía aquella mujer, e imaginando sus pasos en la habitación, sentí su voz dándome la espalda. Estaba convencida de que no me miraba y fue imposible contenerme: abrí un ojo apenas un milímetro con intención de saber qué aspecto tenía. Efectivamente, estaba de espaldas. Era espigada y vestía una camiseta negra sin mangas que dejaba exhibir unos musculados brazos. El pelo parecía rubio artificial y lo llevaba recogido en un moño, en lo alto de su cabeza. Unos pantalones vaqueros ajustados mostraban unas largas piernas que daban paso a unos pies grandes enfundados en unas deportivas. En la mano libre sujetaba una prenda negra de lana. Parecía un gorro. Desde atrás, desde luego, parecía muy andrógina.

—¿Y si no se despierta qué hago? —volvió a preguntar con voz ronca.

Un susurro emergió desde el otro lado de la línea del teléfono.

—¡Pues la despierto a hostias y punto! —elevó el tono de voz.

«¿A hostias? ¡Esto pinta mal! ¿Qué era eso de que no te harían daño?», me susurró un diablillo posado en mi hombro derecho, mientras fingía seguir dormida bajo los efectos de la droga.

—Vale, ya, y si no, en un par de horas venís vosotros aquí, que lo mismo se os ha ido la mano y la hemos cagado...

Sentí su voz que se alejaba poco a poco:

—Tiene que estar a punto de despertar porque se ha revuelto bastante, la manta está tirada en el suelo. Es raro, ¿esto no se supone que te deja fuera de combate?

Al final la escuché hablando detrás de la puerta y pude relajarme. Al hacerlo, fui consciente de cómo el miedo se iba apoderando de mí, convirtiéndose en un sudor frío que me supuraba por los poros. Esto iba en serio y no sabía cómo actuar.

Permanecí pensativa un buen rato, tendida boca arriba, con las manos

dormidas por encima de la cabeza, ancladas al oxidado cabecero y mirando al techo decrepito que parecía querer derrumbarse de un momento a otro. Pensé en los pros y los contras: seguir disimulando no iba a servirme de mucho, quizás lo empeoraría. Tenía que saber qué es lo que pasaba, qué es lo que hacía yo allí y por qué me retenían. ¿Cuántos eran? ¿Qué querían? ¿Dinero? ¿Qué dinero, si no éramos millonarios? «Seguramente, se podrá razonar con ellos», medité. Se habrán equivocado de persona, pero eso es bueno. Por lo poco que sabía del tema, aquel que era secuestrado por error no acababa de vuelta en su casa, tranquilamente. Yo era una persona normal, con una vida corriente, no era la hija de un político ni de un multimillonario. No tenía sentido. Aquella mujer había hablado en plural, tenía que razonar con ellos. Así pues, tras sopesar mucho qué hacer, decidí dejar de simular que dormía para tratar de solucionar el tema cuanto antes.

Sacudí el cabecero de metal, tirando de las muñecas. Golpeé primero suavemente, después cada vez más fuerte, hasta que el ruido metálico se hizo bastante estridente, pero la mujer no parecía oírme. Por fin, pasados unos minutos, escuché unos pasos rápidos retumbando en el suelo de madera. Luego un silencio, frente a la puerta. Después, la abrió.

Llevaba puesto un pasamontañas negro que le hacía cobrar un aspecto realmente tenebroso. Para colmo, estaba oscureciendo y las sombras alargaban aún más las siluetas, dándole al entorno un aire más tétrico.

—¡Vaya! ¡La bella durmiente se ha despertado! —exclamó irónica.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —pregunté con tono exigente.

—Cállate —me ordenó—. No necesitas saber nada ¿me *entiendesss*? — Había un evidente toque camorrista en su voz.

—Yo no soy...

—No hay nada que explicarte, ¿*estamossss*? —interrumpió— ¿Quieres agua?

—Sí, por favor —contesté cambiando el tono de voz, viendo que aquella tipeja era un hueso duro de roer.

Me acercó un vaso que había llenado y se sentó en la cama para que no

se derramase.

—Me gustaría cambiar de postura, por favor. Me duelen mucho los brazos y la espalda.

—Hay que joderse con la princesita —masculló para sí. —En un zulo teníamos que haberla metido —siguió protestando entre dientes.

—Es que tengo los brazos dormidos —intenté que empatizara.

—Bebe y calla —sujetó el vaso mientras yo tragaba con ansia. Por fin pude quitarme la peste a éter dulce que me había dejado la droga.

—Gracias.

Enmudeció.

—Por favor..., la postura. No aguanto más así.

Salió de la habitación sin decir nada.

Pensé que me estaba ignorando, pero volvió al cabo de unos minutos con una cadena muy larga y comenzó a enrollarla entre los barrotes del cabecero. Primero fue directa hacia mi mano izquierda: abrió la esposa con una llave pequeña. Mi brazo, inerte y frío, cayó a plomo. Con mucho cuidado, enganchó el aro de metal a uno de los eslabones del final. Después hizo lo mismo con la mano derecha. Hice circular la sangre, abriendo y cerrando las manos, sintiendo unos pinchazos desagradables.

Mientras realizaba toda aquella operación, me dediqué a indagar en sus ojos y ella lo notó. Quería tener todos los detalles para identificarla de alguna manera. Tras la máscara, asomaban un par de ojos color miel, bajo unas oscuras y pobladas cejas que no llegaban a cubrirse con el pasamontañas. También pude intuir su nariz prominente, así como una barbilla bastante incisiva que sobresalía puntiaguda bajo la negra lana. Sus labios eran finos, sin apenas volumen. Más abajo, un cuello largo del que pendía una cadena de oro muy fina portando un extraño símbolo que se balanceaba al compás de sus movimientos. Rozaba un lunar grande, de esos que están a punto de convertirse en verruga, y en uno de los brazos lucía un tatuaje con una especie de estrella de puntas.

—No me mires tanto, no soy bollera —me dijo, vulgar.

—Vale, ya estás —finiquitó el ensamble de cadenas.

—Necesito ir al baño.

—¡Jooooder, ¿y me lo dices ahora?

Encogí los hombros en señal de inocencia. Estaba tan pendiente de fijarme en los detalles físicos de la mujer que no me había dado cuenta de que para llegar hasta el cuarto de baño tenía que volver a repetir la operación a la inversa.

Cuando la mujer volvió a abrir las esposas me ordenó que me levantara. Obedecí sin rechistar y, al hacerlo, noté cómo la cabeza me daba vueltas y comenzaba a marearme. Tuve que sentarme en la cama, con la cabeza entre las manos para volver a recuperar el equilibrio.

—¿Estás bien? —era una exigencia más que una pregunta.

—Sí, dame un minuto.

—Pon la cabeza entre las piernas —no la escuché— ¡Obedece, coño!

Era agresiva y repugnantemente barriobajera. Sin mirarla obedecí y noté cómo paulatinamente fui recuperando el equilibrio. Una vez que había conseguido encontrarme mejor, me levanté sin decir nada. La mujer sujetaba las cadenas que se arrastraban entre sus manos y las mías, rozando el suelo, y comenzó a avanzar.

Atravesamos el rústico salón que estaba decorado con muebles viejos: un sofá de tres plazas roído, una mesa baja de madera descolorida y una televisión analógica con culo que, sin encenderla, se notaba que no funcionaba. El baño quedaba a mano izquierda, justo en un rincón de la casa. Era amplio, con los típicos azulejos de los años ochenta, unas palmeras estampadas en baldosines alternos y una celosía azul que pretendía ir a juego.

Todo estaba en perfecta armonía con el resto: pasado de moda y anticuado. Justo encima del inodoro había una amplia argolla que había sido fijada recientemente, pues el cemento aún olía a húmedo. De ella colgaba una solitaria esposa. La mujer enganchó el último eslabón de la cadena con el aro,

de esa manera cerró el circuito, engarzándolas entre sí. Tenía suficiente libertad de movimientos para moverme por todo el cuarto y llegar a todos los sanitarios, permaneciendo encadenada. Lo tenían todo pensado, todo planeado al milímetro. Cuando acabó de cerrar el círculo, salió sin mediar palabra, dejándome sola.

Me senté en la taza del inodoro, que afortunadamente apestaba a lejía. Otra cosa no, pero al menos, estaba limpio. Fui analizando la situación al evacuar todos los líquidos retenidos durante tantas horas. Había una gran bañera grisácea situada a mi derecha y, en la pared, otra ventanita como la de mi habitación. Frente al váter, el lavabo también a juego con la bañera, y bajo este un mueble con cajones abombados por la humedad del ambiente. Terminé y me miré en el espejo: estaba lívida y tenía los ojos hinchados de tanto dormir. Me aseeé como pude la cara, las axilas y poco más, pues trataba a toda costa de despertarme, pero seguía sin conseguirlo. En último lugar, abrí la puerta y vi que la tipa enmascarada estaba sentada, fumando un cigarro y con una cara de resignación que yo imaginaba, pues no podía ver qué gesto tenía.

—¿Ya? —casi escupió.

—Ya.

—Pues ahora volvemos a la habitación y te vas a quedar ahí calladita, sin darme guerra. ¿Verdad?

Me llevó como si paseara a un perro, sin prisa, con la cadena colgando. Volvió a engarzar las esposas y a entrelazar las cadenas. Me preguntó si quería agua y volví a beber, ahora ya más tranquila. Y, acto seguido, salió de la habitación, sin decir ni una sola palabra, cerrando la puerta detrás.

Día 2: jueves, 25 de mayo.

Deduje que el agua llevaba algún tranquilizante u otro tipo de droga porque fui consciente de cómo mis músculos se fueron relajando lentamente y los párpados me pesaban cada vez más. Antes de volver a caer inconsciente, me pregunté para qué querían entonces que me despertara si después me iban a volver a drogar. Quizás para asegurarse de que seguía con vida, simplemente. El caso es que caí en un pozo de sueños inestables que me mantuvieron entrando y saliendo de ellos hasta el día siguiente. Soñé que llegaba al garaje de mi oficina, escuchaba un ruido detrás de mí y salía una figura siniestra detrás de una columna. Corría, pero no avanzaba. Entonces alguien muy grande me agarraba de la coleta y me pinchaba en el cuello. El sueño se fue repitiendo varias veces, aunque en diferentes situaciones. Unas veces corría, otras gritaba, pero siempre acababan por cogerme y pincharme en el cuello. Mi cuello, que estaba tatuado con el dibujo de una estrella como el de aquella mujer.

Por fin mis ojos se fueron acostumbrando a la claridad que, impertinente, se colaba por la pequeña ventana. Estaba tumbada de lado, de cara a la pared. Me notaba los ojos hinchados de nuevo, me pesaban como si fueran kilos. El resto del cuerpo seguía anestesiado. Y fui enfocando la vista, recordando lo acontecido el día anterior: la mujer, las cadenas, las esposas, el agua... y automáticamente, mis latidos comenzaron a golpearme de nuevo, rebotando en mis oídos: «¡Estoy secuestrada! ¡No es una pesadilla!».

Reparé en que podía escuchar una respiración cercana, justo detrás de mí. Me giré, veloz, casi pegando un brinco, y lo vi sentado junto a la mesa, escudriñándome tras otra máscara negra a través de unas aberturas para sus ojos. Incluso desde la distancia podía distinguir que tenía unos gélidos ojos azules que petrificaban en el acto.

—¿*Qui* hay? —habló con un acento que no terminé de ubicar.

Podría ser búlgaro, polaco, ruso, moldavo..., de Europa del Este seguro. Aun sentado pude ver que era un hombre corpulento.

—Hola —esbocé un miedoso susurro.

Si la mujer me había parecido indudablemente una macarra, aquel que tenía delante era la versión masculina perfecta para ella: fornido, con una musculatura descomunal y unos brazos adornados con unas venas muy marcadas. La estrecha camiseta negra, las botas de montaña y los pantalones vaqueros ornamentados con un cinturón de hebilla inmensa eran el sueño hecho realidad de cualquier matón.

—Aquí tienes algo para *disayunar*.

—¿Con somníferos? —ironicé.

No supe por qué de pronto me había envalentonado.

—¡*Vaia!* Nos ha salido *grasiosa* la *señora*.

Parecía hablarme como si nos conociéramos de toda la vida.

—¿Me podrías explicar, por favor, que estoy haciendo yo aquí y cuándo me vais a dejar salir? Os estáis equivocando de persona. Nosotros no tenemos dinero —seguí con la táctica del diálogo que ya había intentado el día anterior con la mujer. quizás fuera una mala bestia, pero podría ser alguien razonable, pensé.

—Eso *ia* lo sabemos.

—¿Entonces? Yo no soy nadie importante, mi familia no tiene dinero, no soy la hija de un ricachón...

—¿Y quién ti ha dichio que esties aquí por eso? Además, no *necesitas* saber nada. ¿Quieres comer o no? —repitió el príncipe de hielo.

—Sí, claro. Pero antes necesito ir al servicio. Llevo demasiadas horas tumbada.

—Claro, las mujeres, ya si sabe. Siempre con la vejiga *lli*ena.

Se quería hacer el gracioso o intentaba ser medio amable conmigo, pero se notaba de lejos que no era demasiado espabilado y aquello no era cortesía sino estupidez.

Después vi el menú que reposaba en la bandeja. Habían preparado una tortilla francesa que debía llevar hecha varias horas, un café aguado y, de

postre, una pera que, a priori y sin tocarla, sabía que estaba como una piedra. Pero tenía hambre. Llevaba sin comer mucho tiempo y mi estómago ya dolía. Eso sí, necesitaba volver al baño urgentemente.

—Necesito hacer pis y no esperarás a que lo haga aquí, delante de ti.

—*Tranquila* —hizo un ademán para que tuviera paciencia.

Se dirigió a mi muñeca izquierda y abrió la esposa con una llave minúscula que sacó escrupulosamente de su bolsillo delantero. Después, se desplazó a la mano derecha para hacer lo mismo. Exactamente el mismo protocolo que hizo la mujer el día anterior.

—*Vamos, levántate.*

No se me habría ocurrido escapar, forcejear o intentar liberarme de ninguna manera. Una vez de pie me di cuenta de que le llegaba a la altura del pecho. Me sacaba tres cabezas, y su corpulencia duplicaba la mía. Sería un suicidio. Llegamos de nuevo al aseo y repitió la misma operación con las cadenas, saliendo después.

Debía de hacer algo y, tras sentarme de nuevo en el inodoro, estudié la situación. «Los muy cabrones lo tienen todo previsto». Terminé y me fijé en la ventana, sobre la bañera, así que me encaramé al borde del sanitario y giré el oxidado picaporte para observar qué es lo que había. Efectivamente, estaba en medio de un bosque, pues solo había árboles y zarzales, pero alguien tendría que haber cerca que me pudiera escuchar. Entonces, decidí jugármela: llené los pulmones de aire y, sin pensar en las consecuencias, comencé a gritar todo lo que pude.

—¡Socooooooooooooorroooooooooooooooooooooo! ¡Me han secuestradoooooo! ¡Que alguien me ayudeeeeeeee! ¡Socooooooooooooorro!

El enorme carcelero tardó unas milésimas de segundo en abrir la puerta. Yo seguí gritando varias veces más y, sin articular palabra, elevó su rígido brazo, dejando caer una bofetada sobre mi cara.

Del primer golpe me rompió un labio y la nariz comenzó a sangrar. El siguiente fue el que me lanzó despedida, provocando que me golpeara la cabeza con el borde de la bañera. Pude haberme matado, pero afortunadamente

solo perdí el conocimiento.

Día 3: viernes, 26 de mayo.

Cuando abrí los ojos, lo primero que noté fue un fuerte dolor en la nuca, hinchazón en los labios y la nariz acartonada por la sangre reseca. Conseguí enfocar la vista a duras penas sobre una figura que permanecía sentada en el borde de la cama, justo a mi lado. La máscara que llevaba puesta me devolvió el sentido de la realidad, dejando que el pánico se apoderara de mí. Veloz, repté hacia el cabecero de la cama, sintiendo que aún estaba medio mareada. Me agarré las rodillas, en posición fetal, acompañada del soniquete de las cadenas que me recordó que seguía presa.

El enmascarado no se movió y me dejó incorporarme, alejándome. Se había cambiado de ropa y ya no llevaba esa camiseta comprimida que remarcaba todos y cada uno de sus músculos. Ahora vestía con una holgada camisa blanca, remangada en los antebrazos. Pese a que tenía el mismo aire tenebroso, lo curioso era que ahora no parecía tan fuerte y el vello de sus brazos no era rubio, sino oscuro.

—Bueno, parece que ya la tenemos de vuelta —dijo en un perfecto castellano—. ¿Qué te crees que es esto? —preguntó con un tono que parecía amonestarme.

Aquel individuo no correspondía a la imagen del que me había estampado contra los azulejos del cuarto de baño, y traté de entender qué es lo que estaba pasando, desorientada. No supe por qué, pero de pronto me sentí más relajada. Busqué apoyo para mi espalda en el cabecero de hierro sin quitar la vista del par de pupilas que seguían observándome tras el pasamontañas. Entonces caí en la cuenta de que aquel que tenía delante era otro captor.

—Tenía que intentarlo —dije tras estudiarle, resignada.

—Ya, pues mira lo que te has llevado. Un poco más y te matas.

—Me matan —puntualicé.

—Vamos a ver, Eva —«¡Saben hasta mi nombre!», pensé asustada—, te voy a contar de qué va esto porque tengo la sensación de que eres un pelín cabezota y vas a estar dando la lata. Queremos solucionar este... percance

cuanto antes —dejaba claro que le había costado encontrar la palabra adecuada—. Te vas a quedar aquí unos cuantos días. No tienes otra opción.

—No tengo dinero, os estáis equivocando.

—No nos estamos equivocando y no se trata de dinero. Tu marido tendrá que reclamarte tarde o temprano, tiene que dar señales de vida. De hecho, nos extraña que, pasado día y medio, no te haya llamado. Nosotros hablaremos con él y pondremos nuestras condiciones para que vuelva a verte viva. No queremos hacerte daño, ahora bien, si tanto tú como él nos lo ponéis difícil, tendremos que... domarte —volvió a pensar la palabra que debía utilizar—, pero es tremendamente desagradable para todo el mundo y, desde luego, ese no es el propósito.

Las aberturas del pasamontañas dejaban escapar unas pestañas oscuras que emergían de unos ojos verdosos. Al contrario que las otras máscaras, esta no tenía agujero para la boca y su voz sonaba un poco opaca.

—¿Pero qué es lo queréis si no es dinero? —intenté sonsacarle.

—Eso es algo entre tu marido y nosotros. Él sabe qué es lo que tiene que hacer.

—O sea —interrumpí—, yo, que ni pincho ni corto en esta historia, ¿soy la que peor parte saca?

—Tú, repito, no tienes más remedio que quedarte aquí tranquila unos días... de vacaciones. ¿Quieres que te traiga algo para leer? —preguntó con un ápice de cercanía.

—¡Vete a la mierda! —Me envalentoné con la certeza de que no me harían daño.

Entonces me di cuenta de que el matón estaba oculto en la penumbra, donde no había alcanzado a verle. Venía directo hacia a mí, pero un ademán del brazo de mi interlocutor lo detuvo.

—Tómame esto como unas mini vacaciones —retomó su tono áspero—. Descansa, relájate y, en cuanto lleguemos a un acuerdo con él, te dejamos en casa y aquí no ha pasado nada ¿Lo comprendes?

—¿Y qué pasa con mi trabajo?

—De eso no debes preocuparte.

—Si no aparezco van a pensar que...

—Estás de baja —contestó tajante.

—¿Cómo que de baja?

—Olvídate de eso. En tu trabajo está todo bien, piensan que has tenido una lesión.

Solo entonces comprendí la gravedad del asunto en el que estaba metida. Si habían falseado una baja o tenían un médico implicado para firmarla, sin duda sonaba a organización o mafia. «¡Pero Javier, ¿en qué estás metido?! Esta sí que no te la perdono», mascullé indignada.

*

Pasé lo que quedó del día cavilando, inquieta. Le rogué a ese “príncipe de los Balcanes” que me custodiaba, que me acercase la silla para poder alternar diferentes posturas. Me tumbaba, me sentaba y caminaba lo poco que me permitían las cadenas. Llegué incluso a hacer abdominales en la cama para entretenerme y no dejar que mis músculos comenzaran a atrofiarse. Era el único ejercicio que podía hacer. Hojeé también un par de revistas que me había dejado el tercer secuestrador, pero fui incapaz de concentrarme. Mientras tanto, escuchaba las voces de mis captores en la sala contigua y me sorprendí a mí misma analizando sus tonos, sus palabras y a quién correspondía cada voz, aunque no saqué nada en claro.

La mujer entraba de vez en cuando, con la cara siempre tapada, para saber qué es lo que estaba haciendo. Movía la cabeza de lado a lado, censurando cualquier actividad que ella considerase inaceptable, y yo la ignoraba, sabiendo que eso le irritaba incluso más. Después, intercambiaba pareceres con el gigante tras la pared de mi habitación. Al tercero no se le escuchaba, por lo que deduje que se había marchado.

Estaba convencida de que en cuanto llamaran a Javier llegarían a algún acuerdo y no tardarían mucho en hacerlo. No tenía ni la menor idea de lo que se traían entre manos aunque, por mucho que lo negaran, seguro que era

cuestión de dinero. Si era por eso, confiaba en que Javier pidiese un crédito en cuanto lo localizaran y le hiciesen saber la situación. Su primo era un pez gordo del Banco del Alto Comercio y le daría lo que pidiese.

Solo era cuestión de tiempo, así que debía calmarme. Si perdía los nervios sería peor, tenía que ser paciente y relajarme dentro de lo posible. Me sentía frustrada e impotente, pero no iba a flaquear. La cabeza era lo que tenía que mantener a salvo, si no, estaría perdida.

Habían transcurrido varias horas cuando el esclavo entró en mi habitación-celda con una bandeja. Apenas tenía hambre. Entre la ansiedad, el estrés y lo poco que me había movido esos dos días mi estómago no funcionaba como debía. Además, la comida sabía fatal. No la toqué. Mi captor no dijo nada y se marchó.

Según pasaban las horas me daba cuenta de que me empezaba a impacientar y a desesperar. Javier tardaba demasiado en dar señales de vida. Ya tendría que haberme llamado. Ya deberían haber hablado con él. Necesitaba que esto acabara de inmediato. Mil pensamientos negativos volaban por mi mente y desaparecían. Divagué sobre qué hacer, si habría alguna manera de escapar, si en ese caso le harían daño a Javier. Pensé en la mala bestia que acababa de dejarme la comida, en la paliza que me daría si me intentaba fugar. Luego la sensatez me aconsejó seguir tranquila, era cuestión de tiempo, nada más. Y, de pronto, mis pensamientos se interrumpieron con el golpe que indicaba que alguien había entrado por la puerta principal.

Escuché al del acento extraño vociferar. Me quedé callada y muy quieta, apagando hasta el último gramo de oxígeno que salía por mis pulmones para ver si conseguía entender lo que decían. No llegué a escuchar el diálogo entero, pero sí algunas palabras sueltas que se colaban entre las paredes de madera de aquella cabaña rudimentaria.

—¿Y ahora qué? —inquirió la mujer alzando su masculina voz.

Después, replicaron los dos hombres que iban subiendo el tono, mas no llegué a entender nada.

—Y si no contesta, ya veremos —escuché ahora claramente al español, justo detrás de la puerta.

Abrió sin ningún sigilo mientras se estiraba el pasamontañas hacia el cuello. Por fin logré verle de pie. Era un hombre bien formado, sin exageraciones, delgado, pero fuerte. Vestía de sport y, por su aspecto, no podía decir que fuese un macarra como el primero, todo lo contrario, este destilaba elegancia y sus movimientos eran refinados.

—Malas noticias, Eva.

Su voz apagada me puso en sobre alerta.

—¿Cómo? —pregunté temblando.

—Tu marido no da señales de vida. Ni ha llamado a tu móvil, ni contesta al suyo y en vuestra casa tampoco está. ¿Cómo es posible?

—Ni idea.

—¿Qué pasa? ¿Tenéis una relación... abierta? —dijo, mordaz.

—Obviamente, no —dije seca.

—Ya, pues parece que a Javier se lo ha tragado la tierra.

—Bueno, el otro día discutimos. Si le estáis intentando localizar con mi móvil no suele cogerlo cuando estamos enfadados.

—Le hemos llamado desde varios sitios, pero ha sido en vano. Además, en su oficina dicen que está de viaje pero no informan de más.

—¿Y si le ha pasado algo?

—Tranquila, en la Policía no tienen noticias de ningún cadáver con el perfil de tu marido.

—¡Qué alentador! —me permití el sarcasmo—. Ya me quedo más tranquila. ¿Y qué habéis hecho? ¿Habéis llamado a la Policía para preguntar por él?

No dijo nada, se limitó a mirarme a través de los agujeros del pasamontañas que dejaban escapar sus pestañas.

—¿Y ahora qué?

Entonces comprendí que estaba repitiendo la misma frase que había

formulado la rubia hacía unos momentos.

—Esperaremos —sentenció con ese tono tan aséptico en el que hablaba siempre el líder.

—¡Por Dios! ¡Yo no puedo seguir así! —exclamé exasperada.

—Shhh —chistó como si fuera una niña—. No te olvides de que no estás en condiciones de exigir. Estás retenida, Eva. No tenemos nada contra ti, pero tienes la suerte o la desgracia de ser la mujer de Javier y te repito que estarás bien cuidada si no nos lo pones difícil. No creo que sea muy difícil de entender. No sufrirás daño alguno.

Parecía casi alentador, sin embargo tenía un soniquete tan poco humano que podría estar hablando con un robot o una máquina telefónica. Era cierto, no podía hacer más, solo me quedaba esperar. Aun así fui incapaz de evitar que el dolor que tenía en el pecho se fuera convirtiendo en ansiedad, en frustración contenida y en rabia. Toda mi valentía y serenidad se fueron al carajo de golpe. Encogí las rodillas y las rodeé con los brazos, acompañada siempre del tintineo de los hierros. Metí mi cabeza entre las piernas y comencé a llorar sin pudor alguno delante de mi carcelero.

Al verme a punto de tener un ataque de ansiedad, el hombre me preguntó con aparente preocupación:

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

Me pareció, hasta en cierto modo, caritativo. Sin embargo no contesté.

—¿Quieres algo para dormir?

Seguí sin replicar.

Después, escuché cómo salía de la habitación, sigiloso, en un acto de respeto, o simplemente sabiendo que no lograba nada más y decidió dar la conversación por concluida.

Día 6: lunes, 29 de mayo.

Desde entonces, transcurrieron cuatro días más. Fui preguntando a mis guardianes la fecha para no perder la referencia del tiempo, señalándola en la pared de mi cama con una marca que dejaba las cadenas al arañarla. Mis vigilantes contestaban cuando les interrogaba en sus visitas, viajes al baño y cuando me traían la comida, pero siempre lo hacían a regañadientes.

El responsable de la banda no había aparecido por allí desde el día en que me había avisado que no sabían nada de Javier. Yo tenía la certeza de que todo dependía de él y de sus visitas. Era él quien informaba a los otros dos y el que tenía el control de la situación, y ese día, por fin volvió.

Según escuché sus pasos tras la puerta —pues ya empezaba a diferenciarlos—mi instinto me alertó de que algo no iba bien. Las pisadas de la mujer eran rápidas y nerviosas. Las del gigante más pesadas, más lentas. Al contrario, que el sonido que identificaba al jefe, que tenía una resonancia diferente. Eran pisadas seguras, nada torpes, directas y con cierta sensación de poder. El pomo de la puerta giró, y los tres captores aparecieron encapuchados a punto de entrar. Seis ojos, dos bocas. La tercera tapada, como ya era habitual. Instintivamente, me puse en guardia, rodeando mis piernas con los brazos, de nuevo.

—Veamos, Eva —dijo el español, agarrando la silla para sentarse—, necesitamos tu colaboración. Si no, esto va a durar más todavía y estoy convencido de que no es lo que quieres.

—Pues no sé cómo.

—Hemos estado investigando qué es lo que ha podido pasar con Javier y, al parecer, no ha dejado rastro por ningún lado. Es más, en tu casa falta mucha ropa suya.

—¿Cómo? ¿De qué hablas?

—No está, al parecer se ha ido.

—Se habrá fugado con su secretaria —intervino la rubia para provocarme.

La miré con odio. Si hubiese podido, le hubiese pegado. No estaba para bromas y mucho menos de ella.

Sentí que se me caía el mundo encima, aunque algo dentro de mí no terminaba de creerlo. Aquella última discusión con Javier había sido una de tantas, pero ni mucho menos la definitiva.

—¿Le habéis llamado?

—Por activa y por pasiva y, como no obteníamos respuesta, hemos entrado en tu correo. Hay un correo en el que te explica que..., bueno, mejor léelo tú. —y me extendió un papel que sacó de un bolsillo trasero.

Aquellas letras eran lo más cercano que tenía a mi propia vida antes de toda esa pesadilla.

Comencé a leerlo a toda prisa, devorando las letras, eludiendo sus presencias, con las manos temblorosas y el corazón desbocado.

Querida Eva:

Sé que al leer estas líneas pensarás que soy un cobarde por no dar la cara, pero no encuentro el valor suficiente para tener esta conversación en directo. Créeme, no me veo capaz de mantener tu mirada acusadora una vez más. Sí, llevas razón: lo soy. Nunca tuve las mismas agallas que tú para afrontar decisiones, así que espero que me perdones por última vez.

Después de nuestra última discusión, he meditado mucho, y considero que lo mejor es finiquitar nuestro matrimonio lo antes posible. Era cierto: somos incompatibles. Entre nosotros hay mil diferencias que, a priori parecían compensarse, pero con el tiempo me he dado cuenta de que lo divertido ha pasado a ser molesto, y lo que equilibraba, se ha descompensado hasta que nos hemos convertido en dos extraños.

No intentes buscarme ahora. Me ha surgido un viaje bastante complicado y aprovecho para meditar sobre todo lo que nos espera. Estaré fuera del país una temporada, por tanto, trata todos los temas con Gerardo, nuestro abogado. Él sabe qué tiene que hacer y

es de confianza.

Espero que en cuanto llegue podamos hablar de todos los detalles sin gritos ni reproches, como dos personas maduras.

Cuídate mucho.

Javier.

Al terminar de leer la carta, lejos de lo que aquella gente esperaba, entré en cólera.

—¡Hijo de la gran puta! ¡Ahora no! —grité, empapando mis ojos de rabia.

No pude controlarme. Recuerdo que tiré de las cadenas, vociferando todo tipo de insultos hacia el que hasta aquel momento había sido mi marido. Imploré que ya no podía más, y un sinfín de frases incoherentes que provocó que los tres captores se pusieran en guardia. Me daba igual hacerme daño, quería arrancarme las cadenas y, de hecho, conseguí abrirme una pequeña herida en la muñeca derecha. Los secuestradores recularon, sorprendidos, y tras un ligero forcejeo, el esclavo consiguió inmovilizarme, mientras yo pateaba y gritaba que me soltara, a la par que le insultaba también a él, como si estuviera prácticamente poseída.

Finalmente, me colocó en la cama tumbada boca abajo, y me sujetó con una sola mano hasta que se me pasó el ataque de ira. Una vez que los gritos se convirtieron en gemidos y el llanto tan solo en suspiros, el líder me habló con voz pausada:

—Eva, tienes que ayudarnos a localizar a Javier por tu propio bien. Entiéndelo. Cuanto antes le encontremos, antes saldrás de aquí. Danos ideas, dinos dónde puede estar.

—No lo sé —murmuré contra el colchón.

Tras unos minutos en los que nadie dijo nada y conseguí tranquilizarme, me recompuse, limpié mis lágrimas con las palmas de mis manos y volví a la postura inicial agarrándome las rodillas, como si aquello me protegiera de ellos:

—¿Habéis llamado a Gerardo? —conseguí susurrar con voz entrecortada.

—Gerardo está dentro de nuestra plantilla.

—¿Qué?—Me quedé pasmada, con la boca abierta durante varios minutos. Después volví a llorar de nuevo.

—Gerardo no sabe más que el resto, este correo. De momento, Javier está desaparecido y nadie sabe dónde puede estar. Simplemente, le ha dejado instrucciones para que te informe sobre su idea de repartir los bienes al cincuenta por ciento. Todo está enviado el mismo día que te escribió la carta. ¿Recuerdas algún viaje que reitere cada cierto tiempo? Piensa en destinos, Eva.

—Brasil, supongo. Chile, Argentina...—sollocé— ¡No lo sé! ¡No lo sé!

—Cálmate y piensa —volvió a su tono frío.

—Lo que te vas a llevar son dos *hosssstiasss* —interrumpió la rubia—. Ya verás cómo así recuperas la memoria...

—Tranquila —la interrumpió el cabecilla.

Inspiré para tranquilizarme, pero entonces, comencé a hiperventilarme. Tuve que poner la cabeza entre las piernas para recuperar el riego de nuevo, ya que se me iba la cabeza y comenzaba a notar un sudor frío. Algo no iba bien, algo me decía que todo iba a acabar muy mal.

—No lo sé —susurré tratando de esconder la cabeza entre mis piernas—. Viaja tanto que no recuerdo todos los países en los que ha estado.

Hubo un largo silencio. Nadie dijo nada y, tras recibir la señal por parte del jefe, salieron los tres de aquel antro que, por lo visto, iba a seguir siendo mi habitación por tiempo indefinido.

Día 8: miércoles, 31 de mayo.

Pasaron dos días más cuando les oí reunirse en la sala contigua. Primero comenzaron dialogando para después elevar la voz y después, acabaron gritándose los unos a los otros.

—¡Pues habrá que *disihaserse* de ella! —sentenció aquel “Hércules” de algún lugar de los Balcanes.

—¿Y qué conseguimos con eso? —argumentaba el jefe—. Tenéis que tener paciencia, estoy cansado de repetirlo. Es cuestión de esperar a que Javier Del Álamo dé su brazo a torcer. ¡Y deja ya el puto vodka, Max! —ordenó justo cuando giraba el pomo de mi puerta.

«¡Max! ¡El eslavo se llama Max!», memoricé.

—Bueno, Eva... —tomó la silla de mimbre y se acercó a la cama—, por fin hemos localizado a Javier —hizo una pausa entrelazando sus dedos y dejándolos reposar pausadamente sobre sus piernas. Durante unos segundos se dedicó a observarme tras el tenebroso verdugo de lana negra. Sus movimientos eran casi estudiados, premeditados. Todo cautela, frialdad.

—¡Por fin! —me aceleré, percibiendo al mismo tiempo que, en realidad, mis esperanzas eran en vano— ¿Y qué dice?

—Nos ha costado bastante localizarlo, pero lo hemos logrado —hablaba casi con cierto orgullo, como vanagloriándose de una hazaña—. Está en Seychelles.

—¿Seychelles? No tengo ni idea de lo que hace allí.

—Aislarse.

—¿De quién? ¿De mí?

No contestó y tras otra larga pausa en la que no me quitaba ojo, contestó:

—El tema es que hemos logrado ponerle al corriente de tu... situación —. Se notaba que se sentía incómodo al decir determinadas palabras como “secuestro” —, y bueno, ¿cómo decirte? Javier dice que no puede hacer nada al respecto y que siente mucho que tengas que pagar tú por todo esto.

Por un momento estuve a punto de perder la cordura, como pasó días atrás. Sin embargo, algo en mi interior me alertaba de que aquello era imposible. No me lo podía creer.

—¿Qué es “todo esto”? Supongo que merezco una explicación, puesto que es a mí a quien se ha... secuestrado —hice la misma pausa que él, para que se diera cuenta de que no era idiota.

—Retenido —puntualizó.

—¡Pero mira que eres calzonazos con la piba *esssta!* —interrumpió la mujer—¡Yo que tú la daba un par de chutes, y así no nos hace currar ni tenemos que andar con tantas gilipolleces, coño!

—Sal de aquí, Lola —ordenó sin elevar el tono de voz.

Pude ver cómo apretaba el puño sobre su pierna. Estaba perdiendo los nervios y había cometido el desliz de haber nombrado a la rubia.

«Lola, Max... Ya tengo dos nombres». Solo me faltaba el cabecilla.

—Como quieras, jefe —replicó con retintín, mientras salía de la habitación.

Esperó a que la mujer saliese de la habitación y cerrara la puerta y, tras otra larga pausa retomó de nuevo la palabra:

—Javier no quiere colaborar, de momento, pero le convenceremos.

—¿Y qué pasa conmigo? —exigí sabiendo que no se les ocurriría tocarme.

Sus ojos verdes y las pestañas que asomaban por los ojales del pasamontañas me observaban sin responder.

Tras meditar bien la contestación siguió:

—Pues en principio estarás aquí unos días más, hasta que recapacite. Te he traído algo de ropa de tu casa, para que puedas cambiarte —dijo acercándome una bolsa de viaje.

—¡Qué consideración! ¡Cuánta humanidad! —solté con rabia.

Volvió a increparme con la mirada durante varios segundos más, suspiró

y se apoyó en ambas piernas para levantarse, colocando la silla bajo la mesa.

Era un tipo ordenado y minucioso, no como los otros dos, que eran un desastre. Cuando él venía a la cabaña me sentía algo más segura. Marcaba unas directrices muy concretas y era el único que me parecía sensato, pese a todo. Parecía poner un poco de orden dentro de aquel caos, pero al mismo tiempo, aquel hombre tenía algo que me asustaba, y mucho.

Al salir, cerró la puerta de mi mazmorra y, tras escuchar la ignición de un motor alejándose, reinó de nuevo el silencio en aquel recóndito lugar.

Noche de 1 de junio.

Pero aquella noche algo rompió la inmersión en la que se encontraba mi subconsciente que, creyéndose a salvo, soñaba, iluso, con parte de esa rutina que tanto echaba de menos: ahí estaba yo, trabajando en la oficina, metida en una reunión con mis compañeros. ¡Cuánto necesitaba volver a mi vida cotidiana!

En el sueño me daba cuenta de que el aire de la sala de reuniones se había convertido en una nube de humo gris que flotaba denso y no podía respirar bien. La garganta me picaba, provocando que tosiera. Me enfadaba y les increpaba diciendo que no estaba permitido fumar en la oficina, pero ellos me miraban como si no escucharan mis palabras, como si yo no estuviera allí, y seguían liberando el humo que salía de sus pulmones. Fue precisamente el olor a tabaco el hilo conductor que me sacó de la quimera, dándome de bruces con la cruda realidad. Alguien fumaba dentro de la habitación, cerca, muy cerca. Giré lentamente la cabeza hacia mi derecha y distinguí una figura al trasluz de la ventana. La brasa del cigarro se iluminaba con fuerza cuando el fumador inspiraba. Después, expulsaba aquella masa de nicotina quemada, inundando la habitación de un tufo insoportable. Me faltó muy poco para dar un grito del susto al ver esa figura fantasmal y tenebrosa, pero me controlé para no dar pistas de que estaba despierta, intentando que la peste a tabaco negro no me hiciera toser.

Con las pupilas muy dilatadas, y sin dejar de mirarle, traté de convencerme de que era producto de mi imaginación, pero no: seguía ahí sentado, sin decir nada. Tan solo fumaba, sin más. Por el contorno de su figura deduje que era el tal Max.

«¿Y ahora qué querrá?», pensé. Por un momento me pregunté si durante todo ese tiempo sus guardias habían consistido en verme dormir por las noches y yo no me había dado cuenta. Ojalá hubiese sido solo eso...

De pronto, hizo un movimiento con la mano y trajo hacia sí un objeto, lo subió cerca de la silueta de su cabeza y reveló al trasluz que estaba bebiendo directamente de la boca de una botella. Supe en aquel momento, que mi relativa tranquilidad había llegado a su fin y la parodia fingiéndome dormida

se acabó en el momento en que dejó caer uno de sus pétreos brazos, encendiendo la luz de la mesita. El muy cabrón sabía que me había despertado.

Ahí estaba él, sin enmascarar, a cara descubierta, fumando y borracho como un cosaco. Llevaba la cabeza afeitada, y sus ojos glaciales se clavaban en mí como frías estalactitas pinchando con tan solo con mirarme.

Volvió a beber sin apartar la vista, soltó un eructo y dijo:

—*¿Siabes?* —Dio una larga calada, expulsando el humo después— estaba *piensando* que es una *piena* que tu marido no *siepa apriesiarte* —recalcó con un acento más marcado del que tenía habitualmente. Podría ser polaco, ruso, croata, eslovaco... Alzó de nuevo la botella sin parpadear, al tiempo que sus pupilas se empeñaban en atravesarme.

No contesté. Llevaba una kurda considerable, y hacerle dialogar en semejante estado sería como jugar a la ruleta rusa.

Pero al no ver reacción por mi parte, se levantó tambaleándose. Después, titubeó y se sentó en la cama. Repté hacia la esquina más lejana, intentando que no me tocara. Me moría de miedo, la peste a alcohol se olía desde un metro de distancia. Una vez sentado, sin apenas darme cuenta, tiró fuertemente del centro de las cadenas, provocando que mis brazos tomaran posición de crucificada al pegar cada uno a sendas esquinas del cabecero.

—Tienes estas *cadienas muyyyy liargas*, y los prisioneros tienen que estar *biennnn* atados —pareció canturrear, guiñándome un ojo.

—*¿Siabes? Niosotros no siomos* tan malos —se había colocado muy cerca y, con un dedo, empezó a acariciarme la mejilla que me había golpeado el primer día, en el cuarto de baño. Aparté la cara todo lo que pude, mas no sirvió de nada —. Todo esto tiene una *riason* —seguía con un discurso sinsentido. Se metió la mano en un bolsillo y sacó un pequeño candado que colocó entre los eslabones para acortar la longitud.

«¡Dios mío, ¿qué me va a hacer?!» Tirité, asustada, sin poder controlarme y, cuanto más frágil me veía, más se incendiaban sus ojos, transformándolos de un azul helado a un negro infernal. Sus pupilas se dilataban como las de un vampiro, olisqueando a su presa.

Así, viéndome absolutamente indefensa, retiró de un tirón la manta y dejó al descubierto mi semidesnudo cuerpo. Contempló entonces, lascivo, mis blancas e indefensas piernas. El fino vestido, hecho ya un guiñapo, no era lo suficientemente recatado para un borracho salido como él. Acarició un tobillo, despacio, subiendo hasta el muslo y, cuando llegó al borde de la prenda, la levantó, ligeramente. Lo vi morderse el labio inferior, hinchado ya de tanto alcohol. No me moví. Dejé que se distrajera mientras mis manos buscaban apoyo en los barrotes del cabecero para tener dónde agarrarme, poco más podía hacer.

Con un rápido movimiento que le pilló fuera de control, subí ambos talones y le propiné un buen empujón en la boca del estómago. Pese a que era una mole de músculos, aquel movimiento le pilló por sorpresa y retrocedió un palmo, dando un ligero sobresalto. Lo peor fue que aquella maniobra solo sirvió para cabrearle.

—¡*Sorra!* —gritó, escupiendo pequeñas gotas de saliva—¡Ahora verás!

Entonces metió la mano entre mis piernas, esquivando la avalancha de patadas que le caían en brazos y pecho. Me sentí una ínfima presa ante un gran depredador, sabiendo que no tenía posibilidades de sobrevivir. Era como un ratón tratando de no ser devorado por un gran león.

Consiguió llegar a su objetivo, arrancándome las bragas de un tirón. Aullé histérica al ver cómo aquel baboso se me echaba encima y me lamía la cara. Después, pasó su pestilente y gorda lengua por mi cuello, hasta llegar a los hombros. Parecía que jugaba a devorar un helado, lamiéndolo. Recuerdo también que le insulté como último recurso, aunque sabía que no serviría de nada. Desde «cerdo hijo-de-la-gran-puta» hasta «eres-un-mierda-cobarde». Los insultos y los gritos se mezclaron con el llanto. Ni siquiera sé si fue capaz de entenderme y, lo peor, es que todo aquello parecía excitarle más. Era lo suficientemente fuerte como para inmovilizarme con una sola mano, mientras con la otra se iba desabrochando el cinturón. Tiró de la hebilla y se soltó los botones del pantalón con un par de dedos. Lo único que podía hacer era tratar de respirar y gritar lo que los pulmones me permitiesen; estaba aprisionada bajo su cuerpo. Sinceramente, creí que moriría aplastada.

Noté la desnudez de mis muslos contra una dureza que salía de entre sus

piernas, clavándose en mi pubis. Repté un centímetro más, alejándome de él, pero me tenía inmovilizada por completo. Sentí sus dedos entre mis ingles buscando la manera de abrirme, y la tensión que ejercían mis muslos al tratar de impedirlo a toda costa. No le costó conseguirlo, utilizando sus rodillas como unas tenazas, hincándolas sobre las mías, que ahora ya estaban muy distanciadas la una de la otra. Luego, un alargado y duro cilindro me desgarró por dentro. Parecía rajarme, entrando y saliendo de mí, casi perforándome.

Dejé de gritar convirtiendo los aullidos en lágrimas de dolor, de rabia e impotencia. No tenía fuerzas para más, así que me di por vencida, rindiéndome, dejándole hacer, que acabara cuanto antes y me dejara en paz. Por mucha resistencia que opusiera no iba a servirme de nada. Él seguía agitándose arriba y abajo sobre mí, medio gruñendo medio gimiendo, mientras la cama no paraba de rechinar, acompasando sus vaivenes de cadera.

De pronto, interrumpió su gozo al percatarse de que yo había dejado de forcejear, y su cara pasó de ser la de un borracho asqueroso a la de un hombre poseído por una fuerza sobrehumana. Entonces, cedí del todo. Dejé de tensar las piernas y relajé los músculos. Fue ahí cuando aprecié toda su monstruosidad. Era como un vampiro devorando a su víctima, completamente enajenado, fuera de control. Al ver que me resignaba, se incorporó y dejó de penetrarme para empezar a golpearme, estampándome un bofetón tras otro, convirtiendo su lascivia en brutalidad al borde del asesinato.

—¡Muévete, puta! —gritó beodo.

No podía cubrirme con las manos, así que el único recurso era volver a gritar, llorar y esperar a que se cansara. Pensé que era el fin, que me mataría allí mismo, a base de golpes. Cayeron uno, dos, cinco bofetones o más... El labio se volvió a abrir, pero era mejor eso a que siguiese dentro de mí, rajándome por dentro, haciéndome sentir ultrajada y al borde de la muerte.

Y cuando pensé que aquel suplicio acabaría con mi vida, escuché, lejana, aquella voz tan poco femenina que tenía Lola:

—¡Max! ¿Pero qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loco? ¡Serás cabronazo, hijo de puta!

Nunca me habría imaginado que escuchar la voz de Lola me podría

aliviar tanto.

El esclavo, pillado in fraganti, se subió el pantalón con prisas, recobrando la poca cordura que le quedaba.

—¡Gariño...yo...! ¡Ha sido esta sorra, que me ha provocado!

—¡Cállate, Max, cállate! ¡Estás borracho! ¿Cómo has podido? ¡Sal de aquí! ¡Vete!

Obediente, y sin articular palabra, el hombre salió de la habitación, abrochándose el pantalón. Tuve la impresión de que la borrachera se le había quitado de golpe. Acto seguido, la puerta principal se cerró con un tremendo estruendo, y segundos más tarde, el motor de su coche se fundía con el silencio de la noche.

*

Por lo visto, mis gritos debieron haber despertado a la mujer. Si hubiese sabido que estaba allí, habría chillado mucho antes. Quizás tampoco me dio tiempo a pensar en nada más que en tratar de defenderme. Aquella noche no solo descubrí los rostros de la mujer y del esclavo, sino que además, me di cuenta del vínculo que los unía: eran pareja, y no parecía que fuese bien avenida.

Lola tenía nariz aguileña, tal y como ya había adivinado cuando llevaba el verdugo puesto; la cara era angulosa y los labios finos. Me reiteré también al comprobar el marrón de sus ojos hundidos, adornados por unas oscuras alfombras que tenía por ojeras. Los amplios arcos de las cejas los había exagerado en exceso, dejándolos en unas delgadas líneas. Era poco femenina, muy hombruna, no obstante tenía curvas. Fui consciente de cómo me estaba observando. Lo hacía con una mezcla entre lástima y celos:

—Estás hecha una mierda —se dirigió a mí con tono empático, como si de pronto, tuviéramos confianza y fuéramos amigas.

No contesté. Permanecí tratando de recuperar la calma, mientras dos lágrimas de impotencia se escurrían por mis doloridos pómulos.

Salió de la habitación y volvió con la llave del candado. Liberó mis brazos de aquella postura, devolviéndome la relativa libertad de movimientos

que me daba la larga cadena. Cogió el paquete de algodón, lo empapó de agua oxigenada y comenzó a pasarlo por mis labios ensangrentados. No pude evitarlo, pero aparté la cara. En parte, la culpé a ella de todo lo que acababa de pasar. Max era una mala bestia, pero ella debía de haberle controlado. Después sacó una crema anti hematomas y me la extendió en la mejilla con poca delicadeza. Se notaba que no quería tocarme.

—¿Te llevo al baño y te duchas? —Parecía sentirse culpable.

Seguí sin responder y dejé flotar la mirada hacia la nada.

—¡Eh! ¡Háblame! —Chasqueó los dedos frente a mi cara, y en vista de que no obtenía respuesta, decidió salir y apagar la luz.

A los pocos segundos la escuché hablar por teléfono. Deduje que no hablaba con Max, aunque ya no me importaba. Él no estaba en condiciones de mantener conversación alguna. Es más, mi mente jugaba imaginándoselo estampado contra algún coche o, casi mejor, contra un árbol. Ojalá hubiese sido así. La habitación apestaba a él: a endorfinas esclavas, a sudor de borracho y a vodka. A tabaco, a gritos y llantos. Le aborrecí hasta sentir náuseas.

*

Sumergida en la oscuridad, con el tenue resplandor de la luz nocturna que se colaba por la pequeña ventana, divagué sobre cosas abstractas. Pensé en mi marido, en cómo había estado engañada durante tantos años con respecto a sus sentimientos; en cómo era posible que me dejase así tirada, desentendiéndose de mí. Entendía que no estuviésemos pasando por la mejor etapa de nuestro matrimonio, pero no era el momento de zanjarlo justo ahora.

Mi vida corría peligro y parecía no importarle demasiado. Incluso a punto de divorciarnos, debía tratar de rescatarme tan solo por humanidad. Nuestra relación nunca fue odiosa, simplemente no estábamos hechos el uno para el otro. Pensé en que todo aquello había sucedido por su culpa y le odié, le desprecié tanto como a Max. También supe que si no hubiese estado Lola aquella bestia me habría matado. Afortunadamente, la agresión había durado no más que unos minutos y los golpes fueron solo el principio de lo que podía haber sido. Si Lola hubiese tardado un poco más...

Pasaron varias horas hasta que la luz del día invadió por completo la habitación. Con pavor por cerrar los ojos para no tener pesadillas que reconstruían la escena que acababa de vivir, traté de no quedarme dormida. Lloré todo lo que me quedaba por llorar. Dejé fluir la angustia libremente. Permití que rodara el llanto por mis mejillas, la una pálida y la otra violácea, provocándome escozor en los labios por la sal de mis propias lágrimas. Y fui notando cómo se iba inflamando de nuevo mi cara, llena de golpes, palpitando la sangre, rezumando dolor. No quería dormir, pero sentí todo el cuerpo dolorido. Mi mente, agotada, dejó de divagar, fijándose ahora en las luces que proyectaban las aristas de cristal del cenicero. Jugaban, traviesas, con los colores que salían del destello del resto del vodka que había quedado en la botella.

Quizás por mero cansancio o por la seguridad que me transmitía la luz del día, mis párpados fueron cediendo, dejándose caer extenuados. Lentamente, fui relajando el cuerpo que en parte seguía rígido, y finalmente, me dejé llevar hacia el sueño. Ya casi no me importaba nada. Solo casi.

*

Debía de ser mediodía cuando una gran discusión que mantenían los dos hombres en la habitación contigua me sacó de la profunda tregua que me había dado la mente. Al escuchar aquella terrible bronca me incorporé sobresaltada, agarré la almohada para protegerme en vano, y me concentré en cada palabra que se lanzaban. La disputa era violenta, casi histérica:

—¡Lo has estropeado todo, gilipollas! —bramaba el español. Después un ruido seco, como el de una mano golpeando algún mueble. Aquello me ponía más nerviosa. Dudaba ahora de cuál de los dos era el más violento.

—¡Joder, Emilio, se me fue la *pinzia*! —se excusó el gorila.

—¡A tomar por culo tú y tu pinza! ¡Estás fuera! ¡Me oyes? ¡Fuera!

«¡Emilio! ¡Ha dicho Emilio! ¡El tercero se llama Emilio! ¡Max, Lola y Emilio! ¡Ya los tengo a los tres!», memorizaba a mil por hora, sintiendo la sangre machacarme las sienas.

Deduje que aquel estruendo lo había producido el jefe, golpeando algún objeto. Era curioso porque no aparentaba ser un hombre violento y, ahora,

pese a tener menos corpulencia que el otro, sonaba mucho peor.

—¡Estás fuera del todo, fuera del proyecto, fuera del tema y más vale que acates las órdenes! ¡Imbécil! Claro que la culpa es mía por haber confiado en ti.

«¿Proyecto? ¿Qué proyecto? ¿De qué va todo esto?».

—¿Y *quié* pensáis *hacier*? ¿Eh? ¿*Siacarme* del país? —rio cínico.

—¡Serás hijo de puta!

Entonces una serie de ruidos, como hacen los muebles al caer, retumbaron por toda la cabaña. La mujer no dejaba de gritar y era evidente que se estaban peleando. Aquella situación me puso incluso más histérica de lo que ya estaba.

—¡Cálmate, Emilio, por favor! ¡Parad! ¡Ya está! ¡Max, lárgate, vamos! ¡Vete! —intervino ella. Y yo la imaginaba metida entre los dos, separándolos. Desde luego el tal Emilio le echaba valor porque Max le doblaba en corpulencia y, físicamente, saldría perdiendo.

Y, tras un silencio intenso, el español habló con más calma, habiendo recuperado el aliento:

—No es mi decisión, ya lo sabéis. En cuanto se enteren de esto, este borracho va a tener grandes problemas, y si lo encubro yo, los problemas serán también para mí.

—*Nio* se tienen por qué enterar —atajó el rubio— si tú *nio* dices nada.

—Yo no voy a protegerte, Max. ¿Es que aún no te has dado cuenta? Nos dieron instrucciones muy claras y esto se sale de lo acordado. Además, ten claro que lo hará ella tarde o temprano. Te ha visto la cara. Dime ahora cómo vas a salir de esta.

—Bueno, eso lo hará si lo *lliega* a contar —. Casi pude percibir una sonrisa cínica en su asquerosa cara.

—Mira, no te lo voy a repetir más veces. Sal de aquí ahora mismo. Lárgate o seré yo el que acabe contigo con mis propias manos. Ya no tenemos trato por tu culpa. Las condiciones eran claras: si la tocamos un pelo, se

acabó. ¿Y ahora qué?

«¡Dios mío! ¡No era verdad que Javier se había desentendido de mí! Y hablan de “ellos”. ¡Joder, joder, Javier... ¡¿Pero en qué lío nos has metido?», cavilaba a mil por hora.

Por fin se asentó un minuto de paz en la cabaña. Después, se escuchó un portazo y el motor de un coche, alejándose. No me podía creer que Max desapareciese definitivamente. Era como salir de una pesadilla, y respiré hondo. Seguí atenta a todo tipo de ruidos y sonidos, pero el español y la mujer no volvieron a articular palabra. Acto seguido, se abrió la puerta y el tal Emilio entró como siempre, con su verdugo de lana en la cabeza.

Contrariamente a lo que yo había supuesto, su respiración era tranquila y sosegada, como lo hacía cada vez que entraba en mi celda.

Día 9: jueves, 1 de junio.

—Hola Eva.

Seguí abrazada a mi almohada, mirando a la pared, meciéndome al ritmo de un suave balanceo que me ayudaba a tranquilizarme. Seguía aterrada, incluso sabiendo que el agresor se había marchado y las pautas de aquel que me hablaba ahora eran no hacerme daño.

—Lo siento, de verdad, esto no debería haber ocurrido.

Esta vez, parecía cercano. Incluso le oí suspirar.

Después, entró Lola con una bandeja. Ya no iba encapuchada, era innecesario. Había visto su cara, podría reconocerla casi a ciegas y ella lo sabía. Esa era otra cuestión que no tenían claro cómo resolver, ¿matándome?

—Te he traído algo de comer —intervino ella con un atisbo de amabilidad—. Hay que revisarle esa cara —señaló haciendo un gesto con la puntiaguda barbilla.

—Deja, ya lo hago yo.

El hombre cogió el paquete de algodón que seguía sobre la mesa. Lo mojó abundantemente con agua oxigenada y se sentó en la cama. No pude evitarlo y, por acto reflejo, me alejé hacia una esquina, la más lejana desde su posición, tratando a toda costa de que no me tocara. Él lo notó y paró de golpe para tratar de calmarme:

—A ver, Eva, no voy a hacerte daño. Solo quiero curarte, no seas tan terca.

Sin embargo, me dio igual. No pude reprimir ponérselo difícil. Tuvo que acercarse más, obligándose a estirar los brazos para llegar hasta mí. Así pues, se levantó y se sentó más cerca. Ya no había más espacio hacia donde huir.

Empapó mi boca con el algodón y, a base de toques muy suaves, comenzó a curarme lentamente. Además del característico olor del agua oxigenada, pude percibir el aroma de sus manos. Sus finos dedos, bien cuidados, y las uñas, escrupulosamente limadas, intentaban no rozarme. Era muy meticuloso maniobrando.

Acabó y se levantó para abrir el cajón donde tenían más medicinas. Buscó la crema anti hematomas y se la aplicó sobre los dedos sin ninguna prisa. Titubeó un poco al ponerme los dedos en la cara. Quise apartarme nuevamente, pero sabía que era una estupidez, entonces me dejé hacer. Sentí con exactitud dónde tenía inflamada la mejilla. No había curado todavía el primer golpe cuando ya habían salido varios hematomas en el mismo sitio. Me volví a acordar de Max y comencé a sudar. Era recordarle y sentir ganas de vomitar. Traté de dejar de pensar en él y centré toda mi atención en el responsable de aquel secuestro: Emilio.

Mientras el hombre me extendía la crema, fui memorizando los pocos datos físicos que podía observar de él. Era moreno, su vello en los brazos lo evidenciaba. Tenía una perfilada nuez que abultaba el pasamontañas a la altura del cuello. De su camisa, esta vez azul oscura, salía un dulce olor a buen perfume. Olía a limpio, a hombre pulcro. Sabía que no me serviría de mucho conocer todos aquellos detalles, pero intenté retener algo para poder defenderme en el futuro, si es que lograba salir de allí.

La mujer nos observaba en silencio, sentada en la misma silla de mimbre en la que su novio había pasado parte de la noche. Se había llevado el cenicero y había retirado la botella de vodka. Incluso había abierto la ventana para ventilar el cuartucho. Miraba, incómoda, cómo su jefe me trataba con delicadeza. Y entonces giré la cara, desafiante, retándola sin ningún temor. Era una mirada de odio, aunque si no hubiese sido por ella, Max me habría matado a golpes, sin embargo, todo lo que tuviera que ver con él me repugnaba, y ella estaba relacionada directamente con él, al menos de momento. Además, su hostilidad hacia mí era más que evidente. Intenté adivinar qué estaría pensando. Seguramente, estaría debatiéndose en un mar de dudas. Por un lado, su pareja acababa de traicionarla. Por otro, yo, que era la víctima, alguien que nunca le había gustado, una “pija”, según escuché en alguna que otra conversación, le daba pena, aunque simplemente empatizara conmigo como mujer. Por un momento me pareció que el resquemor en sus pupilas seguía latente, no obstante, vi cómo Lola bajaba la mirada en un acto de respeto y, sin decir nada, se levantó y salió de allí, dejándome a solas con el tal Emilio y su prolongado arte de untar crema.

Una vez ahuyentada aquella fiera barriobajera le miré de frente,

captando cómo sus ojos analizaban mi cara. Podría jurar incluso que estaba tardando más de lo necesario, estudiándome muy cerca, quizás demasiado para ser mi captor y yo su rehén. El silencio entre los dos me daba paz, y debo reconocer que el tacto de aquel hombre, en cierto modo, me aliviaba. Seguramente sería la falta de cariño que arrastraba desde hacía tiempo, pero me pareció que había pasado de ser un hombre frío a actuar cálidamente en cuestión de momentos.

Tuve la impresión de que llegó a adivinar mis pensamientos porque noté cómo, repentinamente, puso distancia entre los dos. Tras tapar el tubo de crema, se levantó sin explicar más, volviendo a adoptar su rol de criminal de guante blanco. Quise decirle mil cosas; que no se fuera, que no me dejara allí a solas con aquella mujer; que Max podría volver y matarnos a las dos; que me diera noticias de Javier y que me había equivocado infravalorándolos..., pero las palabras se atropellaron en mi garganta y no salió más que un frustrado suspiro al ver cómo cerraba la puerta y me volvía a quedar sola.

Tras el fino muro de madera, percibí que ambos hablaban en tono normal, mas no pude entender ni una sola palabra. Supuse que estarían tramando un “plan B”, decidiendo qué hacer. Aquello me daba ciertas esperanzas, ya que al no tenerlo todo planeado siempre había algo que se les podía escapar y el tiempo jugaba en su contra. ¿O no?

Escuché de nuevo el golpe de la puerta principal y el motor del coche. Emilio se había marchado, seguro.

El resto del día lo pasé en el más absoluto silencio. Lola me llevó al baño para que me duchara. Malcomí y medité mucho. Volví a llorar, a sosegarme y a llorar otra vez. Y cuando por fin la oscuridad se había asentado para dar paso a una nueva noche, le pedí a la mujer que me diera esa mierda que me habían echado en el agua para poder conciliar el sueño y olvidarme de todo.

*

—No deberías tomar más —dijo la rubia extrañada, al escuchar mi petición.

—¿Vaya, ahora ya no debería? —pregunté incisiva.

—Llevas ya tiempo tomando somníferos y sería mejor que hicieras un parón. Esto tiene bastantes efectos secundarios.

—Me da igual. Solo quiero dormir. Además, ¿desde cuándo te importa mi bienestar? —contesté agresiva.

—Te voy a dar la mitad. Inténtalo así —evitó entrar al trapo.

—Dámelo entero. Necesito dormir.

—Ni de coña, si por lo que sea te pasa algo, la responsable seré yo, y paso de jugármela, así que te daré la mitad.

Salió de la habitación y vino con una caja de pastillas. Extrajo una del blíster, cortó una pastilla con un cuchillo y me la acercó junto con un vaso de agua, dejando el cuchillo, precavida, en la mesa, donde no pudiera alcanzarlo.

—Mejor que un somnífero tómate esto.

—¿Qué es?

—Un relajante muscular. Estás muy nerviosa, es normal.

—¿Ahora eres médico?

—¿Lo quieres o no?

Lo cogí y me lo introduje en la boca.

Ella esperaba, paciente, a que terminara de tragármelo. Después le devolví el vaso vacío.

—¿Algo más?

—¿Y esta repentina amabilidad?

—Ya ves. Una que, en el fondo, tiene su corazoncito.

—¿Qué pasa? Estás enfadada por lo de Max casi más que yo, ¿verdad? Al fin y al cabo te has dado cuenta de que estás con un descerebrado que en cuanto se toma dos copas se convierte en un animal salvaje.

—Cállate. Te lo advierto.

—¡Uuuuh, me lo adviertes! —solté casi divertida.

Sabía que le estaba escociendo y decidí seguir por ahí. Total, ya no tenía nada que perder

—¿O si no qué? ¿Por qué me tengo que callar después de ser secuestrada, golpeada y violada? —comencé a subir el tono.

—¡Que te calles, joder!

—¿Sabes cómo gozaba ese cabrón cuando estaba encima de mí? ¿Sabes lo que le gusta? Le encanta someter y humillar a una mujer —seguí sin darle tregua. ¡Y fue en el momento en que me di por vencida cuando se enfureció y me empezó a pegar!

—¡No puedo comprender cómo has podido enamorarte de semejante monstruo! —volví a acosarla psicológicamente.

—¡Que no te quiero escuchar! ¡Que me dejes en paz! ¡Que te tomes la puta pastilla y me olvides! —emergió de nuevo toda su vulgaridad.

Noté cómo le temblaban las manos, cómo se aceleraba y, de inmediato, supe que aquella noche no iba a ser yo la única a la que le costaría conciliar el sueño.

Salió de allí dando un portazo y, tras varios segundos, dio otro más con la puerta principal que hizo retumbar las paredes. Esta vez no hubo ruido de motor. Imaginé que, simplemente había salido de la casa para oxigenarse, tras aquella conversación. Lo vi claro: acababa de descubrir el punto débil de la mujer que, de cara a la galería, aparentaba ser dura como el acero, pero por dentro, era débil y dependiente. Por supuesto, tenía que seguir por ahí de una manera u otra. Aunque tendría que ser al día siguiente, ya que mis músculos reaccionaron a la pastilla y fui dejándome llevar hasta el borde de un placentero sueño en el que no dudé en lanzarme en picado.

Día 10: viernes, 2 de junio.

Calculo que había dormido tan solo unas horas cuando me desperté en medio de la noche. La habitación estaba a oscuras, sin embargo pude ver que bajo la rendija de la puerta salía luz del salón. Lola estaba despierta.

—¡Eeeeh! —la llamé—¡Lolaaaa! —. Me permití la confianza.

Unos pasos leves se dirigieron a mi habitación. Abrió la puerta y encendió la luz, deslumbrándome con la pelada bombilla que colgaba del techo roído.

—¿Qué quieressss?

—Ir al baño.

—Coño, pareces una cría pequeña. No me dejas dormir.

Tenía la cara hinchada, los ojos brillantes, y los finos labios ya no eran tanto porque estaban dilatados. Estaba claro que había estado llorando, y seguramente, durante mucho tiempo.

—No me toques las narices, sé que estabas despierta —le hablé con un tono cercano.

Me llevó hasta el baño en silencio, efectuando la misma parafernalia de siempre: desanclar una esposa de la cadena, dejar una colgando y terminar de cerrarla en la argolla que colgaba en la pared del inodoro. Salió, y cuando terminé, la volví a llamar para que me llevara de vuelta.

—Dame un somnífero. El relajante no me ha hecho gran cosa. No voy a poder pegar ojo, pero por lo que veo no soy la única...

—Ni de coña —contestó, sonándose la nariz.

—Oye, ya en serio —bajé el tono—, lo siento. Siento haberte dado caña antes. Pero no podía más. Supongo que debe ser duro descubrir que tu novio es un hijo de puta, pero créeme, peor lo he pasado yo.

Esperé a su reacción y no hubo más que un silencio rotundo.

Pensé que contestaría con ese carácter agriado y abandonaría la

habitación, sin embargo, me sorprendí viéndola coger la silla y mostrar un evidente gesto de cansancio. Después, se sentó como si ya no tuviera nada que perder. Se notaba de lejos que necesitaba desahogarse.

—¿Qué ha pasado? Entiendo que no es muy lógico que me lo cuentes a mí, pero ahora mismo me temo que no hay nadie más con quien puedas hablar. Además, te recuerdo que la que se ha llevado la paliza, entre otras cosas, he sido yo.

Suspiró. Apoyó los codos en ambas rodillas y se puso las manos en la frente.

—No lo entenderías. Tú no entiendes algunas cosas que se salen fuera de tu... mundo —titubeó.

—Prueba.

—Esto que ha hecho no es normal. Él no es así, pero cuando bebe...

—Se transforma, ¿no? —confirmé segura de lo que hablaba—¿Por qué tengo la sensación de que te han metido en esta historia sin que tú quisieras?

Siguió cabizbaja durante un rato, y cuando por fin levantó la cabeza, apoyó su picuda barbilla en las palmas de las manos y dejó vagar la mirada por las esquinas de la habitación, sin posarla en ningún lado en concreto.

—No es tan fácil. No puedo dejarle tirado.

—Pues no parece que él se haya dado cuenta. Mira, no sé cuál es vuestra historia, pero torres más altas han caído.

—Qué sabrás tú...

—Solo puedo juzgar lo que yo he visto y, desde luego, no parece que sea una persona con la que plantearse un futuro.

—No. No lo es. Lo que pasa es que hace unos años me sacó de un lío muy gordo y se lo debo.

—¿Y por eso vas a estar esclavizada toda la vida?

Otro silencio invadió la estancia, volviendo a enfriar el diálogo.

—Lola...no sé, creo que estás cavando tu propia tumba.

La mujer asintió.

—No puedo dejarle.

—¿Por qué?

—Déjalo, no puedo hablar de esto —. Se levantó, inquieta.

—No, si... al final vas a ser tú la víctima... —Intenté ponerle el anzuelo.

—Dejémoslo en que no puedo, ni debo.

—O sea, ¿este tipo, por el mero hecho de haberte salvado el culo hace unos años, es tu... dueño?

—Max ha conseguido sacarme de muchas cosas, y sí, se lo debo.

—Entiendo. ¿Qué eras? ¿Alcohólica?

—Ojalá lo hubiese sido. Es una historia muy larga, es tarde, y tampoco te lo voy a contar. No insistas.

—Como quieras.

La rubia se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Intenta dormir.

—Tú también —dije por acto reflejo.

Día 12: domingo, 4 de junio.

Durante los dos días siguientes el ambiente se relajó considerablemente. Lola dejó de tener el ceño fruncido, se volvió más comunicativa, e incluso pudimos hablar un poco más de nuestras vidas, esquivando siempre determinados temas: el secuestro, Max y su jefe, Emilio. El tono que utilicé al principio con ella no fue precisamente cordial, pero me di cuenta de que, poniéndome a malas, lo único que generaba era más tensión entre las dos, y al fin y al cabo, íbamos a pasar mucho tiempo juntas. También supe que estaba bastante perdida sin su guardaespaldas particular y el otro no daba señales de vida, cosa extraña en él.

—Sabes que cocinas de pena, ¿verdad? —le dije con la boca llena, intentando masticar un muslo de pollo absolutamente seco.

—No, si todavía te pensarás que esto es un restaurante de cinco tenedores —contestó en la misma sintonía con la que yo le había hablado.

—Hombre, ya puestos... ¿no decíais que ibais a procurar que mi estancia fuera lo más placentera posible...?

La vi sonreír con el rabillo del ojo, y giró la cara para que no me diera cuenta. Era eso. Por ahí conseguiría algo más. Sentido del humor, estaba claro. Aquella mujer estaba descolocada con su nueva situación. El plan inicial no había funcionado. El secuestro se estaba alargando más de lo previsto, ella no quería haber estado allí y, para colmo, su pareja era un violador y un maltratador borracho que quedaba expulsado de la trama.

—Yo nunca propuse nada. Por mí como si te quedabas en un zulo.

Hice caso omiso a aquella respuesta que volvía a levantar toda la coraza superficial bajo la que se resguardaba. Debía conseguir que confiara en mí, así que la única manera era hablarle de mis cosas, de mis problemas y mi vida.

—Creo que me divorciaré en cuanto llegue a casa, si es que llego, claro —comenté como si fuera una vieja amiga a la que hacía tiempo que no veía.

Se extrañó al oírme abrir aquel diálogo que no venía a cuento. Calló y miró por el ventanuco con las manos metidas en los bolsillos traseros de su ajustadísimo pantalón vaquero.

—Llegarás. Solo es cuestión de tiempo.

—Tiempo, tiempo.... Estoy más que cansada de oír siempre lo mismo.

No respondió.

—Llegaré a casa, me daré un laaaaargo baño, y cuando el capullo de mi marido aparezca por allí, le haré picadillo por haberme hecho pasar por esto.

—Normal, yo haría lo mismo —siguió con la mirada fija en algún lugar del exterior—. Los tíos son todos unos cobardes.

—Exacto. Lo son.

De pronto, supe por dónde tenía que ir, y al cabo de unos pocos minutos nos vimos intercambiando pareceres sobre los hombres, el comportamiento femenino, masculino, y una larga divagación sobre las diferencias de género.

—Max no lleva mucho tiempo en España, ¿verdad?

—Un par de años —dijo escueta sin dar muchas más pistas.

—¿Volverás con él? —insistí.

—Ten claro que no me va a dejar aquí tirada contigo. Estará esperando a ver qué pasa. Después vendrá a por mí, según el plan preestablecido.

—¿Y seguirás con ese cerdo?

—No tengo otro remedio.

—¿Pero por qué?

—Porque, como te dije el otro día, le debo la vida.

—¿Qué pasa? ¿Has hecho un pacto con el diablo?

No pudo evitar que se le escapara una carcajada que no tardó en disimular.

—Hace años me sacó de un prostíbulo.

Aquella respuesta me dejó tan fuera de juego que ahora era yo la que no sabía qué decir.

—¿Era eso lo que querías saber? Pues venga, te lo voy a contar. Así te

quedas tranquila y dejas de hacer preguntas, que te crees que no sé por dónde vas —. Ni siquiera se había dado la vuelta para contármelo. Lo dijo apoyada en la ventana, dándome la espalda.

—Fui una yonki de mierda que por un chute era capaz de hacer lo que me pidieran. Un día apareció Max con unos tíos por el antro en el que yo vivía. Yo estaba muy puesta. Me acababa de meter un pico cuando me vinieron a buscar al cuarto donde dormía. Aquello era infrahumano. Basura por todos lados, jeringuillas, agujas, papelinas... Uno de ellos quería que le hiciera un trabajo y yo, a duras penas podía mantenerme en pie. Comenzaron a discutir mi jefe, él y sus colegas... hasta que de pronto me vi en medio de una pelea que acabó a navajazos. Fue como estar soñándolo.

Afortunadamente, Lola no me podía ver la cara, pero estaba convencida de que si se daba la vuelta se daría cuenta de que tenía los ojos como platos. Por nada del mundo me hubiese imaginado que bajo la piel de aquella arrabalera hubiese un drama de ese calibre. Me dio lástima. Incluso me sentí algo culpable por haberla tratado con tanto desprecio.

—El caso es que —siguió hablando. Parecía que se liberaba al contármelo—, cuando acabaron con todos aquellos cabrones que nos tenían en aquel tugurio me cogieron a mí y a otras chicas más y nos sacaron de allí. Podrían habernos hecho de todo, sin embargo, no me preguntes cómo, porque no lo recuerdo, acabamos en un centro de rehabilitación.

Casi sin respirar, pues no me atreví a interrumpirla, le susurré un tímido:

—Sigue, por favor.

—Max me venía a ver de vez en cuando y, después de un tiempo que parecía no tener fin, conseguí superar la barrera de los seis meses sin meterme nada —dijo llevándose un cigarro a la boca mientras abría la ventana.

—Max era cariñoso, yo le fui enseñando algo de español cuando venía a verme y él parecía estar encaprichado conmigo. Hasta que salí de allí.

—¿Y te fuiste con él?

—¿Dónde podía ir?

—Y descubriste que no era trigo limpio, ¿verdad?

—Solo cuando le da por descontrolar con la bebida.

—Bueno, no parece que se dedique a un oficio muy honrado, sinceramente —dije sin resquemor.

—Seguramente, pero el mío tampoco lo era.

—¿Y ahora qué?

—Ahora acabaremos con toda esta mierda y nos iremos fuera. Se acabó, lejos, muy lejos. A empezar de cero.

—¿Estás segura?

—Quiero estarlo —hubo un silencio que sentenció aquella conversación, pero no quería que Lola dejara de hablar.

—Parece que lo has superado. No te noto afectada.

—Qué remedio. Esto es la ley de la jungla. El que no sobrevive, muere, y el que lo hace ha de seguir hacia delante, sin mirar atrás.

Nunca hubiese imaginado que Lola tuviese esa entereza.

—Además de Max, ha habido alguien más que te ha ayudado, ¿verdad?

—Deduje que esa filosofía de vida no podía salir de un descerebrado como él.

—De esto no se sale sola —Contestó saliendo ya de la habitación, de espaldas y con la cara ladeada. Después, cerró la puerta y dejó que el silencio volviera a gobernar la casa.

*

Lola me había dejado hacía unos minutos y medité sobre lo que me había confesado. Entonces, supe que había llegado el momento adecuado para llevar a cabo lo que tanto tiempo había estado esperando.

Tras calcular mucho la situación, decidí arriesgarme. Tenía que salir desesperadamente de aquel sitio pasase lo que pasase, y estaba dispuesta a jugármela. Y más teniendo en cuenta que aquel salvaje ya no estaba cerca, aunque nadie me aseguraba que no volviera.

Por lo que había estado observando, Emilio venía una vez cada dos o

tres días, así que estaba convencida de que no pasaría por allí hasta dentro de un dos días más.

Dejé que la jornada transcurriese como las anteriores, sin tensiones ni reproches, con un diálogo cordial pero no demasiado cercano. Desayuné, me aseo y, tras el almuerzo, decidí dar por concluido el juego.

—¡Lola! ¡Necesito ir al baño! —grité.

La mujer entró resignada. Volvió a desenganchar las cadenas, abrió una esposa, luego la otra y arrastró los largos eslabones, esperando a que me levantara. Siempre el mismo procedimiento, la misma rutina en el mismo orden; dejando uno de los aros colgando del cabecero. El otro seguía en mi otra muñeca, en espera de cerrar el círculo con el que estaba en la argolla del aseo.

—¡Qué hartura! —exclamó casi con confianza.

Pasamos por el salón impregnado de olor a comida que se guisaba en la cocina. Debía de estar preparándose algo para ella, pues yo había comido hacía un par de horas. Y, cuando llegamos al cuarto de baño, justo en el momento en que la rubia me daba la espalda para enganchar los eslabones, vi que era el momento. Solo pensé: «Ahora o nunca».

Enérgica, tensé la cadena y la pasé alrededor de su cuello a toda velocidad. No se lo esperaba y le había pillado por sorpresa. Lola había dado por hecho que no me atrevería a retarla nunca. «Mal hecho, “amiga”. No se debe bajar nunca la guardia. Nunca».

Una vez atrapada, sus esfuerzos se centraron en intentar respirar. Entonces, pisé un extremo de la cadena para ejercer más tensión y le di otra vuelta más a los hierros que atrapaban su cuello.

Lola era más alta y bastante más fuerte que yo, sin embargo, la ira y la ansiedad acumulada durante todos esos días me hicieron sacar energías sin saber cómo. Seguí presionando lo suficientemente fuerte como para controlar sus movimientos mientras trataba de buscar la llave de las esposas en sus bolsillos con mi mano libre. Ella luchaba para intentar meter los dedos entre los eslabones y, cuanto más tiraba, más apretaba yo. No podía hablar y, por los sonidos guturales que emitía su garganta, pensé que debía aflojar un poco.

Entonces empezó a dar patadas a todos los sanitarios. Realmente no sé si quise matarla. Lo único que tuve claro es que en aquel momento, la que poseía el control de la situación era yo.

Afortunadamente, terminé por recuperar la cordura y aflojé la cadena para que el aire penetrase ligeramente. Tenía arqueada la espalda dejando caer su peso en mí, eso le impedía defenderse en exceso, y solo aferrarse a meter sus dedos entre el cuello y los hierros.

—Shhh —le susurré al oído—, ahora la que se va a estar quietecita vas a ser tú.

Seguí hurgándole en los bolsillos hasta dar con la minúscula llave. Mientras tanto, comenzó a toser al tiempo que yo sostenía la cadena tirante con la planta del pie y tirando con la otra mano. Era la única manera para inmovilizarla sin perder el control, la única forma que supe para dominarla.

Cuando vi que estaba lo suficientemente débil, pasé la cadena a través de la argolla, como si fuera una polea, y la arrastré hacia la pared. No tuvo otra opción que seguir el camino hacia los azulejos, y se dejó llevar. Una vez cerrado aquel círculo de metales, me quité la esposa que quedaba en mi mano izquierda, se la coloqué en su muñeca y repetí la misma operación que me habían enseñado ellos durante tantos días.

Ya esposada, tal y como había estado yo hasta aquel momento, y añadiendo dos vueltas de metal alrededor de su andrógino cuello, Lola consiguió escupir:

—¡Zorra! ¡Casi me ahogas!

—Lo siento, son daños colaterales.

—No lo vas a conseguir, te matarán —argumentaba entre toses e inspirando con ansiedad.

—Sí, claro, cuento con ello, pero tengo que intentarlo —contesté rebuscando en los cajones del cuarto de baño.

—Te pillarán. No sabes dónde te estás metiendo —jadeó.

—¿Cuál es el plan, Lola? Dímelo. Creo que tengo derecho a saberlo.

—Olvídame —tosió de nuevo. Seguí abriendo y cerrando compartimientos hasta que di con el esparadrapo.

Era justo lo que buscaba.

—Peor para ti —. Y le puse un buen trozo de vendaje en la boca.

No serviría para nada, pues tenía los dedos libres, pero necesitaba hacerla callar de alguna manera, además así se entretendría un buen rato, mientras se depilaba el bigote. Estaba segura de que a partir de ahora me odiaría incluso más.

Busqué su móvil en los bolsillos mientras gruñía y como no lo llevaba encima, salí del aseo sin entretenerme. Tampoco vi llave alguna de ningún coche. La casa entera se llenaba de humo y olía a comida quemada y, pese a que sabía que no había nadie más, no confié en estar solas, por si acaso. Llegué de puntillas hasta la cocina, apoyando mi espalda en las paredes, tal y como había visto que hacían en las series policíacas, con la diferencia de que yo no llevaba un arma y no sabía cómo proceder en estos casos.

No, no había nadie. Entré en la cocina y retiré la sartén que estaba a punto de incendiarse. Si no quitaba esa sartén del fuego, Lola moriría asfixiada o quemada. No es que me importara que saliera todo ardiendo, pero prefería que mi denuncia no se volviese en mi contra.

Fui directa hacia la puerta con el corazón desbocado, latiendo a mil por hora. Dejé reposar mi oreja sobre la puerta para saber si escuchaba transitar a alguno de los dos hombres y, al no percibir a nadie más que a la rubia golpeando los sanitarios del baño, presioné el picaporte para poder salir de allí. Abrí un poco y miré por la rendija. No vi nada más que árboles y campo. Y entonces, corrí.

*

Corrí hasta un ancho árbol y me escondí tras él, respirando como si no lo hubiera hecho durante días. Llegué a hinchar los pulmones hasta el límite, y casi pude saborear el olor de la jara y el romero pegándose en mi paladar. Desde allí, observé la situación con más calma y recuperé el aliento.

La cabaña lucía pobre, prácticamente abandonada, con vegetación que

crecía desordenada, alrededor. A unos veinte metros, había otra casa con las ventanas tapadas por postigos. Se advertía que hacía mucho tiempo que no transitaba nadie por allí, pero no era improbable que pudiese aparecer quien fuera en cualquier momento. Entendí entonces el porqué del bofetón que me dio Max el primer día cuando grité por la ventana del cuarto de baño, pues la casa estaba justo en el lado de la ventana del aseo.

Frente a la puerta, ningún coche aparcado. Si lo hubiese habido, hubiese vuelto a entrar en busca de las llaves. Me di cuenta de que Lola había estado condenada a vigilarme sin alternativa, pues no había vehículo con el que ella pudiera salir de allí. Estaba casi tan secuestrada como yo.

«Bueno, ¿y ahora qué?». Opté por caminar por una senda que zigzagueaba entre árboles y rocas, por si tenía la mala suerte de que Emilio volviera a la cabaña justo en ese preciso momento. Lo mejor sería correr cuesta abajo y ganar tiempo hasta que aguantara. Estaba convencida de que camino abajo debía de haber una carretera. Después, pararía al primer vehículo que pasara para que me llevase directamente a la Guardia Civil. Ese era mi plan.

La carrera no duró mucho. Llevaba varios días postrada en la cama sin hacer nada de ejercicio y estaba fuera de forma. Cambié la velocidad por el trote, y después, por largas zancadas, siempre atenta a dónde pisaba. Al cabo de un rato, comencé a odiar el calzado urbano que me había puesto el día de mi secuestro. Se me clavaron varias piedras en los pies, un par de ortigas y, para colmo, tuve que saltar entre las piedras, doblándome de vez en cuando los tobillos. Llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta blanca de manga corta que Emilio me había traído de casa para poder lavar la ropa y hacer más duradero el secuestro.

Calculé que serían las cuatro o las cinco de la tarde por la posición del sol. No podía entretenerme mucho. No debía parar. Por el camino, fui pensando en cómo lo habrían hecho; si alguno de mis vecinos fue capaz de darse cuenta de que algo anormal estaba sucediendo, pero apenas tenía trato con ellos y había mucha gente nueva en el edificio. A medida que pasaba el tiempo, mi visión comenzaba a disminuir. Tan solo pensar en que tenía que pasar la noche en aquel bosque, mi cuerpo generaba aún más adrenalina para no detenerse y seguir andando, incluso con los pies rozados por las dichas

manoletinas. A pesar de todo, no hice descansos. Sabía que si aminoraba el ritmo sería mi perdición. Fue un par de horas después cuando, ya coja, di gracias al cielo al comprobar que por fin el asfalto cortaba el sendero. Pero el cansancio y la falta de coordinación me jugaron la mala pasada de que al saltar sobre la carretera, tropecé con el desnivel del asfalto, viéndome en el suelo, sin apenas haber preparado las manos para amortiguar la caída.

El dolor en el tobillo izquierdo fue lo peor, pero desollarme las piernas contra el asfalto, rompiendo el pantalón vaquero, tampoco ayudó demasiado. Supe que la torcedura era un esguince porque había sufrido varios y sabía identificarlos. El calor que desprendía la inflamación fue lo suficientemente obvio como para asegurarme de que tenía una buena torsión. Maldije y solté todo tipo de improperios, como si aquello me fuese a aliviar de alguna manera, obteniendo a cambio mi propia voz en forma de un gran eco que retumbaba en el bosque, como burlándose de mí.

Me levanté pensando que no era momento para lamentos y que debía seguir el ritmo o me enfriaría. «¿Derecha o izquierda?», deliberé sobre la dirección que tomar. La penumbra invadía el bosque a pasos agigantados y la visibilidad se hacía cada vez más reducida. Afortunadamente, el cielo se tiñó de un azul eléctrico gracias a la media luna que lo iluminaba con fuerza. Me guie por el instinto y, teniendo en cuenta que había visto el humo de una chimenea a lo lejos, tomé la bifurcación de la derecha, donde parecía que el terreno declinaba.

Caminar fue mucho más soportable sobre el pavimento, pese a la ruta, que simulaba jugar conmigo, arqueándose con curvas cerradas, pendientes que dejaban sin aliento y bajadas que entumecían los muslos. Seguí andando sin descanso hasta que la noche cayó a plomo, dejando que el frío y la humedad se hicieran más notables según avanzaba. Tuve que agudizar mis sentidos y prestar atención a los búhos, los cucos y el tenue murmullo de un arroyo que no debía de fluir muy lejos de allí. Un viento ligero se lanzó a acariciar las copas de los árboles, añadiendo un punto más de ornamentación a aquella bucólica banda sonora en la que yo era una mera parte secundaria. Entonces, sentí cómo el frío se metía por dentro de mis huesos. En realidad, no era la baja temperatura sino la sensación de humedad, la que me hacía tiritar.

Al cabo de un largo rato, me di cuenta de que aquello que a priori

parecía haber sido una gran idea podría costarme la vida. Dudé entre seguir o descansar un rato, y fue el miedo a permanecer en el bosque lo que me avivó no aminorando el ritmo. Las rozaduras de los pies que se habían convertido ya en ampollas, habían reventado hacía varias horas. Seguramente estarían sangrando, porque notaba cierta humedad dentro del calzado. En las rodillas noté una gran tirantez que supuse sería la sangre reseca, pegada al pantalón. El tobillo ardía y dolía cada vez que apoyaba el pie, pero si me paraba estaría muerta. No tenía que dejar de andar, tenía que continuar por mucho que me costara. «Pensabas que iba a ser fácil, ¿eh?», comenté en voz alta, extrañándome del sonido que emitía mi propia voz. Casi me aliviaba al escuchar mi propia voz, y pensé que lo mejor sería mantener la cabeza distraída. Al compás de la tiritona del frío, comencé a canturrear: “*First I was afraid, I was petrified...*” «Muy aguda, Eva», pensé. «¿Es que no había otra canción más adecuada que “*I will survive*”?», sonreí, ironizando conmigo misma, tratando de quitarle hierro a la situación.

Era ya noche cerrada cuando me pareció escuchar un ruido acompañado de una luz fugaz, parpadeando entre los árboles.

«¡Sí! ¡Es un coche!». La luz iba y venía, haciendo guiños. Me paré en seco para diferenciar si era producto de mi imaginación y el ruido iba en aumento, pero sin más, aquel resplandor dejó de moverse y volvió a reinar la oscuridad.

Suspiré a fondo y seguí caminando, dando tiempo a que mis pupilas volvieran a dilatarse, devolviéndolas de nuevo a la oscuridad. «Si hay un coche por ahí, es que habrá más», deduje.

El eco del riachuelo se escuchaba cada vez más cercano y eso hacía que sintiera más intensamente el frío del rocío que invadía todo mi cuerpo. El roce de los zapatos se hizo insoportable y decidí descalzarme, dejando que el aire fresco me aliviara y ventilara mis pies. Craso error. Al intentar volver a ponérmelos más adelante, me di cuenta de que ya era imposible: mis pies estaban completamente dilatados y tuve que seguir el paso completamente descalza. Ahora ya no solo tenía los pies ensangrentados y doloridos, sino que además me iba clavando pequeñas piedras y algunas plantas que habían llegado hasta el asfalto. Aun siendo un suplicio, preferí seguir así antes que volver a calzarme de nuevo aquellas manoletinas que había empezado a odiar.

Tras otra larga caminata, llegué a unos pivotes que destellaban por la pintura fluorescente con la que suelen pintar los “quitamiedos” de las carreteras secundarias. Me senté y di por concluida la caminata. Mis piernas no obedecían, me dolía todo el cuerpo y estaba helada. No podía más y el cansancio fue vencéndome por momentos, así que decidí cambiar la estrategia por esperar a que algún vehículo pasase por allí. Fue un alivio dejar mi cuerpo caer sobre el hormigón de aquel improvisado banco. Acurrucada, para poder resguardarme del frío, traté de irradiar el calor de mis propios brazos al resto del cuerpo y, así, encogida, permanecí en duermevela durante un largo tiempo. Quizá una hora, quizá dos, el caso es que, de pronto, un ruido me alertó nuevamente, sacándome de mi letargo.

Me puse en pie con dificultad, en espera de que el sonido se materializase en forma de vehículo. Después, llegó un destello azul intenso. «¡Por fin! ¡Un coche!» Y el automóvil no tardó en aparecer, deslumbrándome con las luces largas mientras yo agitaba los brazos y pedía auxilio en el borde de la cuneta. Pero al pasar justo a mi lado, no me quedó más remedio que pegar un salto hacia el arcén, torciéndome de nuevo el mismo tobillo. Casi me atropella. El conductor no frenó y siguió sin aligerar la marcha. Salí detrás, cojeando, sacudiendo los brazos, desesperada. Imploraba socorro, mas no sirvió de nada. Desapareció en la siguiente curva, dejando un rastro rojo en la carretera por las luces de los frenos. No daba crédito. «¿Cómo era posible que no me haya visto si prácticamente me he echado encima de él?», especulé, frustrada. Seguramente el conductor me vio, pero prefirió no parar. Volví a mi asiento, más preocupada por el frío que por el cansancio, y comencé a divagar sobre aquella manera tan estúpida de morir. Recordé entonces la relativa comodidad que había tenido hasta ese momento, en la cama en la que me habían encadenado, pero preferí habérmela jugado que seguir allí. Nadie me aseguraba que aquella gente no acabaría matándome, tal y como se las gastaba Max, por mucho que se opusiera su jefe.

De vuelta a la posición fetal, tardé un largo rato en retomar la modorra. El frío me envolvió con un húmedo manto que se metía entre mis huesos. Aun así, tras mucho divagar, conseguí que el cansancio me venciera, permitiéndome dar un par de cabezadas y, al cabo de un tiempo que a mí me pareció un siglo, escuché un murmullo lejano. Levanté la cabeza para agudizar el oído y entonces comprobé que se trataba de un motor.

Cojeando, todo lo rápida que pude, me situé en medio de la carretera en espera de recibir el fogonazo de luz sobre mi cuerpo. Había suficiente distancia desde la curva por la que aparecería el coche y el punto en la que yo me encontraba. El conductor tenía tiempo para reaccionar dentro del campo de visión y margen de sobra para frenar. Tras unos interminables segundos, apareció frente a mí. Allí estaba. Los focos me deslumbraron, obligándome a apartar la cara, tapándome el destello con las manos por delante de los ojos. «¿Y si no para y me atropella? ¿Y si no me ve?», por un momento pensé si estaba cometiendo una locura, pero la maniobra tenía que funcionar.

Aquel trance pareció no acabar nunca. Tuve mil dudas sobre el riesgo que estaba cometiendo, sin embargo, justo en el momento en que le quedaban pocos metros para alcanzarme, se escuchó un enorme frenazo, dejando el morro del vehículo a unos palmos de mis piernas. Salí corriendo sin dejar de cojear hacia la ventanilla del copiloto, descalza y tiritando, aunque aliviada, por fin, y algo cauta. No sabía si estaba poniendo mi vida en manos más peligrosas. Solo necesitaba comprobar si el conductor era de fiar y convencerle de que me llevara al cuartel de la Guardia Civil más cercano.

El cristal del copiloto bajó despacio, descubriéndose en la oscuridad el perfil de un hombre elegante que, atónito, me miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Pero, pero... por el amor de Dios! ¡Casi te atropello!

Agradecí el tuteo y le pedí si podía llevarme al cuartel de la Guardia Civil que quedara más cerca.

—¡Por supuesto! ¡Sube!

Desbloqueó las puertas y entré en el confortable habitáculo.

—¡Madre mía! —Se llevó una mano a la frente— ¡Un poco más y te llevo por delante!

—Siento haber sido tan imprudente, pero es que solo he visto por aquí un coche y ha pasado de largo.

—Es que no te esperas encontrar a nadie en esta carretera. Te he visto en el último momento y, sinceramente, me has asustado. La noche está muy oscura

y sales de la nada. ¡Parecías un fantasma!

—Lo siento, pero es que si no, no me hubiera visto.

Estaba helada y el calor del cocheo me iba reconfortando por momentos. Pese a todo, bendije mi suerte. Aquel hombre tenía pinta de ser un ricachón. El coche olía a cuero, a nuevo. Volví a pedirle perdón por ir descalza y dejé las manoleínas en el suelo del vehículo. Me abroché el cinturón y estiré ambas piernas para reposar las plantas, especialmente el tobillo torcido.

—¿Estás bien?

—Bueno, me he caído, he debido de hacerme un esguince, tengo las rodillas con heridas y los pies llenos de ampollas. He caminado durante un montón de horas y cometí el error de quitarme los zapatos.

—Mal hecho.

—Lo sé, lo sé. Después ya no me entraban, claro, pero vamos, que de esta no me muero.

El conductor me miró con cara de pena.

—O sea, que estás hecha migajas —dijo riéndose.

—Más bien sí.

La verdad era que estaba tan cansada que no me apetecía hablar. Lo único que quería era descansar, dormir, dormir mucho, pero aquel hombre no acababa de preguntar, y al final decidí relatarle todo lo que me había pasado en una versión moderadamente corta. Él iba sorprendiéndose cada vez más sin quitar la vista del camino. Me salté el detalle de la violación y apenas di detalles de cómo llegué a atar a Lola a la argolla del baño. Todo era demasiado surrealista y no quería articular ni una sola palabra más, teniendo en cuenta que aún me quedaba pasar por la Guardia Civil. Estaba exhausta.

—Y lo de la cara —dije cuando me señaló la mejilla amoratada— fue por un percance con ellos..., bueno, con él.

—¿Con quién? —preguntó con curiosidad.

—Se lo contaré todo a la Policía. Ahora no tengo fuerzas para seguir

con la charla.

—Lo entiendo —respondió comprensivo. De hecho, pareció leerme el pensamiento porque dejó de preguntar, consiguiendo que el silencio fuera dando paso a otros componentes que nos acompañaban dentro del coche. La música que flotaba en el ambiente era la protagonista. Escuchaba algo clásico: Beethoven, Brahms o similar. Era una obra que había oído mil veces y que en aquel momento no fui capaz de reconocer.

El coche indicaba cierto estatus, pero no presté atención a la marca. Supuse que era alguien adinerado. Los asientos de cuero, el salpicadero de madera, olía a buen perfume... El camino apenas se iluminaba entre curva y curva, ocultando el entorno y convirtiéndolo en otro aún más tétrico.

En aquel momento deduje que había tenido mucha suerte, pero también que había cometido una locura. Si no me hubiese llegado a haber encontrado él, mi destino podría haber acabado de cualquier manera, pues fui testigo de que no nos cruzamos con ningún vehículo más.

—Verás —intervino de repente.

—A ver qué te parece lo que te voy a proponer. Si no lo ves bien me lo dices y sin problemas, ¿eh?

Le miré, extrañada.

—Son las once de la noche y la Guardia Civil nos pilla a una hora todavía desde aquí.

Automáticamente, me puse alerta.

—Como pasamos prácticamente por delante de mi casa y estamos a punto de llegar, ¿qué te parece si te pegas una buena ducha, cenas, duermes y, mañana por la mañana vamos a presentar la denuncia con tranquilidad? Tengo una habitación de invitados en la que te vas a sentir muy cómoda, en serio.

Estaba rota, pero la idea no me terminaba de convencer. Quería ir derecha al cuartel y llegar a mi casa cuanto antes. Además, ya no me fiaba de nadie, así que, en silencio, comencé a examinarle en la oscuridad que se aclaraba tan solo por el reflejo que proyectaban las señales de tráfico. Presté después atención a los clarinetes, sonando ahora con más intensidad y, sin dar

respuesta alguna, continué analizándole. Observé su cara, aprovechando que tenía que estar concentrado en la conducción.

A priori, parecía alguien fiable. Era un hombre moreno de pelo liso, debía de tener unos treinta y muchos, rozando los cuarenta. La nariz recta y los ojos parecían grandes.

Conducía cauto, sin quitarle ojo a aquellas curvas revueltas que se fundían con la infinita negrura, pero tenía la intuición de que sabía que le estaba observando.

Por lo poco que percibí en aquel momento, me pareció más que suficiente como para fiarme de él y dejarme ayudar. Había pasado demasiado tiempo sin nadie en quien apoyarme. Llevaba razón, podía esperar. Mejor sería darme una buena ducha, cenar, dormir, y mañana estaría lista y fresca para empezar la batalla contra aquellos canallas. Era más que lógico.

Así continué varios kilómetros más, mientras me convencía yo sola de que era la mejor opción, y cuando terminé de estudiar su cara, bajé más la vista. Fue entonces cuando me di cuenta de que a la altura de su cuello había un trozo de tela blanca que brillaba en la oscuridad: era un alzacuellos.

Día 12: noche del domingo, 4 de Junio.

El hecho de ir a casa de un desconocido no me hacía ninguna gracia y más, después de haber estado retenida durante tantos días. Lo único que me apetecía era volver a mi cama, esa que había echado tanto de menos y, ahora que ya era libre, tampoco lo iba a hacer. Necesitaba reposar la cabeza en mi almohada y dormir a pierna suelta sin estar pendiente de las conversaciones que se producían en la habitación de al lado, pero el cansancio y las lesiones se hacían cada vez más patentes, y el cuerpo parecía gritarme que o descansaba o habría consecuencias peores. Por otro lado, me sentía confusa. No tenía gran experiencia con los sacerdotes, no sabía mucho del Clero ni de cómo tratar a un cura o a una monja. Apenas tenía vínculos en común con la religión, pues en casa, mis padres fueron más bien agnósticos. Me había casado con Javier por lo Civil y ambos pertenecíamos a un mundo totalmente ajeno a cualquier fe. Además, no sabía cómo trata un sacerdote tan joven. Hubiese sido más sencillo comunicarme con el típico cura sesentón, pero con alguien de mi edad no tenía muy claro qué reglas seguir. «¿Cómo debo llamarle? ¿De usted? ¿Tutearle? ¿Le llamo Padre? ¿Será lo suficiente moderno como para no tener que ser políticamente correcta o debo censurar determinados comentarios? ». Incluso así, y dadas las circunstancias, entendí que era lo mejor para mí. No perdía nada por descansar y hacer todos los trámites al día siguiente. Además, la Policía se pone muy pesada a la hora de relatar algo tan grave y, sencillamente, no me encontraba con fuerzas para pensar demasiado.

Tras culebrear por la montaña y entrar en un cerrado camino forestal por fin atisbé una casa de ladrillo visto situada al final de la calzada. Desde la lejanía y en la oscuridad se adivinaba que se trataba de un sitio agradable, perfecto para alguien que necesitara retirarse del mundanal ruido y meditar. Aparcó y me informó de que ya habíamos llegado.

—¿Y la Iglesia? —comenté para hacerle saber que ya había visto el alzacuellos.

El hombre trazó una amplia sonrisa en su cara mientras elegía la llave para abrir la puerta.

—No hay iglesia. Esta es mi casa, yo doy cobertura a varios pueblos.

—¿Un cura itinerante? Nunca lo habría adivinado. ¿Eso existe?

—Ya no hay gente las aldeas de alrededor como para tener un sacerdote por sitio.

—¿Pero siempre en esta zona?

—Depende, eso va por épocas. Ahora estoy por aquí, pero hay veces que el Obispado me manda al Norte, por ejemplo. Hay un montón de aldeas que no tienen sacerdotes ni para oficiarse los domingos. Se quedan aisladas en invierno y hay que tener ganas de subir hasta allí arriba. La zona de Picos de Europa es mi preferida.

—Conozco la zona. Antes íbamos mucho por allí mi marido y yo— expliqué como si aquello perteneciera aun pasado lejano— ¿Y a qué pueblos solía ir? —pregunté, entrando por la puerta.

—¡Uf! Varios. Pero me quedo con cualquiera de la comarca de Liébana. Hay sitios tan aislados de las ciudades que parece que se ha parado el mundo. Uno en concreto sería Mónico. Si no fuera por los cuatro abuelos que viven allí arriba ahora mismo estaría catalogado como pueblo fantasma.

Entramos en un salón amplio, cuya decoración contrastaba con el rústico exterior. Todo era vanguardista con un mínimo ornamento. La chimenea gobernaba la sala y, justo enfrente, había un sofá de piel, una mesa de cristal y una butaca solitaria, a juego con el sofá. Las paredes estaban cubiertas con varias estanterías repletas de libros.

—¿Mónico? No he oído hablar de él en mi vida —contesté, fijándome en las fotos con el Papa Benedicto XVI que exponía en una pared.

—Está complicado llegar hasta arriba y apenas hay indicaciones. Como no hagan algo, en cuanto muera el último viejo, el pueblo desaparece.

Asentí para hacerle saber que le estaba escuchando, aunque en realidad prestaba más atención a todo lo que había en el salón. Ví también varias imágenes con niños negritos que deduje que serían africanos. Quizás fuera misionero, pero no quise seguir indagando. Después, señaló el camino del baño, tendiéndome un albornoz doblado que emanaba un suave olor a

suavizante y que, por el tamaño, pensé que sería suyo.

—Toma, recién lavado. Cuando termines, me avisas para curarte las heridas y vendarte ese tobillo. No tengo muletas, lo siento —me dijo serio.

—No sabe cómo se lo agradezco.

—Llámame de tú —dejó escapar unos hoyuelos en sendas mejillas. Y entonces me percaté del intenso azul oscuro que tenían sus ojos.

—¿Y cómo debo llamarte?

—Ernesto.

—Padre Ernesto, entonces.

—Bueno, con Ernesto vale —volvió a sonreír.

Era muy cautivador. No me extrañó que se dedicara al sacerdocio. Era un tipo agradable, muy atractivo y sabía muy bien cómo tratar a la gente, por lo poco que había visto hasta ese momento.

El cuarto de baño iba acorde al resto de la casa: sanitarios innovadores, grifos de diseño; aquel lugar no podía tener más de un par de años o había sido recientemente reformado. Una cabina de ducha con hidromasaje me esperaba para aliviarme el cansancio. Abrí el agua caliente y salieron diferentes chorros con distinta presión. «¡Qué maravilla!», suspiré, comenzando por fin a relajarme. Restregué bien mis maltratados pies con el gel que en un dispensador e insistí en las heridas de las rodillas. Tenía una costra bien grande en cada una de ellas. Después, masajeeé el tobillo hinchado y le eché agua fría. El pobre parecía pedir a gritos reposar en alto para que bajara la inflamación.

Tras sentarme en la tapa del inodoro, reconfortada dentro del albornoz, me fijé en que, justo bajo el lavabo había un armario. Seguramente allí tendría tiritas y algodones para poder curarme los pies. Puse la mano sobre el tirador para buscar algo que pudiera aplicarme, pero me pareció una falta de consideración hacia mi anfitrión andar hurgando entre sus cosas. «Mejor se lo pido a él», me dije, respetuosa. Me até bien el enorme albornoz, remangándome los brazos, pues me sobraba prenda por todos los lados y salí como nueva.

Había sido casi un bálsamo. Había hecho lo correcto, esperar al día siguiente y reponer fuerzas. Tenía las piernas muy cargadas y las primeras agujetas comenzaban a aflorar. Para colmo, la garganta comenzaba a molestarme.

Malo, había cogido frío en el bosque, seguramente. Normal. Después de permanecer tantas horas a la intemperie y sin nada con lo que poder abrigarme, lo mínimo que me podía haber pasado era enfriarme.

Anduve descalza, de puntillas, apenas apoyando el pie torcido en dirección a la única parte donde había luz, la cocina. El padre Ernesto estaba de espaldas y hablaba por teléfono mientras cortaba verduras sobre una encimera de mármol negro y brillante. Al escucharme entrar se apresuró a terminar la conversación y colgó.

—Perdona, no tengo calzado de mujer. Te daré unos calcetines, ¿te arreglas?

—Faltaría más, claro, pero antes quería... —señalé mis pies.

—¡Pero qué mal anfitrión soy! Vamos al salón a que te cure eso.

—No hace falta, de verdad, lo puedo hacer yo sola.

—¡Que no mujer, que no! —exclamó con repentina familiaridad y en lenguaje coloquial que le indultaba de ser sacerdote.

Estaba muy poco acostumbrada a lidiar con este tipo de personas y me sorprendí de que fuera un tipo aparentemente normal.

—Tengo un par de cursos de enfermería, y aún recuerdo algo de todo lo que aprendí —dijo, mofándose de sí mismo.

Sacó entonces un botiquín lleno de medicinas y, tomando un trozo de algodón lo empapó con agua oxigenada. Se sentó frente a mí, en la butaca, haciendo un ademán para que apoyara los pies en sus piernas. Me daba bastante vergüenza, pero parecía estar acostumbrado a tratar con personas que necesitaran ayuda. Agarró mis extremidades con delicadeza y comenzó a curarme. Creo que en otras circunstancias me habría fijado más en ciertos detalles, pero en ese momento estaba tan agotada que no podía concentrarme en nada. Lo único que pensaba es que me hacía sentir bien.

Me dejé llevar, permitiéndole que me curara en el sofá. El buen samaritano desinfectó las ampollas, aplicaba el líquido antiséptico y, cuando las heridas tomaron contacto con el agua oxigenada, no pude evitar soltar un ligero lamento. Esperó, paciente, a que el fluido penetrara dentro de la piel. Volví a gruñir, esta vez sigilosa. Entonces sentí su mirada fugaz sobre mí, advirtiéndome que ya sabía que me dolía. Colocó varias tiritas y dejó de mirar. Siempre fui algo melindrosa cuando veía sangre, así que preferí posar la vista a mi alrededor para no sugestionarme.

Tenía la casa muy ordenada, pulcra, limpia. Alrededor de la gran pantalla de televisión había diferentes aparatos de alta tecnología. Después, pasé a observarle de nuevo. Ya no llevaba el alzacuellos. Aparentaba así ser más joven todavía que cuando me había subido al coche. Vestía con unos vaqueros desgastados y una camisa negra, con un par de botones desabrochados y el vello del pecho asomando ligeramente, justo en el hueco de la clavícula. Volvió a mirarme y advirtió que estaba examinándole. Decididamente, era muy atractivo.

Una vez terminada la cura en los pies, pasó a las rodillas, haciendo casi lo mismo: algodón y agua oxigenada, pero esta vez no puso tiritas. Luego me pidió que le mostrara las palmas de las manos, pues estaban raspadas al haber amortiguado la caída. Mojó más algodón de desinfectante y una espuma blanca no tardó en hacer reacción, señal de que estaba penetrando en la piel. Me aplicó después una crema fría en el tobillo con un olor muy fuerte a mentol. Masajeó la hinchazón con suavidad mientras yo me tensaba cada vez que rozaba la torcedura.

Me concentré en sus manos. Eran finas y delicadas, con dedos alargados y la piel suave.

Estaba a salvo, viva, consciente y, automáticamente comencé a divagar. Mis pensamientos oscilaban entre lo injusto que era que un hombre tan terriblemente atractivo se dedicara al sacerdocio y mi marido, Javier. A efectos legales, seguía casada, pese a aquel correo que me había escrito estando en la cabaña. Llevaba ya un tiempo en que veía a Javier como si fuera un extraño, apenas le echaba de menos como pareja. Recordé también la bronca monumental que tuvimos la noche anterior. Ni siquiera fui capaz de entender el porqué.

Volví a mirarlo. Seguía, callado, masajeando el tobillo. Me hubiera apetecido preguntarle sobre su profesión, por qué se hizo sacerdote, cómo era eso de la «llamada de Dios», pero no tenía confianza ni fuerzas para articular palabra. No era el momento. Era un hombre callado, sosegado, y me hacía sentir muy cómoda. «En el fondo he tenido mucha suerte», volvía a confirmar. «Encima he dado con un hombre bueno y que sabe de primeros auxilios». Súbitamente, reconocí que pese a mi última experiencia sexual, habiendo sido víctima de aquel monstruo polaco, búlgaro o checo, se me estaba despertando cierto deseo. «Estás delirando, Eva», me dijo la voz de mi conciencia, susurrándome en un oído. «Delirando de cansancio, no puede ser otra cosa».

El cura pareció adivinar mis pensamientos, pues le vi esbozar una ligera sonrisa, exhibiendo aún más los dos hoyuelos que tenía en las mejillas. Era meticuloso y se esmeraba en hacer las cosas con mucho cuidado. Así lo estaba demostrando mientras me vendaba el tobillo.

—Madre mía cómo tienes esto de inflamado

Creo que lo dijo por romper el silencio. Podría haber intentado seguir con la conversación, pero no pude, y para colmo, mi estómago rugió delatando el vacío que tenía.

—Ya está —me indicó, guardando el botiquín.

—Gracias, de verdad —dejé escapar un ligero suspiro.

—Se me va a quemar la cena... —fue una indirecta que soltó mirándome los pies para que los levantara.

—¡Perdón! —contesté avergonzada—Es que estoy rota.

—Lo entiendo, no es para menos, pero hoy descansas y mañana Dios dirá.

—Amén —contesté con el topicazo.

De repente, me sentí ridícula y avergonzada. Afortunadamente, soltó una carcajada que no hizo más que demostrarme tenía mucho sentido del humor.

*

Antes de sentarnos a cenar, y en vista de que iba a pasar allí la noche, le

volví a agradecer que me hubiese prestado alojamiento, sin embargo, necesitaba llamar a la Policía para avisar de que estaba viva y que al día siguiente pasaría por el cuartel a denunciar.

—Por supuesto, llama —dijo ofreciéndome su teléfono móvil—. Espera, que busco el número.

—¿112?

—¡Jajaja! —rio—. No, esto no es la capital. Estás en un pueblo.

El sacerdote se levantó y trajo una agenda en la que figuraban varios teléfonos, todos ellos pertenecientes a números de urgencias.

—Mira, aquí. Guardia Civil —señaló—. Nueve, cuatro...

Presioné los botones según me fue dictando y, de pronto, deduje que lo más normal es que, con la acusación que yo planteaba, la Policía se presentaría en la casa y el interrogatorio acabaría tardísimo. Mejor sería dejarlo para el día siguiente, y colgué el teléfono.

—¿No llamas? —preguntó extrañado.

Acabo de darme cuenta de que no estoy en condiciones de empezar a repasar toda la historia. Necesito dormir. Mañana, si no te importa, me llevas, y una vez con fuerzas podré hacerlo todo en condiciones.

—Es cierto. Si llamas ahora, seguramente vengan para acá y nos tendrán levantados hasta tarde.

—Por eso, además no quiero alterar tu rutina. Suficiente has hecho acogiéndome.

—Tonterías. Lo haría cualquiera.

*

Durante la cena, pese a que no tuve demasiadas fuerzas para articular palabra, charlamos de cosas banales.

Básicamente la conversación se centró en mi día a día: el trabajo, a qué me dedicaba, mis amigos, mi familia... Él preguntaba sin darme datos de la suya. Se notaba que no quería profundizar en exceso. Le fui contando cosas

según recuperaba energías, sobre todo por el exquisito plato de pasta con gambas que había cocinado. Además, no dejó de servirme vino, cosa que agradecí pues necesitaba relajarme y entrar en calor.

—¿Quieres algo de postre?

—No, gracias. Estoy que me caigo, además me duele mucho la garganta —carraspeé con voz algo afónica—. Creo que me he enfriado.

—No me extraña. Tantas horas en el bosque y sin abrigo. ¡Vaya aventura!

—Tenía que salir de allí, era mi única oportunidad y no me lo pensé mucho. No tengo muy claro qué hubiese pasado si el secuestro se hubiese prolongado, pero me estaba volviendo loca.

—Te entiendo. Ha debido de ser una experiencia muy dura. Se nota que eres una mujer fuerte y tenaz.

—No me halagues demasiado que podría creérmelo —en ese momento me di cuenta de que se me había olvidado por completo que estaba hablando con un sacerdote y que daba la sensación de que estaba flirteando con él.

—Te lo digo en serio. Conozco a mucha gente que en una situación similar habría perdido los nervios.

—Lo hice. Hubo un momento en que creí que me vendría abajo, pero la mente humana se adapta a todo.

—Cierto. Ahora lo más importante es que te repongas en condiciones y olvides todo este mal sueño.

Aquel hombre era un encanto. Además de atractivo era buen consejero.

—Tengo una habitación para invitados que te está esperando. Te estás muriendo de sueño.

—Lo siento, no soy buena compañía hoy —dije, reprimiendo un bostezo.

Se levantó y recogió los platos, no sin antes apurar lo que quedaba de vino en su copa. Quise levantarme y ayudar, pero me tocó ligeramente un hombro, indicándome que estuviera sentada. Entonces sentí un escalofrío. Me

gustó que me tocara.

Inmediatamente, deseché la idea. «Estás loca», me autocensuré. Todo me pareció surrealista y absurdo, y más en aquella situación. Era inevitable pensar que aquel hombre era muy especial.

*

La cama era perfecta: ni demasiado rígida, ni demasiado blanda. Aun así, me costó bastante conciliar el sueño. Estaba tan cansada que no podía dormir. Me dolía el tobillo, los pies me ardían, las rodillas estaban resentidas y la garganta ya era más que una molestia.

No dejaba de darle vueltas a la situación: el secuestro, Javier, el porqué de toda aquella trama, las posibles consecuencias de mi denuncia.

¿Le harían daño a él también? ¿Realmente quería divorciarse? Al menos no era cierto eso de que se había desentendido de mí. ¿Prepararemos los papeles del divorcio o esa información estaba también manipulada por ellos?

Intenté rememorar los buenos momentos a su lado, sin embargo me daba cuenta de que cada pensamiento, cada imagen que tenía de mi marido, era un sentimiento más cercano a lo fraternal que a lo amoroso.

Poco a poco fui claudicando dentro de las sábanas; el calor me adormecía y el silencio fue aflojando la tensión de los días pasados. Escuché cómo el padre Ernesto recogía la cocina y merodeaba por la casa. Incluso me dio la sensación de que pasaba justo por delante de mi puerta, parándose enfrente. Hasta me pareció que el pomo de la puerta giraba. Después pensé en que eran figuraciones mías. «Estás obsesionada con estos cabrones», concluí. Los ruidos en la habitación colindante revelaban que estaba en su habitación, preparándose para dormir. La imaginación es mala compañera cuando el cerebro no está tranquilo. «He tenido mucha suerte», me repetía. «El hecho de haberme cruzado con este buen hombre ha sido lo mejor que me podía haber pasado». Podría haber dado con algún perverso, o simplemente no haber encontrado a nadie, pasando toda la noche a la intemperie en aquel odioso bosque. Se me ponían los pelos de punta solo de pensarlo. Finalmente, con toda aquella mezcla de pensamientos que iban y venían, logré dormir.

*

Pasadas no más de dos de horas me vi atrapada en una agónica pesadilla. Estaba en el bosque, caía la noche, y yo corría por un camino oscuro y retorcido. Al fondo de un sendero, Max me esperaba abriendo sus brazos, mostrando su gélida y tenebrosa sonrisa de dientes amarillos. Casi pude oler su aliento a vodka, su fuerte sudor nauseabundo. Entonces, corrí en dirección contraria, pero mis pies, llenos de ampollas, seguían hacia delante, directa hacia él. Luché por cambiar el sentido de la carrera, mas mis piernas continuaban caminando en la misma dirección. Trataba de no llegar hasta los brazos de aquel monstruo y, justo cuando estaba abalanzándome sobre su cuerpo, sacó su fétida lengua para lamerme. Entonces me dio un gran sobresalto que casi me tira de la cama. Finalmente, desperté.

Sudorosa y jadeando, sin saber dónde me encontraba, me palpé las muñecas en la oscuridad para comprobar que ya no tenían las esposas alrededor. Luego recordé que estaba en casa del padre Ernesto y solté un gran suspiro de alivio. Busqué a tientas la luz de la lamparita que reposaba en la mesilla y por el calor de mi cuerpo, me di cuenta de que tenía fiebre. La garganta me estallaba y pedía a gritos que le calmara el dolor. «No puedo levantarme ahora», pensé. «No estoy en mi casa, no puedo deambular por una casa que no es la mía. Duérmete», me ordené, apagando de nuevo la luz.

Mientras trataba de volver a recuperar el sueño y la respiración deceleraba, escuché a un búho que debía estar cerca. Dentro olía a pino y a leña quemada. Cerré los ojos y procuré relajarme de nuevo, pero era imposible, además tenía sed. Por la mañana me levantaría y acabaría cuanto antes con todo el protocolo de la denuncia y, sobre todo, volvería a casa para aclarar la situación con Javier. Estaba segura de que tarde o temprano los detendrían e irían derechitos a la cárcel.

Además de la fiebre, estaba rabiosa, quería venganza por todo lo que había pasado. Di vueltas y más vueltas, enrollándome en la holgada camiseta que me había prestado Ernesto, pero no hubo manera de volver a conciliar el sueño. Al final me levanté, desoyendo el descanso que reclamaban mi propio tobillo y también las piernas.

Salí de la habitación, sigilosa, palpando la pared del pasillo a oscuras e intentando orientarme hasta la cocina. No quería despertar a mi anfitrión y llegué sin hacer ruido alguno. Busqué a tientas el interruptor de la luz en la

pared al llegar, rebusqué en los armarios para buscar un vaso, casi furtiva, hasta que di con el lugar donde se encontraban. Tras llenar generosamente uno de ellos, me senté en la misma silla que había ocupado horas antes. La cabeza me daba vueltas y al tragar, la garganta me pinchaba.

—¡Vaya! ¿Cómo es que no duermes? —escuché a mis espaldas la voz del sacerdote.

Sin querer, di un ligero respingo, dejando en evidencia que me había asustado.

—Perdona, no quería asustarte.

—No pasa nada, es que no te he oído llegar. Siento si te he despertado.

—Tranquila, yo me despierto con el vuelo de una mosca, no has sido tú.

Llevaba una camiseta blanca de algodón que le marcaba visiblemente la musculatura de los brazos. El pantalón del pijama, escrupulosamente atado a su cintura, le quedaba perfecto, redondeando aún más su trasero. Todo en él se alejaba del prototipo de un sacerdote corriente.

—He tenido una pesadilla y no puedo dormir. Creo que tengo fiebre y me duele muchísimo la garganta.

—¿Cuándo te has empezado a encontrar mal? —dijo tomando una taza del armario.

—Antes de irme a dormir. Pensé que solo era cansancio, pero me he debido de enfriar —susurré.

—Claro —afirmó. Se acercó a mí y, sin reparo alguno, me puso la mano en la frente, como si se fuera mi padre—. Claro que tienes fiebre. Y bastante. Voy a por el termómetro y una pastilla que te va a ayudar mucho.

Al cabo de pocos segundos, apareció con un termómetro digital. Lo puso en marcha y me ordenó que me lo colocara bajo la axila.

Mientras el aparato medía la temperatura, el sacerdote abrió la nevera y cogió un paquete de leche. Acto seguido, la sirvió en la taza que había dejado en la mesa y la puso en el microondas.

—Vas a tomarte un vaso de leche caliente con miel del pueblo. Esta miel hace milagros.

—Que un sacerdote me hable de milagros a estas horas de la noche me hace dudar de si lo que estoy oyendo es parte de la realidad o aún estoy soñando.

—Veo que no pierdes el sentido del humor. ¿Y el tobillo?

—Sigue igual.

Justo en ese momento sonó la alarma del termómetro que indicaba que ya podíamos comprobar la temperatura.

—Dámelo —ordenó.

Sin rechistar y con plena confianza en él le entregué el artillugio.

—Lo que me temía: 38,5.

—Ya decía yo.

—Ahora mismo te vas a tomar esta pastilla. Te advierto que da mucho sueño, es un antigripal muy fuerte, pero en cuarenta y ocho horas estarás como nueva. No sé si mañana vas a poder ir a algún sitio estando así.

—Pues tendré que levantarme y llegar hasta la Guardia Civil como sea. Además, no voy a molestarte más. Has sido demasiado generoso y no quiero abusar.

—Mañana no tengo nada urgente, bueno, tengo una reunión, pero puedo cancelarla. De todos modos, vamos a ver cómo te encuentras por la mañana. Ahora, tómate este vaso de leche y a dormir. Pero primero vamos a mirarte el vendaje y a aplicarte más crema. Tú ve tomándote la leche mientras yo te reviso el esguince.

De nuevo, se sentó frente a mí exigiendo con un simple gesto, que pusiera el pie en sus rodillas. Deslió la venda con cuidado mientras yo notaba el alivio en la garganta por aquel remedio casero.

—Parece que sigue igual —dijo palpando la hinchazón por encima—. Teníamos que haber puesto un poco de hielo, pero no quiero que estés mucho

tiempo levantada.

El pie estaba muy inflamado y tenía un color oscuro, entre negruzco y morado. La mejilla y los labios seguían doloridos de la paliza que me había dado Max y, para colmo, me encontraba febril y griposa. Estaba hecha una auténtica bazofia.

Se concentró en el tobillo, esparciendo la pomada con mucha delicadeza. Yo procuraba beberme le leche lo más caliente posible, soplando entre trago y trago para no quemarme la lengua. Obediente, sin rechistar, me tragué aquella pastilla. No tenía ganas de charlar ni de andar preguntando para qué estaba indicada exactamente. Me fiaba de él y sentía el cuerpo dolorido. Además empecé a tiritar. Lo único que quería era dormir y dejar de sentir todos y cada uno de los músculos de mi dolorido cuerpo.

Día 13: lunes 5 de junio.

Era cierto. La píldora me dejó fuera de combate durante más de doce horas. Desperté varias veces, pero fui incapaz de abrir los ojos en condiciones. Recuerdo la luz, invadiendo la habitación, pensar que seguía en la cabaña y sentir de nuevo los párpados pesados. Mis esfuerzos por ponerme en marcha fueron en vano. Salía del recóndito sueño, miraba la hora del reloj que había en la mesilla, como si aquello me sirviera para algo útil, y volvía a dormir nuevamente, dejándome caer en un agujero de ilusiones inquietas, sintiendo mis huesos como losas. No tenía la certeza de si Ernesto había entrado en la habitación y me había puesto el termómetro de nuevo o era parte de mi imaginación durante aquellas horas. Juraría haber sentido que me ponía la mano en la frente, pero también podía ser un espejismo de mi subconsciente.

Finalmente, me incorporé para ver la hora. Eran las 15:20. Apresurada, me levanté mareada. Tenía que ducharme, cambiarme, e ir al cuartel de la Guardia Civil cuanto antes. Estaba mucho mejor después de haber dormido tanto, sin embargo aún no me encontraba al cien por cien.

Fui al baño y salí de allí, arropada de nuevo con el albornoz. Después busqué a mi anfitrión en la cocina, pero no encontré rastro de él.

—¿Hola? ¿Ernesto? —resonó mi voz en las paredes.

—¿Hola? ¿Hay alguien?

Me dirigí entonces al salón, y como no le vi comencé a curiosear por la ventana.

Se apreciaba un jardín bien cuidado alrededor de la casa, unos rosales bajo el cristal y una arboleda que se perdía en el límite de mi campo de visión. El viento zarandeaba las ramas de los pinos y el sol estaba oculto tras una gran nube gris. Aquel lugar parecía un paraíso, lejos del tránsito, del ruido de la ciudad y la contaminación de los coches.

De pronto, se me antojó respirar aire puro y salir fuera. Intenté abrir la puerta principal y fue cuando me di cuenta de que estaba cerrada con llave, o lo que es lo mismo, me había encerrado. ¿Fue por simple precaución o lo había hecho de manera intencionada? Solo de pensarlo me puse histérica.

Comencé a respirar con dificultad. Sentí cómo la ansiedad se apoderaba de mí, cómo el pánico iba tomando control de la situación. Después, noté que tenía problemas para que el oxígeno me llegara bien a los pulmones. «A ver, tranquilízate», intenté pensar frialdad. Me imaginaba de nuevo encerrada y la claustrofobia me cegaba todavía más. Una parte de mí razonaba, mentalizándose de que aquel hombre me había rescatado; la otra no obedecía, tomando el control de todos mis movimientos.

«Ya sé, por la ventana», elucubré, respirando a duras penas. Abrí el gran ventanal que daba al salón y una ráfaga de aire fresco me azotó la cara, calmándome en cuestión de segundos. Pese a todo, salté por la ventana, cayendo en el porche de la casa. Procuré no dañarme más el tobillo y fui lenta, tranquila, pero necesitaba dejar de sentirme enclaustrada.

El coche del cura no estaba. Tan solo había unas huellas paralelas que señalaban el recorrido de los neumáticos. Miré a mi alrededor y, de nuevo, advertí esa sensación de desamparo: lejos de casa, perdida y desubicada, tal y como me había encontrado en el bosque. «Esto parece un *deja vú*», reflexioné ahora ya más tranquila.

Iba descalza, con el albornoz y la camiseta del sacerdote que me tapaba hasta medio muslo. Hacía frío, sin embargo, me gustó notar la brisa del fin de la primavera lavándome la cara. No era lo más conveniente para recuperarme, pero era primordial dejar de sentirme encerrada entre cuatro paredes ajenas.

Deambulé por el exterior de la casa, caminando entre la maleza que rodeaba el edificio. Al bordearlo, aprecié la construcción sólida con la que estaba hecho. Así, poco a poco, fui olvidándome de la angustia y presté atención a los detalles del sitio. El marrón de los ladrillos coordinaba en perfecta armonía con la pizarra del picudo tejado. Desde fuera no se apreciaba como un sitio demasiado grande, pero era más que suficiente para una persona o dos, a lo sumo.

Seguí paseando lentamente, descalza y cojeando, hasta llegar a la parte posterior de la casa mientras curioseaba el resto. Entonces, al girar en la esquina que daba al ventanal de la cocina, supe por qué el sacerdote había elegido aquel lugar para vivir. Detrás de la casa se elevaba una montaña

colosal invadida por un bosque de árboles inmensos. No se distinguían ni senderos ni caminos que separasen la espesura de la arboleda. Avancé unos metros, casi hipnotizada, y observé cómo algo brillaba al pie de la montaña. Era un ancho lago que reposaba en calma, invitando a sentarse cerca, al borde de su orilla. El lugar era absolutamente fascinante, perfecto para cualquiera que quisiera alejarse del ruido del asfalto y, mucho más, para un hombre como él. Me senté sobre el albornoz, cubriéndome las piernas. El sol emergió tras la nube, por fin, y me templó lo suficiente como para prolongar un poco más mi pequeña excursión. Observé el reflejo de la gran montaña sobre el lago y permanecí así durante unos minutos, hechizada por completo, cuando de pronto, a mis espaldas, escuché el ruido del coche del sacerdote. Aun así, en vez de levantarme, seguí allí a solas, con el agua, los árboles, los pájaros que construían sus nidos, y el Sol.

No tardé mucho en escuchar la voz de Ernesto, casi, casi regañándome.

—Pero bueno, ¿cómo es posible?

Y yo reí con cierta complicidad, sabiendo que llevaba toda la razón del mundo.

Volvimos hacia la casa, no sin antes recibir la regañina correspondiente. Le expliqué por qué no podía soportar sentirme de nuevo encerrada y que entendiese por lo que acababa de pasar.

—Por supuesto que lo entiendo, pero no estás curada del todo, y encima has salido sin abrigarte.

—Lo sé, lo sé, pero yo creo que ya estoy bien.

—¿Seguro?

Lo cierto era que no, no me encontraba para nada bien, pero no quería seguir molestando.

—Mira, Ernesto, no puedo seguir aquí. Tú tendrás que hacer tus cosas y yo quiero solucionar esto cuanto antes y volver a mi casa.

—No me molestas para nada y hoy ya no tengo más que hacer. En serio, me haces compañía. Aquí estoy demasiado solo. La pena es que no puedas estar en condiciones como para salir a dar un paseo y disfrutar de este

sitio.

—Algo he visto, sí. No me extraña que te guste vivir aquí.

Entramos en la casa, que seguía con la ventana abierta. Me dio cierta vergüenza al recordar cómo acababa de saltar por allí. Me sentí ridícula.

—Voy a preparar algo de comer. Imagino que tendrás hambre.

—No creas...

—Eso es porque no estás bien. Métete en la cama. No te veo como para andar danzando por ahí. Creo que todavía tienes fiebre —comentó poniéndome nuevamente la mano en la frente. Fue reconfortante.

Una vez más, acaté las órdenes del que parecía todo un experto en primeros auxilios y me metí en la cama. A los pocos minutos, un delicioso aroma invadía toda la casa, llegando a despertar el poco apetito que me quedaba. Estaba realmente a gusto en aquel sitio y pensé que no era tan mala idea esperar a estar curada del todo. Total, no había nadie echándome de menos en casa. Era verdad que no me sentía con fuerzas como para poner en marcha todo lo que tenía por delante: la denuncia, llegar a casa, enfrentarme a un divorcio, volver a la rutina. Todo esto de estar fuera de mi hogar que, a priori, me parecía una pesadilla, ahora no me resultaba ni siquiera molesto. Quizás fue porque llevaba mucho tiempo sin que nadie cuidara de mí. Javier viajaba demasiado y yo me había acostumbrado a estar sola. Los días del secuestro fueron la cima de mi decadencia emocional. Ahora, de pronto, me encontraba con un hombre bueno que insistía en cuidarme, por no mencionar que además, era terriblemente atractivo.

«Déjate, Eva», pensé pragmática. «Por una vez en tu vida olvídate de ser tan resuelta y déjate cuidar». Y lo hice: decidí dejar de pensar.

*

—¿Cómo te encuentras para levantarte y comer algo? —Entró en la habitación tras llamar a la puerta.

Me había quedado traspuesta, pero me desperté al escuchar su voz.

—Bien, creo que voy mejorando por momentos.

—Uy, sí, claro. Estás para salir a correr maratones —apuntilló sarcástico.

Me senté en la misma silla de la cocina que había ocupado la noche anterior.

—Mil gracias otra vez, de verdad que...

—Ni lo menciones. Estoy convencido de que tú harías lo mismo.

Sirvió un humeante y apetitoso caldo en un plato. Parecía que estaba realmente caliente, así que comencé a remover el líquido para enfriarlo, cuando de pronto, le vi entrelazar las manos y agachar la cabeza, cerrando los ojos:

—Bendice, Señor, estos alimentos que vamos a recibir por tu misericordia, y bendice a quienes lo han preparado. Da pan a los que tienen hambre, y hambre de justicia a los que tienen pan. Te lo pedimos por Cristo nuestro Señor. Amén.

—Perdón.

—Tranquila.

—¿Y ayer? —Me refería a que no le había visto bendecir la mesa.

—Ayer lo hice, pero no te diste cuenta. No lo dije en voz alta —. Me tranquilizó con una sonrisa.

—Lo siento. No soy creyente.

—Ya me he dado cuenta. No te preocupes, estoy acostumbrado.

—Bueno, soy agnóstica.

—Vas hacia el buen camino. No todo está perdido —sonrió, sin aminorar el ritmo al ingerir la sopa—. Peor sería ser atea.

—Todo esto me resulta tan...

—¿Tan? —preguntó con interés.

—Tan extraño. No tengo trato ninguno con el Clero, no he sido educada en una familia creyente y no sé cómo proceder ante ciertos rituales que

desconozco.

—Si quieres que te instruya no tienes más que decírmelo.

—Bueno, podríamos debatir largo y tendido, pero creo que no estoy para largas conversaciones —contesté con ojos griposos, devorando el primer plato.

—Es una pena. Creo que serías una buena devota.

—Mira que lo dudo ¿En qué te basas?

—Conozco a la gente, confío en mi instinto. Sé que tú eres una buena persona, solo que quizás te falte encontrar la fe.

—¿La fe en Jesucristo? No dudo que haya existido, pero de ahí a que sea nuestra salvación, que haya un cielo y un infierno, pues no.

—Todo eso es relativo. No hay que ceñirse a lo que se cuenta en la Biblia al pie de la letra. Ten en cuenta que hay mucha alegoría en los evangelios. Siglos atrás, era más sencillo creer a pies juntillas todo lo que estaba escrito tal cual. No se pretendía que la gente analizase las metáforas, pero sí el mensaje.

La charla se prolongó durante toda la comida.

Ernesto era una persona que no tenía prejuicios, se podía hablar de cualquier cosa sin tener que preocuparse sobre mi escepticismo religioso. Me habló de sus experiencias en diferentes países de África; colaboraba con asociaciones dedicadas a la ayuda humanitaria; dominaba varios idiomas y, antes de entrar en el seminario, ya había terminado la carrera de empresariales.

—No te imagino. ¿Empresario? —pregunté incrédula.

—De hecho, lo fui. Con veinticinco años ya manejaba mi propia empresa.

—¿En serio?

—Sí. Después, bueno, hubo una serie de sucesos... —calló meditabundo, desviando la mirada hacia la ventana—. Digamos que mi vida

no se desarrolló como la había planeado y cambié de rumbo.

Supe de inmediato que había algo turbio en su historia, algo que empañaba ese perfil de hombre recto y sabio. Quizás fuera gay y había decidido apartarse de su inclinación sexual por fe. La Iglesia y los homosexuales tenían mucho que debatir todavía.

—Bueno, tómate otra píldora mágica y échate a dormir. A ver si mañana estás mejor. Sigues teniendo fiebre.

Y, una vez más, me dejé aconsejar por mi buen samaritano. Debía recuperar fuerzas y curarme antes de empezar con todo el proceso, así que obediente, volví a la cama.

De vuelta a mi habitación para echar una buena siesta, el sopor no tardó demasiado en visitarme. Volví a soñar con Max, solo que esta vez, casi pude sentirle a mi lado, respirándome encima. Afortunadamente, aquella irrealidad no duró mucho tiempo. La milagrosa pastilla me apartó de cualquier recuerdo, dejándome inconsciente casi toda la tarde. Cuando quise despertarme, la oscuridad se rasgaba tan solo por un rayo de luz de luna que iluminaba mi habitación.

Me recuperaba por momentos. El cuerpo apenas me dolía y la garganta parecía menos inflamada. Comprobé si tenía fiebre con el termómetro y un rotundo 36,2 cotejó que mi estado volvía a la normalidad. Desde luego la medicina era prodigiosa. Fui entonces a darme una ducha y me vestí con mi ropa que reposaba limpia y doblada en la silla de la habitación donde dormía. Ernesto tenía ese tipo de detalles.

Después, merodeé por la casa comprobando que estaba sola de nuevo. Fui a la puerta principal y vi que, como siempre, la había dejado cerrada. «¡Qué manía! ¿Quién podía entrar en aquella casa perdida en medio del monte?» Esta vez me controlé para no volver a saltar por la ventana y enfoqué la atención a la cantidad de libros y detalles personales que había en las estanterías.

Ya no me costaba entender por qué había libros de economía, de marketing, diferentes tratados de teología, un vademécum, varias biblias, novelas negras, libros científicos y algunos escritos sobre Escrivá de

Balaguer. También destacaban libros en inglés y en francés. Luego me centré con los discos que tenía. Había muchos vinilos e infinitos discos compactos: Miles Davis, Ella Fitzgerald, Dinah Washington, Mozart, Brahms, y sobre todo, Bach, mucho Bach.

Se intuía de lejos que era un hombre culto e inteligente. Seguí indagando hasta que una fuerza interior me llevó a curiosear en los cajones. No era ético, pero sentí una necesidad dominándome para saber más del enigmático sacerdote.

Había facturas apiladas, extractos bancarios que no quise mirar y, bajo toda aquella remesa de papeles, un par de fotos que parecían querer atrapar mi atención. En ellas había tres personas. Un joven Ernesto, una mujer rubia con una larga y rizada cabellera y un bebé de apenas unos meses. Estaban en un lugar lleno de árboles, un bosque o una montaña. Aquello me dejó helada, sin saber qué pensar. Podría ser su hermana y su sobrino, pero si hubiera sido así no entendía el motivo de esconder esas fotos en el fondo de un cajón. Observé bien la imagen. No. Ella no era su hermana. Tenía la premonición de que aquella mujer que estaba posando junto a él era su pareja.

Un nudo se me agarró en la garganta e intuí que algo había pasado para que ya no estuvieran juntos. Era una foto que transmitía alegría, pero al mismo tiempo dejaba un poso extraño de desdicha. Quizás esa sombra negra que había asomado en su cara durante la comida tuviese que ver con aquella imagen.

Dejé la foto bajo las facturas con prisa y cerré el cajón, sintiéndome avergonzada por la manera en que acababa de averiguar parte de una vida que no me había sido revelada. Yo no era quien para inmiscuirme en los secretos de nadie y menos de una persona que me había cuidado y alojado en su casa, así que salí de allí y me dirigí a la cocina enfadada conmigo misma cuando escuché su coche aparcar frente a la puerta. Las llaves, desbloqueando la puerta, anunciaron que ya estaba dentro. Me senté en la que ya parecía ser mi silla preferida y disimulé como pude para que no averiguase lo que acababa de averiguar.

—¡Bueno, bueno! —exclamó dejando en la mesa varias bolsas—. Ya veo que ya estás mucho mejor.

—Las pastillas milagrosas —contesté, sin dejar de hojear la revista de «Cáritas» que tenía entre las manos, más bien para ocultar mi mirada.

—¿Y el tobillo?

—Se ha deshinchado bastante. Se ve que el reposo le ha venido estupendamente. ¿También trabajas aquí? —señalé la publicación para cambiar de tema.

—No —giró la cabeza para saber a qué me refería. El sacerdote iba colocando la compra que acababa de traer—, pero me mandan las suscripciones.

Estaba entregado por completo a su fe, esa era la sensación que transmitía. Me hubiese encantado preguntarle quiénes eran la mujer rubia y el bebé de las fotos. Moría de curiosidad. Un hombre guapo, culto y bien preparado, de pronto deja todo e ingresa en un seminario para convertirse en un sacerdote... O la fe mueve montañas o había algo en su pasado que se había roto y no quería contarme. Por supuesto, me quemaba no saberlo, pero quién era yo para andar con preguntas.

—Esta noche será la última que te moleste. Mañana por la mañana, si no te importa, me acercas al cuartel y me iré a casa, por fin.

—No molestas para nada, lo sabes. Ha sido un placer tenerte de invitada en casa, aunque fuese en estas condiciones. Hacía mucho tiempo que no tenía a visita. De vez en cuando viene bien salir del silencio y la soledad.

—Gracias, de verdad. No sé cómo agradecerártelo. No solo me rescataste del bosque sino que, además, me has estado cuidando.

—Después de todo lo que has pasado como para no echarte una mano, mujer.

Ernesto se dispuso a preparar la cena y me pidió si podía ayudarle.

—Por supuesto. Dime qué quieres que haga.

—Ve pelando esas patatas. Mientras tanto, ¿te apetece beber algo? ¿Una copa de vino?

—No creo que con la medicación pueda tomarlo.

—Sí puedes. No hay incompatibilidad. No es un antibiótico.

—Entonces no te voy a decir que no.

Era extraña la complicidad que se había creado entre los dos. Tampoco habíamos tenido tanto trato, pues la mayoría del tiempo que había pasado en su casa estuve en la cama, enferma y magullada. Sin embargo, se había creado un halo de confianza que se fue tejiendo a medida que pasaban las horas, charlábamos y preparábamos la cena. Incluso pude notar un escalofrío cuando, sin querer, su brazo rozó el mío al condimentar el pescado y, esta vez, no se debía a mi resfriado.

Ya una vez sentados, frente a frente, dimos paso a una conversación más personal. Se acabaron las banalidades.

—¿Qué harás cuando vuelvas a casa? —preguntó con la boca medio llena.

—Volver a la rutina. Lo estoy deseando. Nunca pensé que se pudiera echarla tanto de menos.

—No me extraña. Cuando alguien sale repentinamente de su día a día es cuando más se valora la estabilidad.

—Cierto —dije limpiándome la boca con una servilleta.

—¿Y tú? —La pregunta iba con intención.

Quería saber más de él, intentar que me contara algo de su pasado.

—¿Yo? Lo mismo de siempre. Seguir con mis parroquias y mis asociaciones.

—¿Qué es lo que haces en esas asociaciones? Perdona la pregunta, pero soy neófita en todo esto, ya lo sabes.

—Bueno un montón de cosas, por ejemplo, brindamos apoyo a gente con adicciones que quieren salir de ellas. Hay incluso algunos que después de rehabilitarse se quedan a echar una mano a los demás. Es lo que mejor funciona. Hay personas realmente increíbles, la verdad.

—¿Por eso decidiste hacerte cura? —intenté llevarle al terreno que yo

quería.

—Por eso y por más cosas.

Ahí lo vi claramente. Esquivó mi mirada, indicándome que era algo de lo que no quería hablar, instalándose un silencio incómodo entre los dos. Solo la música que salía de los altavoces situados en el salón nos acompañaba de lejos, haciéndose más patente.

—El pescado está delicioso —interrumpí la incomodidad que se había asentado.

Ernesto asintió, y mirándome de frente, esbozó una tímida sonrisa dejando asomar sus hoyuelos. Apuró el vino y me preguntó si quería más. Yo tapé la copa con la mano.

—No gracias, es suficiente. Mañana quiero estar fresca para presentar la denuncia.

—Entonces, recogeré todo esto y será mejor que nos vayamos a dormir.

Día 14: madrugada del martes 6 de junio.

Eran las dos de la mañana cuando aplaqué un grito desesperado. Sudorosa, encendí la luz de la lamparilla que ahora ya tenía bien ubicada. Seguía agitada, recordando cómo Max se colocaba encima de mí, echándome el aliento, rompiendo mi ropa. «Voy a tener que hacer algo en serio con estas pesadillas», pensé, consciente de que empezaban a ser un problema.

El vino me había dejado sedienta, y esta vez no dudé en levantarme a oscuras hasta la cocina para beber y tratar de serenarme. No podía olvidar el olor de aquel bestia. Necesitaba volver a la realidad, lejos de él y de toda esa chusma. Me senté, pensativa, en la misma silla de siempre y respiré hondo para calmar el pulso. Inspiré, espiré. Inhalé, expulsé. Una vez, dos, tres... Bebí agua a sorbos cortos, fijando la vista en el fondo del vaso que distorsionaba la imagen de la mesa. «Este cabrón tiene que pagar por lo que me ha hecho», me dije.

—¿Qué pasa? ¿No duermes?

Volví a asustarme, pero esta vez el sobresalto fue lo suficientemente fuerte como para que el agua se vertiera sobre el albornoz.

—¡Vaya! ¡Perdón otra vez!

—¿Es que no sabes hacer ruido cuando te mueves por la casa? —le increpé con sorna, inclinándome para coger un pañuelo de papel y secar el albornoz.

—Pensé que me habías oído —dijo, ladeando una sonrisa.

—No puedo dormir.

—Quizás es que ya has dormido mucho estos dos días. Esa pastilla...

—No, no es eso.

Ernesto se echó agua también en un vaso y buscó una silla para situarla frente a mí, esperando a que le hablara. Sin embargo, analizar esas pesadillas de nuevo me iba a costar horrores, aunque quizás, la mejor manera de vencerlas era encararlas de frente.

—¿Algún pecado que confesar? —preguntó, haciendo una caricatura de sí mismo y suavizando así la tensión.

—Noooo —reí. Noté cómo me relajaba de inmediato. «¿Quién mejor que un sacerdote para escuchar?», pensé.

—Es que... —carraspeé—cuando me quedo a oscuras veo su cara.

—¿Su cara? ¿La de...?

—La del calvo, la del eslavo. Es un animal. Una noche se emborrachó y... él estaba ahí... estaba...—. No conseguí explicarme en condiciones. Las palabras se me atropellaban unas con otras en la boca, y era incapaz de hilar una frase coherente. El nudo que tenía en la garganta impedía que salieran con cierto orden. Todo era un amasijo de palabras inconexas, frustración y lágrimas que salían a borbotones, resbalando por mis pómulos. Pero por fin, después de todo aquel tiempo, había empezado a soltar lastre.

El padre Ernesto me miraba serio, en silencio, dándome tiempo a que lograra sosegarme. Él era consciente de que debía pasar por aquel trance y no quería interrumpir.

La débil luz de la cocina solo iluminaba la encimera, aunque pude percibir cómo fijaba sus inmensos ojos en los míos, de una pupila a otra. Vi también su boca tensándose en una línea, conteniendo su propia ira. Entonces, estiró un brazo. Pensé que me tendería un pañuelo de papel, sin embargo usó sus pulgares para limpiarme las lágrimas. Olí vagamente su mano, apoyando mi cara en ella. Aquel momento me pareció tan tierno que me dio la sensación de que el tiempo se paraba, abstrayéndome por completo de la situación. Dejó reposar la palma entera en mi mejilla, mirándome de un modo que yo asumí como un gesto paternal.

—Shhh...—silenció mi llanto.

Y tras impregnar el calor de su mano en mi cara, la bajó hasta la barbilla, acariciándola tan solo con los nudillos. Llegó hasta el cuello, rozando ligeramente la clavícula con las yemas. Era cálido, reconfortante. Según me tocaba la angustia iba transformándose en una sensación placentera, tierna, casi seductora. Uno de mis hombros se quedó al descubierto porque el cuello de la camiseta era demasiado amplio y, al llegar al el borde de la

costura, tiró suavemente para taparlo. No sé si fue una señal para que me recatara delante de él o un simple acto para no enfriarme.

Miré entonces su mano y puse algo de distancia. Quise pedir perdón por el descuido, mas no dije nada. Ernesto continuaba callado, mirándome y, por un segundo me pareció que se había deleitado con el tacto de mi piel.

«Ni te lo imagines, Eva», volvió a murmurar mi conciencia, amonestándome. Dejé de llorar, de sentir agonía. Habían sido sus caricias las que me consiguieron calmar. Se me olvidó Max, se me olvidó el olor a vodka; borré de mi memoria aquella habitación, la cabaña, las cadenas... Tan solo cerré los ojos, concentrándome en sus dedos y no pensé en más.

—¿Quieres dormir en mi habitación?

Aquella pregunta me devolvió a la realidad de sopetón.

—Yo dormiré al lado, en el sofá, no te preocupes.

Durante breves segundos traté de centrarme, como quien baja de una noria, como si lo que acabara de escuchar no fuera cierto.

—Nada me gustaría más —le dije sincera, algo atónita—, pero no creo que proceda.

—¿Que proceda? —dijo casi imperativo—. Duermes en mi cama. Yo estaré pendiente, en el sofá de al lado y punto. Se ha acabado la charla por hoy. Si no descansas en condiciones, mañana no vas a poder articular ni una sola palabra delante de la Guardia Civil.

Me quedé perpleja ante la propuesta. Era sacerdote, había sido misionero, estaba más que acostumbrado a bregar con este tipo de situaciones y se notaba de lejos. Sopesé también meterme en mi cama de nuevo yo sola, cerrar los ojos, intentar dormir sin droga alguna que me facilitara el sueño, pero solo imaginaba estar aprisionada bajo el cuerpo de Max. Finalmente, y tras meditarlo con una larga pausa, me levanté y fui tras él.

*

Su habitación olía a mueble nuevo y la decoración era igual de minimalista que el resto de la casa, con apenas dos detalles colgados en la

pared. En medio, una cama con un amplio colchón que daba espacio más que suficiente para no rozarse dos personas.

Me llamó la atención no ver crucifijo ni virgen alguna vigilando la estancia.

Después observé el sofá biplaza donde dormiría Ernesto. La postura sería incómoda, teniendo que encogerse mucho sin descansar en condiciones. Era absurdo. No permitiría que aquel buen hombre tuviera una mala noche por mi culpa.

—No voy a dejar que pases ahí el resto de la noche, es de locos. Volveré a mi cama y, si tengo pesadillas, me aguanto. Tú no tienes por qué pagar las consecuencias —dije, saliendo por la puerta.

—¡Mira que eres! —contestó, sujetándome del brazo—. Vamos a hacer una cosa: me tumbaré a tu lado para que te quedes tranquila y, cuando te hayas dormido me iré yo a dormir a la habitación de invitados. ¿De acuerdo?

Abrí la boca para contestar, pero me hizo una seña de que me tumbara y dejara ya el tema. Había veces que me hacía sentir como una niña, como un padre amonestando a su hija, o es que quizás aún me quedaba por madurar.

Nos metimos en la cama y apagó la luz enseguida. Por primera vez en varios días dejé de sentirme tan sola e, incluso así, mi cerebro no paraba de dar vueltas.

—Ernesto... —dije apenas en un susurro.

—¿Hummm? —casi gruñó.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro, pregunta.

—¿Cómo un hombre como tú... —tuve que hacer una pausa porque dudé en continuar—se hace... cura?

Le escuché suspirar, dando paso de nuevo a aquella incómoda sensación que parecía transportarle a otro lugar, muy lejos, solo que ahora, en la oscuridad, prácticamente me arrastraba a mí con él.

—Déjalo, no contestes —me arrepentí.

—Es difícil de explicar y es una historia muy larga —sentenció. Eso y no decir nada hubiese sido lo mismo.

Ambos descansábamos boca arriba y en paralelo y, a pesar de que en un principio estaba algo tensa por la situación, poco a poco fui relajando cada músculo de mi cuerpo sobre el colchón.

Me dejé llevar lentamente. Sentí incluso su mano izquierda, irradiando calor junto a la mía. Me concentré en ella, nada más. Apenas las separaban unos milímetros. Cualquier impulso nervioso incontrolado provocaría que le tocara sin querer. Y fue eso lo que pasó. Al relajarme del todo, mi mano palpitó ligeramente y acabó rozando la suya. Juro que no lo hice adrede, no obstante, fui testigo de cómo él no la apartó. La dejó allí durante unos segundos.

Quise girarme, darle la espalda y, alejarme para que hubiese más distancia entre los dos, e incluso sabiendo que era lo que debía hacer, no conseguí mover un solo milímetro de mi cuerpo. Un minuto más tarde, la quitó.

Medité sobre la situación, el cerebro me iba a mil por hora, lejos de recuperar la tranquilidad. Entonces llegué a la conclusión de que debía de estar loca, incomodando de esa manera a un hombre como él, entregado a su fe. Cualquier mujer en sus cabales habría salido de allí, o quizás ni siquiera hubiera entrado. ¿Habría interpretado aquel roce en el sentido apropiado o quizás estaría pensando en que era una proposición por mi parte?

Debía largarme de allí. No había sido buena idea. Tener a una mujer en su cama y controlar sus hormonas no debía ser fácil, y más para alguien tan dedicado a su vocación. Todo eso es lo que pensaba cuando aquel planteamiento se dio de bruces con la realidad, cuando, justo en el momento en que iba a levantarme, noté cómo sus dedos comenzaron a acariciaban los míos.

«Es una muestra de cariño, un mimo para conciliar el sueño», cavilé, apoyándome en mi inocencia. No podía ser otra cosa, no debía ser más que una caricia amistosa para poder dormir y, de ese modo, dejarle también retomar su descanso. Lo que él no sabía es que lejos de aletargarme, aquello me espabilaba todavía más.

Guiada por mi propio instinto y luchando contra la razón, me giré hacia su lado, cambiando de postura. Abrí los ojos buscándole en la inmensa negrura que nos envolvía y vi nada más que un tenue destello nocturno, que se filtraba por la ventana y me ayudaba a intuir su figura tumbada a mi lado, respirando tranquilo, sin agitarse.

Siguió acariciando mis manos, casi sin querer, casi rozándolas. Mi cabeza se centraba en sus manos, que subían por mi brazo y volvían a bajar.

Entonces noté mi sangre acelerarse, bombeando rápida, y el aliento reclamaba más oxígeno, dentro de la espesura de aquella habitación. Sus dedos llegaban hasta el borde de la manga y luego bajaban por el brazo desnudo para volver a subir. Subía y bajaba. Bajaba y subía, y el vello de mis brazos se iba erizando, meciéndose al paso de las yemas de sus dedos.

Eran caricias tiernas, bordeando la inocencia, rozando la picardía, hasta que en una de esas bajadas sus dedos tropezaron ligeramente con mi pezón derecho. Casi podría haber afirmado que lo había hecho sin querer la primera vez, pero al repetirlo reiteradamente, supe que todo aquel jaleo de mimos y arrumacos, habían dejado de ser meramente fraternales.

Él también cambió de postura, quedándonos de frente. Su aliento iba directo a mi cara y uno de sus dedos buscó mi frente para acariciarla, apartándome el pelo. De nuevo volvió a confundirme. Su tacto cambió por un simple gesto amistoso, sin más. Mi otro yo me machaba amonestándome con todo tipo de reproches, clamando al cielo por haber dejado desbordarse la imaginación. Pero después dejó reposar el calor de su palma sobre mi mejilla, la deslizó por el cuello hasta que llegó a la clavícula, como había hecho momentos antes, en la cocina. Fue dejándola caer despacio, entre el pliegue de mis pechos que reposaban juntos, y pasó sus yemas por encima de la camiseta que los cubría, bajando hasta la cintura. Levantó la prenda ligeramente, colándose dentro para rozar mi piel de nuevo, y comenzó a trazar círculos alrededor de mi ombligo. Era imposible resistirse, salir corriendo y negarse. Absolutamente imposible.

Su mano subió después por mi abdomen, reptando hasta la aureola del pezón, provocando que mi respiración se me hiciera dificultosa. Y mi piel le correspondía erizándose, como una reacción química que estalla al paso de

una minúscula bomba. Apenas quedaba espacio entre los dos. Sus labios y los míos estaban casi pegados, compartiendo el aire que salía de sus pulmones para devolvérselo después de haber pasado por los míos. Entonces fui consciente de la humedad que tenía entre mis piernas, manifestándome que, pese a mi última odiosa y violenta experiencia sexual, mi cuerpo reaccionaba frenéticamente a los estímulos de aquel hombre.

Tras unos segundos en los que solo se escuchaban nuestros jadeos, posó su boca en la mía muy despacio, casi como con miedo. La abrió después ligeramente y dejó escapar una tímida lengua que comenzó a deleitarse saboreando mis labios. Era dulce, era tierno, pero a la vez vigoroso. Sentí su cuerpo tensarse, su virilidad buscándome, presionando la tela de la bragueta de su pijama. No recuerdo cuánto tiempo permanecimos besándonos, pero de pronto, la prisa por poseernos nos invadió al mismo tiempo. Me quitó la camiseta con ansia, despojándose él también de su atuendo para dormir, arrojándolo al suelo con fuerza. Y así permanecimos desnudos bajo el edredón, como dos amantes que se hubieran deseado toda la vida y por fin se encontraban.

Cuando acabó con mi boca inició el descenso recorriendo mi cuerpo hacia abajo, desde la punta de mis dedos de la mano hasta los mismos pies.

Lamió mis poros tan despacio que, cuando llegó a mis muslos me dio reparo que notara que estaban empapados. No parecía importarle demasiado. Resbalamos por el sudor, casi como si nos hubiésemos embadurnado en aceite y mis sensibles ingles, esas que habían sido duramente golpeadas días atrás, ahora esperaban, impacientes, para ser invadidas con ternura.

Ernesto se aceleraba y parecía estar esperando mi aprobación para que le dejara entrar en mi cuerpo. Lejos de hacerlo, decidió bajar a probar el flujo que emanaba de mi interior. Su lengua se fue introduciendo tímidamente y después pasó a succionarme lentamente. Agarrada a su pelo, el suave balanceo al que me sometía, consiguió hacerme estallar de placer con su cara empapada y metida entre mis piernas. Tras salir en busca de mis pezones, imploré para que por fin me poseyera. Había perdido la noción del tiempo, del lugar y de mi estado civil.

Sin notar resistencia alguna, introdujo su rígido miembro muy despacio.

El pacífico silencio de aquel sitio se rompía tan solo por el sonido de mis gemidos, que en breve se transformaron en pequeños quejidos de placer; ni tan siquiera los búhos y el resto de aves nocturnas se atrevieron a manifestarse. Tan solo se escuchaban mis gritos de placer y su agitada respiración. Llegué a alcanzar un punto de tal desinhibición que me di cuenta de que era la primera vez que percibía unas vibraciones tan intensas.

El ritmo se hizo delirante durante un largo tiempo. Las sábanas se empaparon, arrugándose entre nosotros y, finalmente, cuando noté que todo su cuerpo se tensionaba, temblando y con escalofríos, emitió un gruñido salvaje que me avisó que había llegado al éxtasis. Después, se dejó caer exhausto a mi lado, dando grandes bocanadas de aire para recuperar el aliento. Y tras un largo silencio que nos concedió recuperar el ritmo cardiaco, le pregunté con ironía:

—Así que... eres cura.

—Sí —contestó él—pero también —inspiró de nuevo—, también soy un hombre.

Día 15: miércoles, mañana del 7 de junio.

Desperté con los rayos deslumbrándome en los ojos. Ernesto dormía con las persianas subidas y la luz del día había ocupado ya la mitad de la habitación. Sentí su cuerpo desnudo, abrazando al mío; su torso en mi espalda, sus caderas contra mis glúteos y su respiración agitando mi pelo ligeramente. Fui recuperando el sentido de la realidad despacio; dónde me encontraba, con quién... y sin más, todo me pareció como si lo sucedido durante la noche no hubiera pasado más que en mi imaginación. Me pareció una escena surrealista: yo, enredada en el cuerpo de un sacerdote digno de ser modelo, además de ser el mejor amante que había tenido nunca.

Después, no supe por qué me invadió una súbita tristeza. Tenía que irme, retomar mi vida y sabía que no volvería a verle. Así es la vida. No me moví un milímetro. Quise retener aquel maravilloso momento y le rogué a ese dios en el que él creía firmemente que congelara aquel instante. Respiraba relajado, como si lo único que le importara fuera seguir abrazado a mí.

Tras unos deliciosos minutos en los que estuve deleitándome, cambié la postura despacio para poder observarle. Estaba más guapo con la luz del día. La barba incipiente, su boca, su nariz, los ojos que ahora se ocultaban tras los párpados... Todo en él era tan perfecto que era incomprendible tener que marcharse. Posé un beso tímido en sus labios y emitió un gruñido cálido y acaricié sus cejas mientras iba saliendo del letargo. Sus párpados tiritaron y comenzaron a abrirse poco a poco, permitiendo que el brillo azul se escapara tímidamente. Me di cuenta de la falta de sueño por los ojos, que amanecieron visiblemente enrojecidos.

Hubiese dado algo por poder quedarme así indefinidamente cuando, de pronto, un fuerte sonido procedente del timbre de la entrada le sacudió como si hubiese escuchado una bomba nuclear. Me miró extrañado y vi su reacción al recordar lo que había pasado horas antes, devolviéndole a la absurda realidad. El gesto de sorpresa delató sus pensamientos. Saltó de la cama y, veloz, recogió su ropa interior, sus pantalones del pijama y la ceñida camiseta. Estaba muy nervioso, demasiado nervioso.

—¡Ve a tu habitación! ¡Corre!

—¿Qué pasa? ¿Quién es? —pregunté preocupada.

—Hazme caso. Métete allí y cierra la puerta. ¡Ah, no salgas! —ordenó, acelerado.

Entendí que tratara de ocultarme, puesto que un sacerdote se jugaba su carrera en aquella situación, pero me pareció que aquellos nervios eran desproporcionados. Con no dejar entrar a quien estuviera llamando se zanjaba el asunto, y se acabó.

Salí de su cuarto con la camiseta a medio poner, descalza y el pelo revuelto. Prácticamente le faltó empujarme a la habitación de invitados y encerrarme. Me senté en la cama que seguía medio abierta desde la noche anterior. Mi ropa doblada en la silla, mi calzado medio roto bajo la cama, todo permanecía tal cual lo había dejado horas antes. Algo no cuadraba y me oculté tras la puerta para escuchar atenta. Allí pasaba algo extraño y quería saber de qué se trataba. La curiosidad era superior a mis ganas de dejarlo estar, así que abrí un poco la puerta y, pegando el oído en la ranura, escuché las campanadas del timbre de nuevo. Después, Ernesto adoptó su rol de cura impoluto.

—Voyyyyyy, voyyyyyy.

Pero quien presionaba el botón parecía no darse por enterado.

—¡Que ya voyyyy! —vociferó con un tono de cotidianeidad.

Escuché las llaves desbloqueando la puerta y detrás, unos susurros. Podría ser la señora de la limpieza, el cartero, algún vecino, un mensajero... Pasaron varios minutos y Ernesto no terminaba de dar por concluida la visita. Inquieta, sin poder evitarlo, salí de puntillas. Tenía que saber qué estaba pasando,

El pasillo que llevaba hasta el salón era lo suficientemente oscuro como para ocultarme en la penumbra. Sigilosa, llegué hasta el final, justo al borde de la puerta que lindaba con la sala y desde donde podía ver a mi anfitrión bajo el umbral de la puerta principal. Continuaba susurrando e intuí que la visita no parecía entender que aquel no era buen momento.

Al final, tras varios interminables minutos, conseguí escuchar algunas

frases:

—Hablaré con ellos, pero ahora debes marcharte. No voy a dejarte entrar, me comprometes.

La voz de la otra persona era de un hombre al cual no escuchaba bien, tan solo percibía un tono que parecía canturrear.

Entonces tuve la sensación de que el silencio pidió al resto de los elementos que allí convivían que le obedecieran acallando el ambiente. El viento dejó de mecer las copas de los árboles y los pájaros callaron su canto, permitiendo que me llegara la conversación de manera nítida:

—Te estoy diciendo que no es buen momento. Vete y espera. Ya veremos qué hacemos, pero no te prometo nada —sentenció el sacerdote, algo más imperativo.

Nada más. El resto fueron voces masculinas sin mucho ímpetu. No entendía por qué, pero me di cuenta de que estaba nerviosa. Mi instinto me alertaba de algo que no podía razonar.

La reacción de Ernesto me había parecido demasiado exagerada, dejando claro que quería ocultarme. De cara al exterior, podría argumentar que el hecho de haber pasado unos días en su casa no significaba, por fuerza, que hubiésemos tenido sexo.

No de cara a los demás. Estaba convencida de que habría alojado allí a más de una mujer y que en el entorno cristiano contaban con ello. Eso no quería decir que acabara acostándose con todas, ¿o sí? Dudé. Con decir la verdad de cómo y dónde me había encontrado sería más que suficiente. Era una explicación bastante sólida, pero esconderme de ese modo me hacía sospechar que era la primera vez que había quebrantado sus votos... o que estaba pasando algo más. El asunto era para reflexionar meticulosamente, y cuanto más deliberaba, más me confundía. Era obvio que lo nuestro había sido un desliz en su trayectoria profesional, algo que se le había escapado de las manos y que nunca debió de pasar, sin embargo, no me gustó su reacción.

Volví despacio a la habitación con una mezcla de tristeza e intriga que no me atrevía a afrontar, siendo la única manera para aclarar mis dudas hablándolo con él directamente, aunque las respuestas que me pudiera dar no

fueran de mi agrado.

«Mejor lo dejo pasar. En un rato saldré de aquí y no nos volveremos a ver», medité.

No obstante, al llegar a mi cuarto y notar que seguía preocupada, me dediqué a dar paseos alrededor de la habitación, tratando de analizar todo aquel torrente de sensaciones.

Llegué a la ventana y observé el paisaje con cuidado de que nadie me viera. Entonces atisé el lateral de un coche gris plata que estaba aparcado en la entrada. Tenía un golpe en una esquina y, por lo poco que alcanzaba mi vista, daba la sensación de estar poco cuidado. Después, se agitó levemente y deduje que alguien se había subido. Un segundo después el vehículo desaparecía.

El ruido de las llaves anunció que Ernesto había bloqueado la puerta de nuevo. «Otra vez solos», susurré. Sin embargo, los nervios se habían afincado en la boca de mi estómago sin encontrar explicación alguna. Medio minuto más tarde, el hombre aparecía en mi habitación, detectando de inmediato que algo raro me pasaba.

—¿Todo bien? —preguntó extrañado. Incluso su voz me pareció algo más sombría.

—Hummmm...sí, claro —forcé una sonrisa—¿Quién era?

—¡Ah! Un vecino.

—Pues no parece haber mucha gente por aquí alrededor.

—Bueno, cuando digo vecino me refiero a que vive en el primer pueblo con el que te topas según coges el coche. De hecho, esta zona pertenece a su término municipal.

—Ah...ya —dije escéptica.

—Es un alcohólico al que estoy ayudando —lo dijo sin darle importancia, con aquellos ojos azules que eran capaces de convencer a cualquiera de la infinita bondad del ser humano con un solo golpe de vista.

—Pobre hombre —hurgué para encontrar la verdad en sus pupilas.

Estaba convencida de que Ernesto no me estaba siendo del todo sincero—. ¿Y qué es lo que quería?

—Nada, ayer le despidieron del trabajo. Ya sabes cómo están las cosas, y tener a una persona que falta cada dos por tres, o que viene a trabajar con resaca no es aceptable.

—¿Y qué puedes hacer tú por él?

—De momento hablar con los directores de la empresa. Los conozco bien.

—Avalaré su tratamiento, pero claro, no puedo prometer demasiado —. Me rodeó con los brazos.

«Hablaré con ellos, pero ahora debes marcharte», recordé la frase que había dicho hacía tan solo unos segundos. Todo encajaba. Me estaba volviendo loca. Inspiré entonces y conseguí alejar esa duda estúpida que había tenido sobre su extraño comportamiento. Era normal que no le dejara entrar. «¿Qué esperabas? ¿Una presentación oficial? », me regañó de nuevo mi conciencia.

—Creo que voy a ducharme, la noche ha sido muy movida —Le guiñé un ojo algo frívola—. Y, ahora sí, deberíamos ir a dar parte a la Guardia Civil de una vez por todas.

Fijó un beso en mi cabeza.

—Claro que vamos a ir —escuché a través de su pecho—¿Pero... tan pronto? —Y metió las manos bajo mi camiseta.

—No sigas —dije tajante—. Debo marcharme. Tú retomar tu vida y, sí, es triste, pero no hay que retardar más nuestra despedida. Sé que suena frío, pero...

Ernesto calló, evidenciando que no quería asumir lo inevitable.

—Está bien —le escuché suspirar—. Desayunaremos y te llevaré a la Policía. Ve a darte una ducha, yo iré a preparar el desayuno.

*

Abrí el grifo del agua caliente al despojarme de la camiseta y la ropa interior. Cerré la puerta de la cabina por última vez para enjabonarme el cuerpo y, a los dos minutos, justo cuando tenía los ojos cerrados para que no me entrara el champú, noté una corriente de aire que indicaba que alguien había entrado en la ducha, conmigo.

—No te asustes, soy yo —le escuché.

—¿Qué haces? —dije a tientas.

—He estado pensando en eso que has dicho de la despedida y he creído que quizás... esta sería una buena manera de hacerlo —dijo pasando las manos impregnadas de gel por mis hombros.

Suspiré, sabiendo que aquello iba a ser peor para los dos, pero lo cierto fue que no hice amago de apartarle ni decirle que me dejara tranquila. En cambio, presté atención al poso de sus labios sobre mi cuello y cómo fundía el calor de su lengua con el del agua que brotaba de los chorros. Me centré en la sensación de no poder abrir los ojos y notar sus manos, deslizándolas por todo mi cuerpo. Fue indescriptible. Sus dedos patinaban por las redondeces de mis caderas, bajando hasta los glúteos, mientras los amasaba. Y, muy quieta, me dejé hacer, entregándome sin pensar en las consecuencias, en si aquello era bueno o malo. Tan solo sentí sus manos escurriéndose por mi cuerpo, arriba y abajo, mientras jugaba con la espuma sobre mi piel. Me olvidé de la incertidumbre que había sentido hacía unos minutos y también de todo lo que me quedaba por delante, denuncia incluida. Tan solo visualizaba con los ojos cerrados lo que aquel que me hacía jadear buscaba en mis puntos erógenos. Era un hombre al cual deseaba y nada más.

Sus manos exploraban cada centímetro, provocando que me sujetara en la jabonera sin perder el equilibrio mientras él se regocijaba acariciando cada recoveco de mi cuerpo.

Su frente bajó por mi abdomen e imaginé que se arrodillaba, pues continuaba con los ojos cerrados. Entonces sentí sus dedos entre mis muslos. El gel le servía para poder resbalar entre mis ingles y, casi sin querer, acarició mi vulva, que ahora comenzaba a palpar. Introdujo su pulgar muy lentamente haciéndome gemir con la cabeza hacia atrás. Abrí entonces las piernas, entregándome por completo, y noté cómo separaba mis labios, para después

penetrarlos con su lengua ansiosa. Me empujó con ella, saboreándome muy dentro, acompañado de un dulce vaivén que culminó al notar cómo un fuerte espasmo le llenaba la boca.

Después, se puso en pie y, vehemente, sujetó mis manos acorralándome entre él y la pared. Le escuché jadear entonces como un lobo hambriento, y me di cuenta de cómo había cambiado su forma de actuar con respecto a la noche anterior. Había cierta ferocidad, casi violencia en sus maneras. Empujó mi pie sano lateralmente con mucho ímpetu, y lo apartó para abrirme más las piernas. Finalmente, sin esperar demasiado, me penetró como alguien que estaba a punto de perder el control.

*

—Háblame de tu marido —dijo acariciándome un hombro con uno de mis rizos.

Estábamos tumbados en mi habitación. En la ducha se había comportado como un animal salvaje. Lo hizo con tanta ansiedad que me había parecido un depredador al que su presa está a punto de escapársele y, cuando fuimos a tumbarnos para relajarnos, lanzó aquella pregunta.

—¿Tengo que hablarte de él en este preciso instante? ¿Este es el rollo inquisitorio que utilizáis los religiosos para que nos arrepintamos de nuestros pecados?

Soltó una gran carcajada, como si todo aquello no tuviese nada que ver con él. Estar a su lado era fascinante, podía casi palpar la complicidad que había entre los dos. Lo cierto es que estaba sorprendida por mi propia metamorfosis.

Hasta hacía un par de días juraba y perjuraba que un hombre no volvería a tocarme. Odié primero a Max, después a Javier por hacerme pasar por todo eso y, ahora de pronto, me veía entregada más en cuerpo que en alma a un hombre al que sabía que no volvería a ver y del cual no podía esperar nada. Era impresionante cómo la mente podía cambiar de opinión en cuestión de días.

—No. Claro que no. Es una pregunta personal. Se supone que estás felizmente casada y, sin embargo, aquí estás, yaciendo con un sacerdote. ¿No

te da vergüenza, pecadora? —Adoptó un tono cómico y después, me mordisqueó un brazo.

—Bueno, creo que mi matrimonio está más que finiquitado, pero claro, a “ojos de Dios” —recalqué sarcástica—sigo casada. Ahora bien: explíqueme Padre, qué es lo que hace usted, un sacerdote de reputada fama, acostándose con una mujer casada.

—¡Buena pregunta, hija mía! —exclamó pícaro—Si yo te contara la cantidad de sacerdotes que tienen cierto tipo de, ¿cómo llamarlo?... ¿licencias? con algunas feligresas...

De pronto me miró reemplazando ese frívolo semblante por un rostro serio y sombrío.

Y, tras una larga pausa contestó:

—Supongo que la atracción era inevitable, Eva.

Sentí un latigazo en el estómago que no supe interpretar.

—¿Era? —dije extrañada—¡Lo dices como si llevara aquí mucho tiempo!

—Bueno, sé que han sido solo unos días, pero parece como si hubiesen sido semanas.

—¿Tan pesado se te ha hecho? —coqueteé, sabiendo cuál era la respuesta.

—En serio, sabes qué quiero decir.

Vi sinceridad en sus palabras. Lo dijo atravesando con los ojos y acariciando mi mejilla, que ahora ya lucía un tono verdoso. Dejamos que un largo silencio se hiciera fuerte entre nosotros y entonces noté cómo otro calambre me pinchaba en la boca del estómago. «Peligro». Solo me había sentido así una vez en toda mi vida y fue cuando me enamoré de Javier. «Sal de ahí, Eva», me susurró al oído el angelito que tenía posado en mi hombro derecho. «Este tío no es para ti», me repetía concienzudo. «Sal de ahí».

—¿Y sueles tener este tipo de atracción con todas tus... feligresas? — Ni yo misma sabía qué buscaba al hacer esa pregunta.

Ernesto tardó en contestar, mirándome muy serio, sin dejar de jugar con mi pelo:

—Te prometo que es la primera vez que me pasa.

—Ya —contesté escéptica. Tanto, que pensó que era puro sarcasmo y detecté que no quería continuar con aquel juego.

—Creo que no estaría mal que nos pusiéramos en marcha —concluí la conversación.

—Como quieras.

Estaba contenta y triste al mismo tiempo: por fin iba a volver a casa, a retomar mi vida e ilusionada. Me vestí con la ropa que Ernesto me había lavado. Entró en mi cuarto colocándose el alzacuello y, mirándose en el espejo, me preguntó:

—¿Vas a ir a hacer ahora la denuncia?

Medité bien la respuesta:

—¿No debería?

—Claro. Solo pensaba que quizás querrías volver primero a tu casa y luego hacer el resto desde allí —. Su voz sonó extraña, apagada, pero ¿qué más podía hacer? ¿Seguir en su casa? Además, tal y como se estaban poniendo las cosas entre los dos, si seguía un día más allí, íbamos a complicarnos demasiado emocionalmente, y lo último que quería era sufrir por alguien que no podía corresponderme.

—Sí, lo haré ahora en el cuartel. Además, no voy a pedirte que me lleves hasta mi casa.

—Si quieres que te lleve no tienes más que decírmelo. ¿Cómo llevas el tobillo?

—Mejor. Ernesto, en serio. Así va a ser más difícil.

—Vale, lo dejo ya.

Tras desayunar en completo silencio y recoger los platos del desayuno, nos subimos en su coche. Era un Audi A6 azul oscuro con tapicería de piel que

olía a nuevo.

—¡Vaya! —exclamé sorprendida—¡Sí que os cuida bien la Iglesia!

No había vuelto a subir a su coche desde que me había recogido en el bosque y, aquella noche tampoco pude apreciar muchos detalles. No contestó. El sacerdote había pasado de ser una persona risueña y afable a alguien ajeno que parecía estar en algún otro lugar lejano, más que detrás del volante.

Tardamos unos veinte minutos en divisar algo de civilización, siempre inmersa dentro del bosque. Me fijé en el arcén y en los puntos kilométricos que indicaban que estábamos en la provincia de Guadalajara. «Claro», pensé. «Aquí en medio de la nada, con estos pueblos casi desiertos, a ver quién me hubiera encontrado. Lo tenían todo planeado, los muy cabrones». Durante la estancia en su casa, ni siquiera le había preguntado en qué comunidad autónoma me encontraba.

El viaje se hizo incómodo. Ernesto no abrió la boca, permaneciendo ensimismado todo el camino. Ni siquiera puso música o hizo amago para encender la radio. Le veía atento, escuchando el ruido del motor y las ruedas devorando el asfalto.

Finalmente, entramos en un pueblo con casas de piedra y aparcó delante del cuartel de la Guardia Civil que había justo en la entrada. Puso el freno de mano y, muy serio, me miró:

—Bueno. Hemos llegado. ¿Qué puedo decirte, Eva? Ha sido un placer conocerte y alojarte en mi casa. Siento esta despedida tan... fría, pero estoy muy confundido, sinceramente.

—Gracias, Ernesto —dije apenada—. No sabes cómo te agradezco lo que has hecho por mí. Creo que no hubiera podido sobrevivir si no llega a ser por ti.

—Era lo que tenía que hacer.

—No sé si seguir en contacto sería contraproducente—. Sentí que debía decirlo, pese a que algo en mi interior me avisaba de todo lo contrario. Parte de mí quería saber de él, mantenerme al día de su vida, sus viajes, pero eso sería ponernos una trampa. Lo mejor era dejarlo ahí y guardarlo en nuestra

memoria como un recuerdo especial. Pensé que bajaría conmigo y me acompañaría a hacer la denuncia, ya que él conocía a la gente del lugar, pero no hizo movimiento alguno y permaneció callado mirando al frente.

Me acerqué y le di un escueto beso. Entonces, comprendí que había cometido una imprudencia. Ví la tensión en su cara y cómo miraba a su alrededor. Obviamente, le estaba incomodando, era un sacerdote y estábamos en la calle, a la vista de cualquier persona.

Salí del coche, apesadumbrada y alegre al mismo tiempo. Atrás quedaba aquel hombre, maravilloso, pero por fin, volvería a casa. Sana y salva, o eso creía.

Día 15: miércoles 7 de junio. Mediodía.

Entré en un lugar en el que parecía que el tiempo se había detenido. Únicamente faltaba la foto del Caudillo, junto al yugo y las flechas, para pensar que había viajado cuarenta años atrás. Tras el mostrador de la entrada, había un oficial joven con el pelo rapado y uniforme impoluto, concentrado en un aparatoso monitor.

—Buenos días.

—Buenos días —dijo muy serio, deteniendo su mirada en mi mejilla vercosa.

—Vengo a denunciar un secuestro.

El oficial me revisó de arriba a abajo de nuevo y, acto seguido contestó:

—Siéntese un momentín que enseguida estoy con usted.

Tomé asiento en una de las sillas de plástico que estaban ancladas al suelo.

El guardia terminó de teclear, sin quitar la vista del arcaico monitor, y pasó a las oficinas acristaladas que estaban situadas a su espalda.

Tras explicarle la situación a otro oficial que estaba sentado en una mesa, salieron ambos a mi encuentro.

—Pase por aquí, señora —me indicó el joven.

Fuimos a un despacho austero y gris que armonizaba con el resto del cuartel: mesas cenicientas, archivadores de metal y poco ornamento, excepto la bandera española con el escudo constitucional y junto a una foto descolorida del Rey Juan Carlos con veinte años menos.

Del otro guardia se deducía que pasaba más tiempo en la oficina que patrullando las calles, pues su dilatada barriga precedía varios centímetros a las caderas.

—*Usté* dirá —me dijo el rollizo. Únicamente por ese “*usté*” deduje que era almeriense o murciano.

—Vengo a denunciar que he sido víctima de un secuestro.

El oficial abrió mucho los ojos, como si fuera la primera vez que escuchaba aquella palabra o fuera demasiado complicada entenderla.

—Verá —expuse—: hace dos semanas fui a trabajar y, cuando llegué al aparcamiento de la oficina, alguien salió por detrás de una columna y me tapó la boca con un pañuelo. Supongo que me durmió con cloroformo.

—Cloroformo.

El sargento seguía mi relato a pies juntillas sin pestañear, repitiendo la última palabra de cada frase que yo decía.

Mientras les relataba la denuncia con todo tipo de detalles, el joven guardia tomaba nota en el ordenador del despacho y, al finalizar, el barrigón se echó hacia atrás en su asiento, meciéndose suavemente de lado a lado:

—O sea, según *usté*, se escapó de esa cabaña inmovilizando a la tal... Lola —repasó los apuntes que había ido tomando—; anduvo por lo menos seis horas y el padre Ernesto la vio en la carretera y la recogió. Después estuvo en su casa alojada varios días y ahora ha sido él el que la ha traído hasta el cuartel ¿Es así?

—Sé que suena un poco raro, pero sí.

Miró a su compañero sin ocultar la complicidad, y el otro carraspeó con una más que evidente señal jocosa. El joven guardia no pudo disimular al esbozar media sonrisa, mordiéndose el labio inferior para no delatarse.

—A ver, me explico —dije con tono prudente—, yo creo que detrás de esto hay alguna organización. Tengo pocos datos, pero la conversación que tuvo el tal Emilio con el eslavo me hizo sospechar que había mucha gente metida en esto.

—Organización... ya —pude notar cómo se controlaba para no soltar una carcajada.

—Bueno, verá, señora... —levantó una ceja—, nosotros tenemos otra versión.

—¿Versión? ¿Qué versión?

—Hace unos días, recibimos la llamada del padre Ernesto informándonos de que había recogido a una mujer en la carretera. Nos dijo que estaba desorientada y que además de tener un esguince, llevaba varios golpes en la cara —señaló mi mejilla—. Parece ser que estaba muy confundida y se había caído. Nos dijo que nos la traería aquí por la mañana porque era ya muy tarde.

—Al día siguiente volvió a llamarnos diciendo que estaba muy enferma, y que en cuanto estuviese bien la traería aquí.

Me quedé sin habla. No supe qué pensar. Estaba haciendo el ridículo contándoles todo aquello, sin embargo, insistí:

—Sí, todo eso es cierto, pero entonces explíquenme cómo he llegado yo hasta el bosque.

—Según parece... —cotejó unos documentos que estaban en su mesa—, hay un aviso de la desaparición de una mujer que coincide con su descripción.

Era obvio. Tenían todo atado y bien atado para que la denuncia sonara a pura locura. Los había subestimado en exceso.

—Les repito que no es así —suspiré—. Estoy convencida de que hay una banda u organización que tiene que ver con algo de mi marido o su empresa. Hay un tal Emilio, una rubia teñida llamada Lola y un matón del Este, rapado, que responde al nombre de Max, aunque a este le han expulsado de la banda.

El calvo se emborrachó y una noche me violó y me pegó una paliza. ¡Fíjense en los golpes de mi cara! Después discutieron, y el tal Emilio lo echó de la cabaña.

—Según tenemos en nuestros datos, usted discutió con su marido antes su desaparición.

—¡Eso no tiene nada que ver! ¡Ellos han manipulado toda la información! ¡Incluso presentaron una baja en mi trabajo para justificar mi ausencia! —grité, frustrada.

Ambos contenían la carcajada, emitiendo un ruido gutural con la garganta.

—Muy bien —me levanté—. Piensan que estoy loca.

—Nooooooo, señora, no —dijo el gordo—. Simplemente pensamos que se ha dado un gran golpe en la cabeza y anda un pelín... ¿cómo decirlo?... perturbada.

—¿Quiere *usté* que vayamos al hospital y la examinen? Eso de la violación es algo muy grave, pero claro, habrá que llamar a un médico forense para que la vea.

—Sí, es buena idea —confirmé, firme.

Después me di cuenta de que habían ganado aquella partida. A ver cómo demostraba yo una violación habiendo tenido dos relaciones sexuales con Ernesto. No podía explicar lo que había pasado entre nosotros porque le podría perjudicar y acabar con su futuro dentro de la Orden. Después de haberme cuidado tanto, era injusto que mereciese aquello.

—No, no, déjelo —dije asumiendo que era imposible de demostrar la violación.

—¿En qué quedamos? ¿Quiere o no quiere que vayamos al hospital?

—No, pero no es porque me lo esté inventando, sino porque tengo otras razones.

—Otras... razones..., ya —repitió escéptico—. ¿Podría decirnos de qué razones se trata?

Abrí la boca, cogí aire y omití respuesta.

—Son motivos personales —contesté, al fin. Todo lo que alegaba era inverosímil para ellos.

—¿Recuerda su dirección?

—¡Pues claro que la recuerdo! Les repito que no estoy desorientada, ni tengo un trauma.

—¿Tiene alguna prueba más de todo esto que me cuenta, además de los moratones y el tobillo vendado?

Callé. Era imposible explicarles a aquellos dos Neandertales lo que

había pasado la noche anterior para que lo entendieran:

—No.

—Le insisto. ¿Vamos al hospital?

Me mordí la lengua, indignada, y suspiré, consciente de cómo mi frustración se convertía en ira.

—Mire, la llevaremos a su casa. Descanse un par de días y seguro que en cuanto esté recuperada deja de ver mafiosos confabulando contra usted — sugirió el tipejo que, además me ponía más histérica al jugar con un bolígrafo.

Los miré y, resignada, comprendí que todo lo que podía decir sería en vano.

No tenía otra opción más que callar y tomar cartas en el asunto desde Madrid cuando presentara las pruebas, pero para eso tenía que encontrarlas.

—Sí, por favor, llévenme a casa.

Día 15: miércoles 7 de junio. Llegada a casa.

Durante el camino en el coche patrulla no dije nada. Susurré mi dirección sin mucho énfasis y permanecí callada. Estaba demasiado enfadada como para intentar convencer al joven policía de que mi versión era la correcta. Ahora había cambiado su semblante. Dejó de tener esa cara de cachondeo en el momento en que decidí sentarme a su lado, pues si lo hubiera hecho detrás me habría sentido como una detenida. Sé que pasó el viaje mirándome de reojo, como si tuviese una loca peligrosa sentada a su lado, sin saber en qué momento podría atacarle.

Ignorándole por completo, me dediqué a mirar por la ventana, observando cómo la vegetación cambiaba de verde a amarilla, hasta convertirse en el gris del asfalto de la autopista. Tras una larga hora, por fin llegamos a mi edificio. Lo observé como si hiciese varios años que no pasaba por allí. El guardia me preguntó si quería que me acompañase hasta la misma puerta de casa, pero no contesté. Ni siquiera di las gracias. Abrí la puerta del coche y salí sin más, dando un portazo después.

Como no tenía las llaves de mi propia casa, ya que todas mis pertenencias seguían en poder de mis secuestradores, acudí directamente al portero del inmueble, que tenía un juego de cada piso para casos de emergencia.

—Hola, Francisco. He perdido las llaves. ¿Podría abrirme, por favor?

—Claro que sí, señora Del Álamo. Ahora mismo —dijo dirigiéndose al cuarto trasero.

Me hubiera gustado preguntarle si había visto a Javier o gente extraña merodeando alrededor del edificio, pero sabía que serían preguntas inútiles. Después de la baja presentada en mi oficina y la ropa sacada de mi propio armario, dejaron claro que no habría pista alguna. Todas las preguntas que le pudiera hacer al portero darían pie a más preguntas por su parte. A él tampoco parecía extrañarle no haberme visto en varios días, dado que sus horarios y los míos normalmente no coincidían.

—Aquí están. Luego me las devuelve, ¿verdad?

—Claro, no se preocupe.

«Lo primero será llamar a un cerrajero para que cambie la cerradura ahora mismo», deliberé subiendo en el ascensor y, al llegar al rellano, me di cuenta de que tenía que haberme acompañado el guardia. «Eres una estúpida, Eva. Podrían estar dentro, esperándote, los muy cabrones». Eran capaces de eso y de mucho más, pero estaba tan frustrada con la situación que mi propia ira no me había dejado pensar con claridad.

Ahora ya, cauta, apoyé el oído en la puerta por si escuchaba algún ruido al otro lado de la madera, sin embargo, no hubo nada más que un silencio absoluto. Inspiré y metí la llave por la cerradura, deslizándose con facilidad. Abrí y encontré el salón en perfecto orden. No había signos de intrusión: ni cajones revueltos, ni armarios abiertos, nada. Cuanto más tiempo pasaba, más me profesionales me parecían. Después, revisé el piso meticulosamente. Inspeccioné los dos dormitorios y llegué hasta el cuarto de baño, tan solo escuchando bombear mis propios latidos en los oídos. Por fortuna, no parecía haber señal de ellos.

Una vez ya convencida de que estaba sola, bloqueé la puerta girando la llave. Aunque tuvieran una copia no podrían entrar, al menos no de una manera sencilla.

Después, me dirigí al ordenador, lo encendí y me impacienté en cuanto se inició el proceso de instalación de actualizaciones. Agarré el ratón, inquieta, articulando los dedos sobre él sin quitarle la vista a la barra que señalaba el porcentaje de lo que faltaba por descargarse. Una vez que acabó el proceso, abrí el buscador de Google y tecleé “cerrajero urgencia”, filtrándolo por el más cercano a mi barrio.

—¿Pero no puede entrar? —preguntó el sujeto que había atendido a mi llamada.

—Sí, estoy dentro de mi casa, pero he tenido que abrir con las llaves del portero.

—O sea, que no es mu urgente—. Supe que no debía haberle dado esa información. Ahora, vendría más tarde o me dejaría para la última del día.

—A ver, urgente es, no puedo salir a la calle porque no sé quién puede

tener mis llaves. Las he perdido.

—¿Pero se puede apañar con las del portero, ¿no?

—Sí puedo, pero si alguien las encuen...

—Entonces si no le importa iré a última hora —me interrumpió.

—Bueno, aquí estaré —contesté resignada.

Al colgar, quise llamar a otro, pero lo que más me apetecía era empezar a buscar pruebas para incriminar a la banda de Emilio y presentarlas en una denuncia.

Marqué, inquieta, el número del móvil de Javier, a ver si por una casualidad podía localizarle, aunque tenía la certeza de que sería inútil. Necesitaba contactar con él como fuera, sin embargo, el teléfono no dio señal alguna sino que respondió la voz robotizada del contestador automático. «Quizás siga fuera de España», deduje. Y justo en el momento de escuchar el pitido para dejarle un mensaje, me di cuenta de que no había sido buena idea por si Max o Emilio andaban cerca de él. Incluso podrían haberle pinchado la línea. Entonces colgué despacio, mirando el teléfono, como si el aparato en sí fuera peligroso. «¿Y si también me lo han intervenido a mí y saben que ya estoy en casa? Podrían volver a capturarme».

Miré el auricular e intenté abrirlo en busca de un micrófono. Lo estuve observando durante un rato y vi que apenas había espacio para intentar meter una aguja y hacer palanca. «Olvídate. Es imposible. Está ensamblado y sin signos de haberlo forzado». Además, para pinchar la línea no era necesario meter ningún micrófono. «Estás paranoica, Eva», me repetí.

Descarté también llamar a mi amiga Carmen. Era la única en la que podía confiar y estaba convencida de que me habría llamado varias veces, preocupada por mí, pues hablábamos prácticamente a diario. «Ni de coña vas a llamarla. Solo te falta meter en líos también a Carmen».

Busqué el modo de contactar con alguien que me pudiera ayudar y, por más que pensaba, la única palabra que merodeaba en mi cabeza era “riesgo”. Mi móvil lo tenían ellos y para hacerme una copia de la tarjeta tenía que salir de casa y dejar el piso vacío. Hasta que no tuviera la cerradura cambiada, con

un nuevo juego de llaves, no saldría de allí.

Fui a cambiarme el vendaje y a curarme de nuevo los pies con esa incómoda sensación de estar siempre alerta. Debía relajarme, ya estaba en casa, sin embargo, no me sentía segura.

Me cambié también de ropa para estar más cómoda y decidí prepararme algo de comer. A ver si así conseguía centrarme. Después me echaría la siesta en mi cama, por fin, esa cama que tanto había echado de menos...

El olor que desprendió la nevera al abrirla me hizo tener que revisarla de arriba abajo. Tuve que tirar todo lo que estaba abierto y muchos alimentos frescos que habían dejado ya de serlo: un paquete de leche, dos tomates pochos, una berenjena blanda y un frasco de paté que estaba criando moho. Miré en el congelador y saqué un filete de ternera. Lo coloqué en el microondas para descongelarlo y, mientras el electrodoméstico cumplía con su cometido, logré seleccionar varias hojas de lechuga y un tomate medio sano para hacerme una ensalada.

El silencio ahora se me hacía insoportable. Venía de estar mucho tiempo sin ruido alguno, a excepción de aquellas broncas que escuchaba, siempre atenta, a lo que decían mis captores. Necesitaba distraerme, volver al mundo real, así que encendí la televisión mientras comía. Eran las tres de la tarde y busqué un canal de noticias.

Justo en ese momento, iniciaban la cabecera con los titulares. Abrían con política española, siguieron con la internacional. No había cambios grandes ni eventos que me sorprendieran. Terminé de comer y recogí la mesa cuando dieron paso a la sección de sucesos: un incendio en un inmueble en Barcelona, un atraco a mano armada en Sevilla y la aparición de la mujer excursionista que se había perdido en la montaña. Al parecer, se había caído caminando por una senda, con tal mala suerte que se había golpeado en la cara.

«La mujer se encuentra bien, aunque todavía tiene evidentes signos de desorientación, según nos informan desde el cuartel de la Guardia Civil de una pequeña localidad alcarreña, en el que se presentó esta misma mañana por su propio pie. No se conocen más detalles», concluyó la locutora.

Me giré despacio, casi petrificada, sabiendo que aquella de la que hablaban era yo. Atónita, solté el vaso que tenía en la mano, estampándose contra el suelo. Iba a ser aún más complicado demostrar mi secuestro. Me estaba enfrentando a algo que desconocía, pero daba la sensación de que sería una lucha contra gigantes, a no ser que encontrara pruebas fehacientes. Me senté, reflexiva, asumiendo que si seguía adelante con mi plan iba a tocarme batallar con algo muy gordo.

Debía decidir qué hacer: seguir con mi vida e ignorar todo este mal trago o enfrentarme a quién sabe qué, asumiendo las consecuencias.

Una vez más el pulso me estallaba dentro de los oídos, alertándome del estrés que iba acumulando. Fui a por la escoba y el recogedor y, mientras barría los diminutos cristales, di por zanjado el plan inicial de echarme la siesta. No podía dejar de pensar que debía hacer algo. La única manera de demostrar mi secuestro era buscando pruebas, pues presentarme en la Policía no serviría de nada. Suspiré, sabiendo que por mucho que me empeñara en descansar me iba a ser del todo imposible, entonces, decidí sustituir el descanso por un oscuro y bien cargado café.

Observé, medio hipnotizada, cómo el líquido goteaba lentamente mientras divagaba sobre todo lo que me había pasado en los últimos días; cómo habían cuidado cada detalle, la baja médica presentada en mi oficina, irrumpir en mi casa, revolverla en los armarios, dejarlo todo intacto. Incluso el no hecho de no poder demostrar la violación de Max les había venido bien. «¡Quién me mandaría a mí haberme acostado con Ernesto! Un momento...

¿Y si el cura estuviera también implicado?», me pregunté. «¿Y si él formara parte de este embrollo y, sin querer, he caído en mi propia trampa?». «No puede ser, es imposible. El sacerdote me atendió encantado y lo que pasó entre los dos fue más culpa mía que suya. Fui yo la que se levantó por la noche y prácticamente me metí yo en su cama. Fue mi mano la que rozó la suya, la que le dio pie», seguí reprochándome todo aquello. «El, al fin y al cabo es un hombre. Alguien que además debió de renunciar a tener pareja y al sexo solo por vocación».

Recordé su intensa mirada, casi triste, al despedirnos. También en cómo me miraba al acariciarme el pelo horas antes, en la cama. «Ha sido

casualidad. Ernesto es un buen hombre», aparté aquella idea de mi cabeza, sacudiéndola.

Me serví una buena taza de café y fui directa al ordenador. Apenas rocé el ratón, la pantalla se encendió de nuevo, mostrándome el número de teléfono del cerrajero urgente. «Sobre todo eso», dije en voz alta, «urgente».

No tenía ni idea de por dónde empezar. «¿Cómo es posible que Carmen no haya avisado a la Policía si no ha sabido nada de mí durante tanto tiempo?

¿Habrá llamado a Javier? ¿Le habrá puesto al corriente?» Entonces, comprobé mi correo electrónico, por ver si podía encontrar algo que me ayudara a saber por dónde empezar.

En la bandeja de entrada había doscientos dieciséis mensajes sin leer, entre ellos la carta de Javier, la misma que me habían hecho llegar ya impresa. Releí todo el texto nuevamente y mis ojos se inundaron de tristeza de nuevo; todavía tenía que ver cómo afrontaba el gran fracaso de mi matrimonio. Era algo que tarde o temprano había que finiquitar y, sí, era cierto, sentí miedo al pensar que debía encarar una nueva vida sola, sin embargo, no era el momento de evaluar nada. Ahora no. Primero debía solucionar todo ese lío cuanto antes, encontrar la manera de demostrar mi secuestro, y al parecer, me iba a tocar hacerlo por mis propios medios.

El resto de la correspondencia era de mis compañeros de oficina, preguntándome cómo me encontraba y otros asuntos sin importancia: facturas y publicidad. Ni un solo correo de Carmen.

Me levanté, nerviosa, con la taza en la mano, y comencé a deambular por la casa.

«Piensa, Eva, piensa. ¿Cómo es posible que Carmen no se haya dado cuenta de que algo raro pasaba?» Me volví a sentar. Abrí Google y esta vez tecleé: “Desaparición mujer Guadalajara”.

En un segundo, las respuestas llenaron casi una página de diferentes periódicos digitales en los que se relataba la desaparición de una mujer que había estado practicando senderismo. En otro se relataba que había salido de excursión, un tercero contaba que la mujer se había ido de casa tras una fuerte discusión con su marido, y el último que miré aseguraba que estaba haciendo

escalada y había caído, dándose un fuerte golpe en la cabeza. La fecha de la noticia más antigua era la del día de la escapada de la cabaña: 4 de junio.

Tras comprobar que no era capaz de encontrar algún hilo suelto y poder empezar a investigar me obligué a meterme en la cama para descansar un rato. Al contrario de lo que me había imaginado, caí derrotada. Horas después, fue el ruido de una alarma el que me sacó de la inconsciencia más profunda: era el teléfono del salón.

Día 15: tarde del miércoles 7 de junio.

Me levanté zigzagueando hasta llegar al salón. Estaba totalmente desubicada y, cuando quise contestar, el teléfono dejó de sonar. El reloj del salón marcaba las ocho y media de la tarde... y el cerrajero sin venir. Conseguí despertarme del todo bebiendo un refresco con cafeína. Quedaban retazos en mi memoria de lo que había soñado: me veía esposada en la cama de la cabaña, durmiendo, y el olor a quemado me despertaba. De pronto, Max prendía fuego alrededor de la casa y la madera ardía con facilidad. Lola estaba atada a la argolla del cuarto de baño, gritando, desesperada, mientras yo era incapaz de soltarme. El fuego iba invadiendo todas las habitaciones, poco a poco, y la cama se incendiaba después. Gritaba, tosía, lloraba de impotencia, y al otro lado de las llamas veía la cara de Max, riéndose. Luego, el ordenador de mi casa se derretía a mi lado, como si hubiese estado allí conmigo durante todo el secuestro. Los gritos de Lola sonaban cada vez más metálicos y acabaron por mezclarse con el timbre del teléfono que, afortunadamente, me sacó de aquel mal sueño.

Cuando me di cuenta de que todo era una pesadilla, suspiré, aliviada. Deduje que aquella llamada sería del cerrajero y, viendo que no había aparecido aún, volví a marcar su teléfono. El hombre me aseguró que le había sido imposible acercarse y prometió venir a la mañana siguiente, a primera hora. Blasfemé entre dientes y asumí que tendría que pasar la noche intranquila y preocupada por si entraban a por mí en cualquier momento. La idea de que tuvieran una copia de las llaves me inquietaba tanto que decidí arrastrar el aparador de la entrada, bloqueando la puerta. De ese modo, les sería aún más difícil entrar.

Ahora ya, algo más serena, y tras atrancar la puerta con el mueble pese a la dificultad, pasé lo que quedó del día investigando por Internet, insistiendo en averiguar qué conexión había entre la noticia oficial de mi desaparición y mi marido. No encontré muchos datos. Solo mis siglas en algún artículo de la Red y el hecho de haber aparecido tras varios días de búsqueda.

Varias horas más tarde, decidí prepararme un tentempié a base de embutido que estaba a punto de caducar dentro de la nevera. Lo puse todo en un plato y me lo llevé frente a la pantalla.

Por más que buceaba por la Red, no encontré nada que pudiese darme alguna pista. Cuando quise mirar el reloj vi que era alrededor de la una y fui directa a la cama, aún sin tener ni pizca de sueño. Llevaba el horario totalmente cambiado.

Antes de lavarme la cara y los dientes volví a la puerta de la entrada para asegurarme de nuevo de que el aparador dejaba la puerta totalmente bloqueada. Apagué las luces y me tumbé en la cama, comenzando un baile incesante de posturas, sin conseguir relajarme. La cabeza no paraba y los ruidos de las cañerías, crujidos de los muebles y algún vecino que pisaba el suelo como si estuviera saltando, me perturbaban cada vez más. Mis pensamientos oscilaban de Ernesto a Javier, de Javier a Max, de Max a Lola, y de ella a Emilio. Mil pensamientos lúgubres me invadían la mente, las conversaciones con Lola, asesorándome para no seguir tomando somníferos, Max fumando en la habitación. «Al final llevaba razón».

Reflexioné sobre ella. En el fondo me daba pena. Había sido la que peor parte se había llevado. «Que se joda», zanjé con inquina. «Tampoco me había tratado tan bien hasta que la cosa se fue a la mierda con lo de Max.

Era una borde y una macarra». Volví a mirar el reloj que alumbraba la habitación y el tiempo no corría. Y cuanto más intentaba relajarme, más nerviosa me ponía.

Tras un tiempo indefinido, una hora o quizá más, conseguí que mis músculos aflojaran hasta coger el sueño, por fin. «Vaya día de mierda». Fue lo último que pensé.

*

Creí que solo habían transcurrido un par de horas cuando un ruido me despertó. Hubiese jurador que eran las llaves que había puesto por dentro, las que habían tintineado. Descalza, a oscuras, me levanté en silencio. Llegué de puntillas, casi fuera de mí, hasta la cocina, guiándome por el tacto de la encimera, donde pude localizar el soporte para cuchillos. Agarré el más puntiagudo y me dirigí al salón sin encender las luces. Si en ese momento me hubiese visto alguien habría pensado que era una psicópata: descalza, con las pupilas dilatadas y el cuchillo en la mano. Seguí hasta el umbral, entreví el relieve de los muebles y, como si fuera a sorprender a alguien, encendí la luz

principal, apuntando al azar.

Todo estaba tal cual lo había dejado yo horas antes. Las llaves colgaban estáticas, el aparador seguía en el mismo sitio y la luz del monitor del ordenador parpadeaba, indicando que la sesión permanecía en espera.

Me estaba volviendo loca, y si no conseguía averiguar algo más no descansaría en mucho tiempo. Dejé el cuchillo en la mesa de centro y fui a por agua a la cocina y, súbitamente, como quien halla la respuesta en el fondo del vaso, se me ocurrió entrar a revisar el correo de Javier. Tenía que haber algo, alguna pista por dónde empezar a investigar. Nunca antes lo había hecho, pero recordé que alguna vez me había dicho que si tenía que revisar su correo, estando él de viaje, la contraseña la dejaba pegada detrás del espejo del cuarto de baño.

Allí estaba yo sin pensármelo dos veces, descolgué el gran cristal y observé que, efectivamente, en la parte posterior había un papel doblado, adosado con un celofán. «Para estas cosas, siempre tan previsor», pensé, como un reproche. Menuda escena. Cuatro y pico de la mañana y yo descolgaba el espejo del cuarto de baño con cara de loca y sin pegar ojo. De cara a los demás, parecía de verdad que el supuesto golpe me había en el bosque me había dejado completamente trastornada. Esbocé una ligera sonrisa, dejando que el poco sentido del humor que me quedaba se luciera un poco. Colgué de nuevo el espejo en su sitio y salí hacia el salón. Ahora ya, papel en mano, tecleé su usuario y la larga contraseña con el pulso acelerado, como quien sabe que está cometiendo un delito.

La bandeja de entrada no tardó en mostrarme innumerables correos sin leer y otros muchos que ya habían sido abiertos. Me fijé en las fechas y constaté que algunos habían sido leídos durante las semanas de mi secuestro. Todos trataban sobre asuntos de negocios, firmas, citas... me eran familiares, ni sus nombres, ni las empresas. Tampoco aparecían correos personales. Solo se trataba de transacciones, reuniones, comisiones y pagos. Los ordené cronológicamente y comencé a leer uno por uno: juntas, reuniones, viajes, comisiones, ventas, compras.... «¡Qué tostón!» Nada que tuviera que ver con mi secuestro o nada que me alertara.

Seguí leyendo la página siguiente y me encontré con más de lo mismo.

Pocos correos personales, alguna quedada para jugar al pádel y cancelaciones de citas. Miré el calendario que estaba justo al lado de la pantalla. Era curioso: las últimas reuniones que había anulado fueron inicialmente programadas durante las dos semanas que estuve retenida y todas las había cancelado su secretaria, nunca él mismo.

Lógico: si estaba de viaje no podría asistir a ninguna. Eso me hizo pensar que lo que no tenía sentido era haberlas acordado previamente, por tanto, deduje que Javier había improvisado aquel viaje a Seychelles en el último momento, y después ordenó cancelar sus citas desde allí. «Es evidente que se ha escondido», dije en voz alta, al recordar la frase de Emilio. «Será cabrón...».

Sin embargo hubo algo que me llamó poderosamente la atención: había un remitente con el nombre de una empresa llamada Materia Dei. Si el poco latín que recordaba no me fallaba, aquello significaba la Materia de Dios y, no supe por qué, pero mi instinto me decía que siguiera por aquel camino. Con lo ateo que era Javier algo no encajaba. Entonces fue cuando volví a elucubrar sobre el padre Ernesto y leí toda la correspondencia a fondo.

En el primer correo, la empresa Materia Dei se mostraba interesada en que su presidente, un tal E. Salcedi, y Javier se reunieran para hablar de la propuesta de compra de una patente farmacéutica.

Según iba avanzando, entendía cada vez menos: las respuestas de mi marido al respecto no eran más que simples evasivas, enfatizando que él y el resto de los socios habían comprado esa patente diez años atrás a un científico llamado Salvador Llorente y que no estaban dispuestos a venderlo a ningún postor.

A medida que iba leyendo, el cruce de correos reducía el tono formal y se convertía en un cruce de despropósitos en las que Javier y el tal Salcedi plasmaban su aversión el uno por el otro. El directivo presionaba, Javier insistía en que no era el único socio y la decisión sobre vender la patente no era exclusiva suya, sino que se había acordado en una junta todos los socios. Los términos eran absolutamente extraños para mí, todo era muy enrevesado y demasiado técnico: “Linfocitos T supresores”. Era como leer en chino, algo que se escapaba a mis pocos conocimientos de ciencias.

Abrí el buscador y tecleé “Linfocitos T”. ¿Tendría todo eso que ver con mi secuestro? Quizás me equivocara y estaba perdiendo el tiempo, pero tenía la corazonada de que iban por ahí los tiros.

“Los linfocitos T reguladores son una subpoblación de linfocitos que actúa suprimiendo la activación del sistema inmunitario y mantiene, de ese modo, la homeostasis de dicho sistema, beneficiando la tolerancia hacia los autoantígenos [...] Las investigaciones sobre los Linfocitos T reguladores han aumentado gracias a que se ha probado en modelos experimentales como ratones, que el potencial inmunosupresor de estas células podría mejorar la tolerancia de trasplantes, así como ser utilizados para los tratamientos contra enfermedades autoinmunes, e incluso estudia su eliminación específica para potenciar inmunoterapias contra el cáncer...”

Interesante. Era la síntesis de una investigación que demostraba que sí había mejoras y curas contra todo tipo de enfermedades autoinmunes y también sobre algunos cánceres. Inmediatamente, busqué: “enfermedades autoinmunes” y quedé asombrada por mi propia ignorancia. En el listado se especificaban centenares de enfermedades. Desde una simple artritis a esclerodermias, celiacías, psoriasis y un sinfín de síndromes que existían y de los que yo no había oído hablar nunca.

Me levanté y comencé a deambular de nuevo por la casa. « ¿Y qué hace la empresa de Javier invirtiendo dinero en una patente farmacéutica para que, años después, renuncien a querer revenderla?», murmuré. No solamente eso, sino que ¿qué es lo que hacía una empresa como Materia Dei insistiendo a Javier para venderles a ellos la patente? ¿Qué tiene que ver Materia Dei con todo esto?

Independientemente de encontrar algo que tuviera que ver con todo aquel jaleo, el tema me tenía totalmente intrigada. Miré el reloj. Eran las cinco y media y no había pegado ojo en toda la noche, a excepción de las dos horas iniciales.

Me metí en la cama, esta vez algo más tranquila y con la sensación de que, en breve, sabría algo más de aquella rocambolesca historia.

Día 16: mañana del jueves 8 de junio.

No recuerdo qué soñé aquella noche. No tuve pesadillas ni quimeras extrañas que me inquietaran. Apenas había dormido cuatro horas más, cuando el timbre de la puerta me recordó que estaba en mi casa, a salvo, y sin poder moverme hasta que no llegara el cerrajero.

Salté de la cama y abrí el armario con prisa, buscando una bata corta de verano para taparme. Al llegar al salón y ver el mueble que había colocado como barricada para bloquear la puerta, escupí varias palabrotas maldiciéndome a mí misma por paranoica.

—¿Quién es? —pregunté por ganar tiempo.

—¡Cerrajerooooo! —gritó el hombre desde el rellano.

—¿Puede esperar un momento? —le rogué mientras empujaba el mueble.

Tras varios envites, conseguí desplazarlo lo suficiente como para llegar hasta la mirilla. Distinguí a un hombre menudo, con el pelo grasiento, pegado a una incipiente y mal disimulada calva.

Abrí aliviada, dejándole entrar.

—Buenas, señora.

—Buenos días. ¡Por fin! —le reproché la tardanza— ¡Desde ayer llevo aquí encerrada!

—Pero tenía llaves, ¿no?

—Sí, pero... —callé. Me di cuenta de que toda explicación que le diera era innecesaria—. En fin, déjelo, quería cambiarlo todo: la cerradura, el bombín y por supuesto, la llave.

—¿Sabe que el seguro esto no lo cubre, verdad?

—Ya, ya, lo sé. Usted haga lo que considere necesario, pero cámbielo todo. Además, quiero poner un cerrojo por dentro.

—¡Uy! *Pos pa'eso* tengo que bajar a la furgoneta. Allí tengo varios, le

traigo unos cuantos y usted elige el modelo.

—Bien, baje —contesté impaciente por tomarme un café y espabilarme.

Fui directa a la cocina, abrí un paquete de zumo y llené un vaso grande. Estaba cansada y con falta de sueño, pero debía estar lúcida.

Hoy iba a ser un día importante. Me serví un café bien cargado y fui de nuevo a sentarme frente a la pantalla. «Veamos. ¿Dónde me había quedado? ¡Ah, sí! Salccedi».

Teclé su nombre tal cual firmaba los correos que había intercambiado con Javier. Con “E. Salccedi” salían numerosas entradas. Esa letra “E” me tenía desconcertada. ¿Sería la “E” de “Emilio”? No parecía. No tenía acento italiano. Pero también podría ser la “E” de Ernesto... Me vino súbitamente a la cabeza la conversación que tuvimos cuando me contó que con veinticinco años ya tenía su propia empresa y un escalofrío me recorrió la espina dorsal solo de pensar que él podría estar metido en esto. Cerré los ojos pensando en lo que había pasado entre nosotros y aparté aquel pensamiento negativo. «No puede ser. Veamos, busca el nombre de pila», me ordené.

“E. Salccedi: Viceconsejero del Banco Lontano, accionista mayoritario de Nether Education Inc., Presidente honorífico de la Fundación la Luz...”

—¡Vaya pez gordo! —dije en voz alta.

Busqué imágenes y apareció un sinfín de fotos de un hombre sesentón, con el pelo engominado y la tez bronceada.

Después, quité la letra “E” y, de todos los Salccedi que surgieron, me incliné por Enrico. “Enrico Salccedi nació en Milán en 1947. Hijo de un contable y un ama de casa [...] forjó su primera empresa con apenas 21 años...” «Bingo», afirmé.

En aquella Web se informaba sobre numerosas empresas de las que no había oído hablar nunca, pero la principal y la más conocida era Materia Dei. No obstante, lo que me resultó más sospechoso fueron varias conexiones entre el italiano y el Opus Dei. Resoplé. Estaba claro que ahí se estaba cociendo algo gordo y Javier estaba metido hasta el cuello. Inmediatamente, recordé varias frases que me habían dicho cuando me retuvieron: «No buscamos

dinero», dijo Emilio. ¿O fue Max? «No sabes dónde te estás metiendo...», me advirtió Lola. Y me sentí como si estuviera a punto de saltar a un abismo, pero ya no había marcha atrás.

Sonó por fin el timbre y, con la mente aún puesta en la información que acababa de obtener y arrastrando un bostezo, fui directa a abrir al cerrajero. Tan solo cuando había abierto del todo comprendí la imprudencia que acababa de cometer: justo ahí, delante de mí, todo lo enorme que era, estaba Max.

*

—Hola, Eviiiiita —me saludó, exhibiendo una ristra de dientes amarillos.

Instintivamente, me abalancé sobre la puerta para bloquearle la entrada, pero no hizo falta que se esforzara en exceso porque con tan solo un brazo la empujó y consiguió entrar dando amplias zancadas, cerrándola con un fuerte estruendo detrás de él.

Si días atrás me había parecido aterrador, en aquel momento era la versión del mismísimo Satanás vestido con cazadora de cuero.

—¿*Siabes?*... Aún no si mi ha olvidado nuestra *nochie* loca. Todavía me acuerdo de ti de vez en cuando —decía avanzando hacia mí, muy despacio—. *Liastima* que no hayamos podido acabar de... —me guiñó un ojo, dejando la frase inacabada.

Aquel ser repulsivo de ojos gélidos y cabeza rapada me escudriñaba, perforando mis pupilas con las suyas, como hizo durante los días en los que fue mi carcelero.

Iba soltando su perorata con una sonrisa de medio lado, demostrando que se lo estaba pasando en grande. «¡Por favor, que venga ya el cerrajero! ¡Maldita sea!», pensé mientras retrocedía de espaldas.

—*Piero estiate trianquiiiila*, que no voy a *hasierte* nada —perseguía mis pasos, incesante.

—¡iiiiSocorro!!!! —grité con la esperanza de que me oyera alguien. «¿Por qué tarda tanto este hombre?»

—¿A quién esperas? ¿Al enano *esie sierdo quie* te iba a cambiar la *sierradura*?

Así entendí que había cometido otra imprudencia más. Estaba pagando caro el descuido de haber llamado por teléfono. El muy cabrón lo tenía pinchado, estaba claro.

—No *tie priocupes*, le he diejado durmiendo, así que te aconsejaría *quie* no gitaras *porquie* si no, será peor. Ya sabes cómo me *piongo* cuando gritas y no quiero pegarte, Eviiiita.

Yo bordeaba mesas, sillas y diferentes enseres del salón. Él continuaba en su lenta tarea de capturarme.

—Fíjate cómo tienes todavía la cara de mis últimos... *biesos* —rio cínico.

—¡Socooooooooooooooooo! —chillé aún más fuerte.

Sabía que eso le perturbaba. Tenía la certeza de que Max reaccionaba mal ante los gritos de una mujer, y eso me daba cierta ventaja para desquiciarle y coger el cuchillo que había dejado sobre la mesa, la noche anterior. Ahí seguía, esperándome, y así lo hice, fulminante. Lo agarré por el mango y le apunté, amenazándole. Pero lejos de amedrentarse, comenzó a reír, y cuanto más le amenazaba, más se carcajeaba.

—¿*Quié* piensas *hacier* con eso?

Creo que fue la peor idea que pude haber tenido en todo aquel tiempo, más incluso que salir de aquella cabaña, atar a Lola o haber dado pistas de que había vuelto a casa. Fue como avivar un fuego que ya ardía desde hacía tiempo. Max fue más rápido aún. Agarró una silla, estampándola contra la pared que estaba justo detrás de él. Cayó un cuadro y varias fotos al suelo, haciéndose añicos los cristales de los marcos.

Miré aquel desastre durante apenas décimas de segundo y, para cuando quise reaccionar, se estaba abalanzando sobre mí. Eso sí, durante el forcejeo, le hice varios cortes en el brazo derecho, mas no sirvió de mucho. No le fue difícil arrebatármelo de un manotazo. Después, sujetó mis dos muñecas con una de sus manos, y con la otra me tapó la boca, empujándome contra la pared.

Me tuvo colgando, en vilo, con los pies en el aire, a pesar de las múltiples patadas que frenó simplemente apoyando sus muslos.

No solo jugaba con la ventaja de ser el doble que yo, sino que las pocas horas de sueño que había dormido y todo el cansancio acumulado tras mi fuga, le servían en bandeja hacer conmigo lo que quisiera. En aquel momento era una marioneta que se movía a su antojo.

—Es *quie* mira que me piones burro haciendo estas *cosias* —susurró en mi oído, aplastándome aún más contra la pared. Noté inclinarse su pelvis, ligeramente hacia mí, clavándome una dureza que salía de entre sus caderas—, pero ahora no, hoy no te voy a *diar* lo que te *merieses*. Ahora te vas a estar *quietesita*, y algún día hablaremos tú y yo de lo que *tenemos* pendiente. Seguro que te gusta.

Aprisionada entre él y la pared, esquivé su fétido aliento a alcohol, ladeando la cabeza todo lo que pude. Después, me arrastró sin esfuerzo, colocándome en el suelo, boca abajo y apoyando la rodilla sobre mi espalda. Tiró de una de mis manos hacia atrás y unió las muñecas. Supe que me ataría o me volvería a colocar unas esposas. Mientras tanto, yo pataleaba con todas mis fuerzas y me revolvía para ponérselo más difícil, aun sabiendo que esas maniobras no le incordiarían en absoluto. Su peso me impedía respirar. Si hubiese querido, me habría partido en dos con tan solo apoyarse sobre mí, aunque daba la sensación de que no tenía intención de matarme.

El forcejeo terminó en cuanto sacó un rollo de esparadrapo y me ató los tobillos. Luego me puso un trozo en la boca, acallando mis gritos desesperados. Al final, consiguió alzarme como si fuera una muñeca, arrojándome después contra el sofá, que ya se iba manchando de su sangre.

—¡Vaya con la mosquita muerta! ¡Eres una *sorrilla*!—dijo mirándose los cortes del brazo —*Yia* te domaré, *yia*....

Fue directo al cuarto de baño, señal de que conocía perfectamente la distribución de la casa.

Desgraciadamente, no tardó mucho en volver. Vino presionándose las heridas para frenarse la hemorragia con un algodón, que se teñía de blanco a rojo.

Tumbada en el sofá, boca abajo, amordazada, y atada de pies y manos, levanté ligeramente la cabeza para no perderle de vista. Entonces sacó su teléfono móvil y acto seguido marcó un número.

—Soy Max —dijo cambiando el tono radicalmente.

No escuché respuesta alguna, tan solo un largo silencio. Segundos más tarde, pude percibir un tenue susurro.

—*Tiengo* algo para ti, aquí, *tiumbadita* en su sofá, jeje —rio como un payaso.

El otro lado de la línea permaneció en silencio durante unos interminables segundos y, después se escuchó un distorsionado “voy para allá”.

Día 16: jueves 8 de junio, mediodía.

Durante el tiempo que su interlocutor tardó en llegar, Max abrió la nevera varias veces hasta agotar las existencias de cervezas y se dedicó a despotricar, amenazándome. Después pasó a relatarme todo lo que pensaba hacer y un sinfín de obscenidades, incluyendo numerosos eructos entre lata y lata. Pensé en las consecuencias si se emborrachaba del todo. Si perdía el control sería mi fin. Estando sola, atada y amordazada podría hacer conmigo lo que quisiera, así que preferí no pensar en ello. En cierto modo, deseaba que llegara la persona con la que había hablado y así acabar con todo esto de una vez, pero cuanto más intentaba guardar la calma, más tiritaba, demostrándole el pánico que sentía.

—Y así es como *mie* lo agradecerán —no dejaba de divagar—y *sie* darán cuenta de *quie* no pueden *dejar* *mie* fuera. *Vierán quie* he sido *inteligente*, y *mie* lo recompensarán.

Me miró, percatándose de cómo me sacudía y lo vi morderse el labio, lascivamente. Trató de controlar el impulso, aunque se notaba que le gustaban las mujeres indefensas.

Era un signo inequívoco de una mente enferma y violenta. No entendía cómo Lola pudo enamorarse de alguien así. Imaginé el estado lamentable en el que se encontraría como para llegar a querer a un tarado como él. Quizás fuera eso, estaba indefensa y eso es lo que le gustaba de ella. Seguramente ahora, que ya había evolucionado en una mujer fuerte ya no le atraía tanto. Después entendí su obsesión con verme encadenada.

Se acercó muy despacio, pero a mitad de camino se detuvo. Volver a capturarme debía de ser más importante para él que dejar fluir la llamada de su instinto animal.

Siguió hablando, caminando en círculos, cerveza en mano, sin parar un segundo. Me estaba poniendo aún más nerviosa de lo que ya estaba. Tenía que tratar de no centrar mi atención en él porque cuanto más le escuchaba, más histérica me estaba poniendo.

«Vamos, Eva, piensa. ¿Quién es el que va a venir?», medité, renunciando

a seguir escuchando su voz. «¿El tal Salccedi? No lo creo. Lo más probable es que sea el capullo de Emilio. ¿Qué harán esta vez? ¿Volver a encerrarme en la cabaña?

¿Sacarme a rastras de mi propio edificio a la vista de todo el mundo? ¿A plena luz del día?»

Y tras dos horas que parecieron no terminar nunca, se escuchó un leve golpeteo de nudillos contra la puerta que encendieron de nuevo mi sistema nervioso.

—¡Cucú! —comentó burlón— ¿Quién *sierá*?

Decididamente estaba como una cabra o tenía el coeficiente intelectual de una ameba. No entendí tampoco cómo era posible que estuviera metido en toda aquella trama tan supuestamente inteligente y tan profesional. Quizás, necesitaban a un gorila que no pensara en exceso para hacer el trabajo sucio, pero con él, se habían cubierto de gloria.

—Abre, soy yo —emergió una voz que me resultó tremendamente familiar desde el otro lado de la puerta.

Max presionó el picaporte y, abriendo la entrada, gesticuló teatralmente al hacer una reverencia, como si yo fuera una ofrenda que él brindaba al recién llegado.

—¡*Voilà!* ¿Ves? ¿*Quié* ibais a hacer sin mí?

Y tras su bufonesco ademán, sentí como si alguien me echara un cubo de hielo encima y mi sangre se paralizara. Aquel que apareció bajo el umbral de mi puerta era, ni más ni menos, que el padre Ernesto.

*

Apoyado contra el marco de la puerta, muy serio, el padre Ernesto vestía con una americana negra y camisa a juego. Los pantalones vaqueros le daban un toque informal en la que, por supuesto, no se incluía el alzacuello.

Aún así, durante décimas de segundo, traté de encontrar alguna justificación coherente al hecho de ver Ernesto plantado en la puerta de mi casa, sin embargo, algo dentro de mí supo que aquel hombre aparentemente

pluscuamperfecto y dulce, aquel buen samaritano que me había rescatado de una hipotermia o una posible desgracia, me había engañado desde el principio.

«¡Soy una completa estúpida!» asumí tras cotejar lo innegable. Sentí el edificio entero derrumbándose por los pilares, conmigo dentro. Quise dudar, «quizás esté relacionado, pero simplemente ha venido a poner orden, para protegerme», sin embargo su rostro le delataba por completo.

Incluso sus ojos, aquellos faros que me habían encandilado, ahora me resultaban tenebrosos y oscuros.

Lo vi negar con la cabeza, de izquierda a derecha, resignado, muy serio. Parecía preocupado y escuché un suspiro que se escapó de su boca al entrar en el salón. Me miró fugazmente, casi ignorándome, queriendo aparentar que yo no estaba allí. Todo su punto de atención lo enfocaba sobre Max.

Caminó despacio, poniéndose en guardia y cerró la puerta, sin hacer apenas ruido. Estaba pálido y vi cómo apretaba los labios hasta convertirlos en una fría línea. Esos mismos labios que señalaron ira cuando le conté la violación de ese monstruo que teníamos delante. Todo encajaba. Pero aquel Ernesto parecía otro, nada que ver con el mismo que me había mimado y cuidado hacía apenas un día.

—No, Max. Se acabó —sentenció lentamente, mientras se le acercaba.

—¿Cómo *quie* acabó? ¡Si *yia* la tienes aquí!

—Te lo dije, Max. Te dije que te mantuvieras al margen y, como siempre, no has acatado mis órdenes.

—No puedo protegerte más. Sobre todo cuando has acabado por arruinar toda la operación.

Hablaba tranquilo, con cierta parsimonia intranquila, tensando el ambiente como si fuese a estallar de un momento a otro.

—¡Os he traído a la moneda de cambio! ¡El marido ahora sí que firmará! —Me apuntó con el dedo.

Mientras los dos intercambiaban aquel denso diálogo en el que el único que subía la voz era el enorme rapado, mi cerebro ataba cabos a mil por hora,

cuadrando todas las piezas del puzle. El padre Ernesto estaba metido hasta la médula en el secuestro, eso era más que evidente. Seguramente, me habría estado buscando por el bosque, después de haber sido informado de que me había fugado. «¿Y el tal Emilio qué pintaba en todo esto? ¿Es también el jefe de Ernesto? Salccedi, Emilio, Ernesto, Max, Lola... ¿Era ese el organigrama de la trama?»

—No, Max, no te enteras. Javier Del Álamo no ha firmado la venta y la solución se ha hecho pública esta mañana. Se acabó. Ya está.

—¡Pero, ¿¿¿y *quién* pasa con ella???

—Ella estaba bien. Estaba todo bajo control. Había vuelto a su casa, a salvo, con una pequeña y simple conmoción por haberse dado un golpe. Una enajenación mental transitoria... —recalcó irónico, confirmando lo que argumentaba la Guardia Civil y la prensa—. Además, no podía justificar su secuestro de ninguna manera... hasta que te has presentado tú aquí y lo has arruinado todo, más de lo que lo habías arruinado ya. ¿Te ha visto el portero?

El silencio que se produjo entre los dos me puso el vello de punta y por cómo le miraba Ernesto supe que algo iba a pasar. Aquel en el que había confiado, el único que me había protegido, e incluso me había hecho el amor, se había convertido en un ser que destilaba de todo menos confianza. «¡Cómo es posible que no me haya dado cuenta!», noté mis ojos inundándose de lágrimas. «¡Soy imbécil, rematadamente imbécil!».

Aterrada, seguía la conversación entre los dos y distinguí desde lejos algo que había en la cara de Ernesto que se me había escapado hasta ahora. Era algo diferente, pero entre la distancia, mi postura y las lágrimas, no conseguí ver qué era exactamente. Una cosa sí me quedaba clara y es que Ernesto había perdido toda la dulzura.

—*Crieo* que sí, pero eso no importa.

—¿No importa? Ah... ¡No importa! —levantó la voz—¿Y qué piensas hacer? ¿Matarle como has hecho con el cerrajero? ¿Cómo piensas deshacerte de su cuerpo, pedazo de salvaje? ¿Has pensado en ello?

El eslavo callaba, sin poder dar respuesta.

—Sí —siguió el sacerdote —, lo he visto en la escalera de servicio y no le has dejado sin conocimiento. Se te ha ido la mano, como siempre, animal.

—Eso puedo *solucionarlo*, Emilio.

Entonces el planeta dejó de girar. «¿Emilio? ¿Cómo que Emilio?» Abrí los ojos más de los que ya los tenía, al darme cuenta de la gran mentira en la que yo sola me había metido. Quise pensar que aquel nombre no había salido de la boca de Max, y que toda aquella escena fuera fruto de una pesadilla que estaba teniendo despierta. No podía ser. Era imposible. ¡Max había dicho Emilio! Tenía que haberle entendido mal. Del susto dejé de llorar. Tenía los ojos tan abiertos por la sorpresa que solté las últimas lágrimas que quedaban en las cuencas.

El shock fue tan grande que no quise hacerme a la idea de que yo misma había cavado mi propia tumba.

Ambos permanecieron en silencio, mirándose fijamente. Pero lo peor estaba aún por venir: con lo que yo no contaba era con ser testigo de cómo, casi espontáneamente, el dulce y tierno padre Ernesto, ese que me había atendido con tanto mimo, el hombre que ayudaba a los drogadictos y a los niños tercermundistas, metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una pistola. A ninguno nos dio tiempo a pensar más. Apuntó al eslavo y, frío, como los mismos ojos de su incipiente víctima, disparó contra su pecho dos veces sin emitir sonido alguno. Horrorizada, vi cómo el titánico Max se fue desplomando por partes, sin comprender bien qué es lo que estaba pasando. Primero cayó de rodillas, con los ojos muy abiertos, mirándole a él, después a mí; segundos más tarde, terminó de derrumbarse sobre mi impoluta alfombra blanca del salón, que ahora se iba cubriendo de un charco rojo. Todo parecía transcurrir a cámara lenta, dándome tiempo más que suficiente a procesar, paso a paso, aquella lenta película que se emitía delante de mí, en directo.

No solo tardé en comprender que me había acostado con el responsable directo de mi secuestro sino que encima, el adorable padre Ernesto resultó ser un asesino. «¿Pero cómo he podido estar tan ciega?», me sentí humillada. Aunque lo que más me sorprendía fue que, sin dudar un segundo, hubiese disparado a su compañero sin demostrar el más mínimo escrúpulo. «¿Entonces no es clérigo?», me pregunté , intentando entender qué estaba pasando a mi

alrededor. Recordé las fotos en su casa y descarté que todo aquello fuera un montaje. «¿Qué tipo de sacerdote es capaz de matar a sangre fría a alguien sin pestañear?». Por no hablar del secuestro, que ya de por sí era algo muy grave». De repente, todo me pareció una enorme locura de la que me temía no iba a salir bien parada.

Ernesto dejó el arma cuidadosamente en la mesa de centro y se agachó para poner los dedos en el cuello de Max. Por su reacción, supe que estaba muerto. Después, se fue acercando despacio hacia mí. Entonces advertí el detalle que tanto me estaba extrañando y no lograba captar desde mi posición. Ernesto no tenía los ojos azules. Ahora eran de un marrón verdoso inconcreto.

Los mismos ojos pardos que había analizado tanto en la cabaña, frente a frente, cuando me untaba crema en la mejilla, después de recibir los golpes de Max.

Recordé después que al llegar a la casa del cura y darme la primera ducha, estuve tentada de abrir el armario que había bajo el lavabo y no lo hice por respeto. Pensé en buscar tiritas y alcohol para desinfectarme yo sola las heridas, pero no lo hice por no andar cotilleando en los armarios de nadie. Mi instinto me estaba guiando bien y yo no le hice caso. Si hubiera encontrado algún bote de líquido de lentillas o cualquier otro útil, habría tenido alguna pista de que aquel hombre usaba lentes de colores. Así, quizás, habría sospechado. Pero ahora de nada servía arrepentirme por haberme fiado de alguien que, en apariencia, quiso ayudarme. Traté de procesar la lógica de su actuación. ¿Por qué tanta cordialidad conmigo y después llevarme al cuartel de la Guardia Civil? ¿Cómo sospechar de alguien que te lleva hasta la Policía para que le denuncies a él y a su panda de mafiosos? Había algo que no entendía.

Me observaba parado, con esos ojos que tanto había analizado en la cabaña.

Ese azul oscuro tan insólito era artificial y también entendí la distancia que mantuvo conmigo durante el secuestro. Todo estaba más que pensado para que no pudiera identificarle nunca y no atara cabos. Eso sí, no contaba con que me escaparía, pero por si acaso, no dejó que nada lo delatara. Jugó bien sus cartas. Demostrar ante la Ley que Emilio era Ernesto me hubiese sido mucho

más complicado de lo que yo pensaba en un principio, y más aun, habiendo tenido un tórrido romance con él.

Pero ahora el problema era otro. Todo había salido a la luz y comencé a pensar en que Emilio/Ernesto me dispararía a mí también, o quizás el cariño que parecía que había habido entre los dos pesaba lo suficiente como para dejarme vivir. Algo dentro de mí decía que no era así. Yo sabía demasiadas cosas. Quizás si no hubiese venido Max...

Se sentó a mi lado, fijándose en cómo tiritaba maniatada y con la boca amordazada. Casi no podía respirar por la nariz, llena de mocos y congestionada por haber llorado. El esparadrapo se agitaba ligeramente, dentro y fuera de mi boca al ritmo de mi agitada respiración.

—Pero mira que eres cabezota —me susurró, recuperando su voz angelical— ¿No podías dejarlo estar?

—Mmmm... mmmmmm... —era lo único que podía decir.

—Lo de Max no debió de pasar nunca. Todo esto iba a ser muy sencillo: tú estarías lo más cómoda posible, se trataba de un par de días, no más. Lo suficiente como para que tu marido llegara a un acuerdo, pero no. Entre tú y él habéis conseguido que todo esto se convierta en un miserable drama.

Le escuchaba muy atenta, intentando serenarme. Trataba de implorarle con la mirada para que me quitara la mordaza y así además poder razonar.

—Te juegas la vida con Lola, a la que por cierto, casi matas, y encima te escapas, complicándolo todo más —siguió sigiloso, acariciándome el pelo—. Claro que todo esto también ha tenido su parte buena ¿verdad? Al menos hemos podido estar unos días juntos. Ha sido bonito, ¿no crees? —Aquel discurso cambiaba por momentos y pasaba de ser dulce y cariñoso, a tener la cara de un loco perverso.

Seguí gimiendo, intentando hacerle entender que no podía respirar en condiciones.

—¿Mmmmmmmmm qué? —preguntó, dejando que su par de hoyuelos me recordaran al hombre que me había mimado tanto—. Así tenías que haber estado toda la semana: atada de pies y manos, y la boca tapadita para que no

rechistaras, que es que no has parado.

Me fue quitando el esparadrapo lentamente y, al terminar, me advertió que no gritara llevándose a su boca el dedo índice.

Inspiré y jadeé y, tras calmarme un poco, conseguí decir:

—Ernesto, por favor...no...

—Shhhhh... Qué pena, Eva, qué pena —me interrumpió susurrando—. En otras circunstancias, quizás tú y yo... podríamos haber continuado con esta historia. Es lo que peor llevo de todo esto.

Era como tener dos personas diferentes delante. De pronto era frío, apático, y sin más cambiaba de papel, convirtiéndose en encantador y tierno.

—Lo dudo, eres sacerdote.

—¿Tú crees?

Me hizo dudar con una mueca cínica.

—O sea, que no eres cura.

—Bueno, lo soy, está claro, ya lo has visto... ¿pero eso qué más te da?

Le tenía sentado a mi lado, casi encima, sin quitarme ojo y recorría mi cara con sus pupilas, escaneando mis facciones, como hizo aquella vez en la cabaña. Deduje que llevaría años forjándose una fachada. Los mismos guardias civiles hablaban de él como si le conocieran de toda la vida y, seguramente, seguiría siendo así después de este episodio. Si no, ¿para qué matar a Max? El eslavo estorbaba y había estropeado por completo toda la trama. La única manera de asegurarse que todo quedara bien atado era liquidándole. Quizás Ernesto solo recibiese órdenes, pero Max ya no les hacía falta y, ahora, yo, por lo visto, tampoco.

Día 16: jueves 8 de junio, mediodía.

Los nervios me trituraban el estómago, el pulso se me desbordaba y tenía la sensación de haber llegado a un callejón sin salida. Después de todos los esfuerzos por aguantar retenida, los golpes, la violación de Max, la huida por el bosque, la noche que pasé a la intemperie y ahora, acabar así, en mi propia casa. Era toda una ironía. Huir para morir en mi propia libertad. Lo único que podía hacer era suplicarle, apelar de alguna manera a sus sentimientos, a su supuesta vocación, a intentar saber si sentía algo por mí y si le pesaba lo suficiente como para que interfiriese en lo que había venido a hacer. Pero aquel que tenía allí delante parecía no tener nada que ver con la misma persona que había conocido días atrás, cuando me acogió en su casa, rescatándome del bosque.

—Ernesto, necesito saber una cosa.

Me miró serio, desde arriba, resignándose a escucharme, sabiendo que por mucho que le suplicara no serviría para retrasar el fatal desenlace.

—¿Lo que ha pasado en tu casa...?

—No. No estaba premeditado, Eva —me interrumpió.

—Ya, pero...

—¿Qué quieres saber? ¿Quieres que sea sincero?

No contesté. Me limité a dejarle hablar.

—Muy bien, te diré la verdad: desde que te vi, incluso antes de... llevarte a la cabaña —aún esquivaba la palabra “secuestro”—sentí algo, no sé explicarte el qué... algo que hacía mucho que ya no sentía.

Recordé entonces a la mujer de la foto. La rubia de pelo rizado que llevaba un bebé en brazos.

—Te saqué fotos, estudié tu vida, tus pasos, te seguí...

—¡Joder! —exclamé incrédula.

—Shhh, no grites —susurró, poniéndome el índice sobre mis labios. — Además tú no dices palabrotas, tienes mucha más clase.

—Te he visto trabajando en la oficina. He pasado varias veces por delante de tu mesa cuando no levantabas la vista de la pantalla. Incluso intercambié algún correo contigo solicitándote información. Siempre me pareciste una mujer encantadora, muy atractiva, y además muy divertida, especialmente cuando te juntas con tu amiga Carmen.

—¡Madre mía! —No podía creer lo que estaba escuchando.

—He tratado por todos los medios que estuvieras en las mejores condiciones, y siento mucho que no haya salido como estaba planeado, pero ahora las cosas han llegado demasiado lejos y hay que poner un punto y final.

«¡Dios, este tío es un psicópata!».

—El primer culpable he sido yo, por dejar que Max se hiciera cargo de ti. Pensé que estaba completamente rehabilitado, pero me había equivocado.

—¿Pero le dijiste que no volviera? —traté de seguir buscando complicidad en los días pasados.

—Sí, pero, ¿recuerdas que ayer sonó el timbre por la mañana? — Parecía como si fuéramos pareja, como si hubiésemos convivido juntos.

Asentí con la cabeza.

—Sé que desconfiaste por un momento, que tuviste dudas, pero no te mentí, Max era un borracho rehabilitado.

—Pero no venía por lo del despido. Escuché parte de la conversación —y según dije aquella frase me di cuenta de que era una verdad a medias. Claro que le habían “despedido”, le habían sacado de la organización.

—Después —siguió hablando—, lo de la otra noche... fue maravilloso, pero no era mi intención..., en serio. Te pusiste tan tierna, te metiste en mi cama y... no soy de piedra, Eva.

Hablaba despacio, aparentemente tranquilo, con voz muy baja, casi como si fuera a cantarme una nana. Realmente, había momentos en los que daba miedo y otros en los que parecía alguien de fiar.

—Dime una cosa —esta vez fui por el lado psicológico—, ¿quién es esa mujer rubia y ese bebé que salen en una foto de un cajón de tu casa?

Ernesto me estudió fríamente

—¡Vaya, vaya! ¿Has estado cotilleando, chica mala?

—Me moría de ganas de saber quién eras en realidad. Ya ves que yo también tenía sentimientos encontrados.

—¿Y eso te da derecho a mirar entre mis cosas?

—El mismo que te da a ti haberme investigado.

—¡*Touché!* —dijo riendo, dejando aflorar los hoyuelos de su cara.

Se levantó y comenzó a dar vueltas por el salón, pasando por encima del cuerpo de Max, como si se tratase de un simple obstáculo.

—Esa mujer y ese niño... Son, eran... mi mujer y mi hijo.

—¿Eran?

—Eran.

—¿Qué les pasó?

—No pasó nada, Eva. Quizás te lo hubiese contado en otras circunstancias, pero ahora ya no importa.

—Vamos, Ernesto ¿O Emilio? ¿Cómo debo llamarte? Creo que me lo debes —ni siquiera yo entendía qué es lo que quería conseguir a base sonsacarle información personal, pero suponía que, al menos, el hecho de contarme detalles sobre su familia podría hacerle recapacitar.

—Simplemente..., se esfumaron.

—¿Se esfumaron? La gente no se esfuma.

—¿Qué quieres conseguir con esto, Eva? ¿Crees que porque te hable de mi pasado no voy a hacer lo que he venido a hacer?

Era inteligente. Sabía qué estrategias podían utilizar contra él.

—¿Crees que me voy a apiadar por hablarte de mi ex mujer?

—¿Ex? ¿No ha muerto?

—No. ¿Esperabas encontrar una justificación moral y ética?

—No lo sé. No llego a entender las razones por las que un hombre como tú puede meterse en un seminario y hacerse un mafioso al mismo tiempo.

—La muerte de un hijo sí lo justifica todo, supongo. Y tú..., tú..., te pareces tanto a ella...

Claro, ahí estaba la conexión. No dije nada, ni siquiera que sentía lo de su hijo. No tenía claro si lo sentía o no. Solo sabía que tenía que seguir por aquel camino, intentando profundizar y hacer que retomase la confianza conmigo.

—¿Y después os divorciasteis?

—Y después me dejó. Supongo que hay un antes y un después en la vida.

«¿Y ahora qué», pensé. «Tarde o temprano la charla se acaba. Invéntate algo, Eva».

—Ernesto, te juro que no diré nada. No denunciaré, viviré con esto.

—Así son las reglas. Sabes demasiado. Además, si no lo hago yo, lo hará otro. Al menos, conmigo será indoloro.

«Se acabó», sentencié. Era el fin, y ahora comenzaba a asumirlo. «Llegó la hora: tumbada en el sofá, con las manos atadas a mi espalda y mi captor/amante sentado a mi lado, esperando el momento en el que iba a darme la extremaunción, casi ejerciendo de sacerdote, tal y como solía hacer habitualmente. Era surrealista».

—¿Indoloro? —persistí en seguir preguntándole.

Aun sabiendo que retrasar mi propia ejecución no iba a servirme de nada no me quedaba otra opción. No podía luchar, entre otras cosas porque estaba atada. Era imposible defenderme. La única táctica era hacerle razonar.

—Shhhh... te duermo y ya.

—¿Qué es lo que me vas a dar?

—Tranquila, no te enterarás. Es una anestesia, Fentanilo, entrarás en un dulce sueño y... ¡Vuela, vuela, pajarillo!

¡No solo era un psicópata sino un sádico!

Sonrió levemente y, a continuación, comenzó a desenroscar el silenciador de su pistola. Por un momento pensé que me mataría con ella. Mis labios, mis piernas, mi cuerpo entero volvió a tiritar, sabiendo que todo acabaría de un momento a otro.

Dejó el arma encima de la mesa de cristal y se acercó muy lento. Volvió a sentarse en el sofá y, tranquilo, se acercó a besarme. Me recordó al beso de Judas. Después me acarició la cara nuevamente, como hizo aquella vez, cuando me secaba las lágrimas en su casa.

—No, Ernesto, por favor, no... —balbuceé.

Sin escucharme, se levantó y metió la mano en el bolsillo de la cazadora que había dejado tirada en un sillón justo antes de investigar el cuerpo de Max. Entonces le vi sacar una pequeña jeringuilla. La golpeó un par de veces, quitó la caperuza de la aguja y dejó salir un poco de aire, disparando una pequeña cantidad de líquido. Y, justo cuando venía directo hacia mí, se escuchó una llave entrando por la cerradura de la puerta principal.

Día 16: jueves 8 de junio, mediodía.

Nunca llegué a imaginar que ver a Javier, después de todo por lo que había pasado, me causaría tanta alegría. El propio Ernesto no supo cómo reaccionar. Era evidente que aquello no lo tenía previsto.

Javier, paralizado bajo el umbral de la puerta, con el manajo de llaves en la mano, estaba pasmado ante la escena que tenía delante: un hombre, portando una jeringuilla, amenazaba a su mujer que estaba maniatada y tirada en el sofá.

—¡Eva! —gritó asustado.

—¡Corre, sal! ¡Vete de aquí y llama a la policía! —le advertí todo lo rápida que pude. Sin embargo, no tuvo tiempo de reaccionar. Antes de darse la vuelta, Ernesto le estaba apuntando con la pistola.

—¡Hombre! ¿A quién tenemos por aquí? ¡Javier Del Álamo! No corras, no —ordenó sarcástico—. Pasa, hombre, pasa ¡Y cierra la puta puerta! —chilló, repentinamente.

Al escucharle gritar así, resonaron como un eco en mi memoria las voces que le había dado a Max el día posterior a mi violación, provocándome de nuevo esa sensación de completa impotencia. ¿Cómo era posible que alguien pudiera cambiar así de registro? Solo un enfermo mental era capaz de eso.

Javier estaba pálido. Se le notaba cansado y ojeroso y, muy serio, subió las manos gesticulando para pedir permiso y coger la maleta

Ernesto asintió.

—Sí, anda, sí... y siéntate con tu mujer.

Entró despacio, sin quitar la vista del arma. Tiró lentamente de la maleta, haciéndola rodar centímetro a centímetro. El equipaje era ligero, uno de esos *trolleys* que no hace falta facturar en los aeropuertos. Avanzó cauto, sin quitarle la vista al hombre que le apuntaba con una pistola. Y, súbitamente, sorprendiéndonos a ambos, Javier alzó el pequeño baúl, golpeando la mano a Ernesto y provocándole la pérdida del arma. Esta salió despedida hacia una

esquina del salón, dejando al supuesto sacerdote con las manos vacías.

La inmensa furia reflejada en la cara de Ernesto iba acorde al resorte que necesitó para abalanzarse sobre Javier. El pobre, además de no ser nada corpulento, no estaba preparado para lidiar con un chalado que, físicamente, era bastante más fuerte que él. El primer puñetazo en la cara le tumbó de inmediato. Después, el agresor se puso de rodillas sobre él sin dejar de propinarle múltiples golpes. Uno, dos, diez, once..., estuvo a punto de hacerle perder el conocimiento, y sin embargo, Javier se resistía sin poder hacer nada más que extender sus manos en busca de algún objeto con el que defenderse. Al final, y tras varias torpes búsquedas en el aire, consiguió agarrar una figura de mármol, que con tanto trasiego había caído al suelo.

El cura era una máquina de dar puñetazos y Javier se resignaba a recibirlos, concentrándose únicamente en el objeto que ahora se le había escurrido de las manos. La cara de Ernesto, envuelta en ira, parecía haberse transformado en la de un asesino. Estaba tan obcecado en golpearle que ni siquiera reparó en que Javier buscaba algo con qué devolverle los golpes.

Me incorporé con los pies atados y, aprovechando que mi captor seguía ciego de furia, a saltitos, conseguí empujar con la punta de mis pies una figura de mármol, acercándolo hacia la mano de Javier.

Tras varias intentonas, logró agarrarlo en condiciones y, una vez bien sujeto, elevó el brazo recto y le dio con él en la cabeza varias veces. El primer golpe fue suficiente como para dejarle sin conocimiento, cayendo de lado, inconsciente y golpeándose también contra el suelo.

—¡Diossss! —exclamé—¿Estás bien?

Aturdido por la cantidad de golpes, el pobre y ensangrentado Javier, elevó ligeramente la cabeza para ver la situación. Después, se dejó caer al el suelo jadeando y recuperando el aliento.

—¡Comprueba que esté vivo! —ordené, sintiéndome impotente, pues seguía atada y con los pies juntos.

Se levantó a duras penas, con un ojo cerrado por la hinchazón, y le palpó el cuello en busca de pulso. Después me miró y asintió, casi ya sin fuerzas.

—¿Vive?

—Sí —contestó con un hilillo de voz.

—¡Quítame las esposas, corre! ¡Busca la llave en algún bolsillo del calvo que está ahí tirado! ¡Date prisa!

Torpemente, Javier se situó al lado del cadáver de Max, observando la cantidad de sangre que había esparcida por toda la alfombra. Quiso girarle, pero apenas consiguió moverle.

—¡Corre! ¡Si recupera la consciencia nos matará a los dos!

—Es-que-no- pue-do! —protestó entre dientes—¡Tienes que ayudarme!

Salté con los pies juntos y conseguí llegar hasta el cuerpo de Max. Me arrodillé, de espaldas al eslabo. Estiré uno de esos pétreos brazos que ahora ya estaban fríos, pero tampoco pude moverlo demasiado, así que se me ocurrió hacer palanca también con los pies. Afortunadamente, tras varias intentonas, y siempre con un ojo puesto en los movimientos de Ernesto, conseguimos ladearle.

—¡Mete la mano en los bolsillos! ¡Busca la llave!

—¡Eso intento!

Palpó por encima del pantalón y dio rápido con ella. Abrió las esposas y, en cuanto me liberé, fui a coger el cuchillo que, milagrosamente, había sobrevivido estático a todo el marmagnum que había alrededor. Corté el esparadrappo que unía mis tobillos y tiré del que se me había quedado pegado en las piernas.

Me dolían los hombros, agarrotados por la posición, pero no tuve tiempo ni de estirarme, pues justo en ese momento vi cómo Ernesto se llevaba una mano a la cabeza, revelando que salía de su inconsciencia. Comencé a recorrer, cuchillo en mano, por todas las esquinas del salón, buscando el arma, pero no daba con ella. Me acerqué y le apunté con el filo, amenazándole, por si se recuperaba del todo.

Iba abriendo poco a poco esos ojos que hasta hacía bien poco me habían cautivado. Entonces, tuve una gran idea. Estaba ahí preparada, lista para

inyectarse, con el aire sacado y el anestésico dispuesto a entrar en las venas. Agarré la inyección y me agaché a su lado. No tenía ni idea de dónde debía ponérsela, pero supuse que sería vía intramuscular.

Pellizqué su brazo y la aguja entró sin resistencia, provocando que diera un brinco por acto reflejo, agarrándome del cuello.

No sé si tuvo el propósito de estrangularme o si fue un reflejo inconsciente, pero en cuanto notó cómo entraba el líquido, me apretaba la garganta con más fuerza. Y, mientras él estrechaba sus manos alrededor de mi cuello, yo mantuve la calma para no introducir toda la cantidad que contenía el tubo. Sabía que, inyectando tan solo la mitad, sería más que suficiente para dejarle fuera de combate al menos durante un par de horas. Si empujaba el líquido hasta el final, acabaría matándole.

Ernesto me miraba sin verme. Sus pupilas, totalmente dilatadas, atravesaban las mías, pero parecía no estar allí. Me oprimía el cuello, completamente enajenado, cerrándome el paso del aire, fuera de sí. Por fortuna, la química no tardó en hacer efecto y pude sentir cómo sus manos se aflojaron hasta dejarlas caer. En cuestión de segundos se desmoronó, totalmente inconsciente. La sangre le había impregnado el pelo, pero no parecía tener una brecha demasiado profunda. Después, le colocamos las esposas, con las manos en la espalda, tal y como había estado yo hasta hacía unos minutos.

—Deberíamos atarle los pies. Como se despierte, vamos a tener un problema aunque esté esposado. Este no va a quedarse quieto —le advertí a Javier.

—Tranquila. ¡Mira lo que he encontrado! —señaló la pistola—

Ahora no se atreverá a moverse. Vamos a llamar a la Policía —razonó.

—¿La Policía? ¡No me hables! Menos mal que has llegado. Has sido de lo más oportuno, si llegas un minuto más tarde te toca enterrarme.

—Vi que había una llamada perdida desde el teléfono fijo de casa y supe que eras tú. No quise llamarte, por si tenían la línea pinchada.

—¡Y tanto que la tenían! Soy imbécil. No sé cómo se me pasó. Me di

cuenta más tarde. Anda, vamos a ponerte hielo en esos golpes y a curarte el labio.

*

—¿Tiene esto que ver con el tema de la patente? —quise saber, al mismo tiempo que colocaba una bolsa de hielo sobre su ojo inflamado.

—¿Cómo lo sabes?

—He tenido que meterme en tu correo para averiguar de qué iba todo esto.

—Lo siento, Eva —dijo abrazándome.

Fue reconfortante pensar que todas aquellas dudas que había tenido durante el secuestro ahora parecían parte de las pesadillas, de los demonios que me habían martirizado durante aquellos días.

—Es complicado de entender: resulta que después de años de investigación —me comenzó a explicar— un científico dio con la solución para poder combatir todo tipo de enfermedades autoinmunes y rechazo a los trasplantes.

—¿Y qué tiene que ver tu empresa en todo esto?

—Calma, por partes —apartó la bolsa helada y se la colocó en la mejilla contraria.

—El hombre vino para asesorarse sobre patentes. Aún no tenía claro si vender el desarrollo de la investigación o no. Le quedaban cosas por comprobar y, por otro lado, sabía que el descubrimiento iba a afectar directamente a toda la industria farmacéutica.

—¿Todo esta historia únicamente por el simple hecho de dejar de vender alguna que otra Aspirina?

—Si fuera solo por eso..., el hecho es que cuando alguien tiene una enfermedad autoinmune, su sistema inmunitario no trabaja en condiciones y no distingue elementos ajenos de los suyos propios.

—Te sigo —le comenté, curándole el labio.

—El científico había conseguido llegar a la raíz de la enfermedad, aplicando una serie de medidas que provocaban que el organismo dejara de estar confuso, y solo ataca a microorganismos extraños, no a los propios.

—¿Quieres decir que la gente que tiene alergias dejaría de tenerlas?

—Alergias, dermatitis, lupus, reumas, Crohn y un montón de síndromes que no voy a ponerme a enumerar porque no acabaríamos nunca. Hay miles de enfermedades autoinmunes. ¡Ay! —se quejó por el escozor del desinfectante.

—No seas quejica, sigue.

—El científico, en vista de que se estaba viendo amenazado por las grandes farmacéuticas, ya que ellas fueron las primeras postoras para adquirir la fórmula, nos vendió a nosotros la patente hace varios años. No era tonto. Intuía que le harían la vida imposible y no quería complicarse, así que se quitó de en medio. Sabía perfectamente que esto podría provocarle incluso la muerte. Hay demasiada gente amasando fortunas con este tema como para que por culpa de un “friki” de bata blanca se les acabe el chollo.

—¿En serio que esas pastillas dan para tanto?

—No hablo de pastillas, Eva. Se trata de tratamientos que están valorados en muchos miles de euros. Hasta ahora, lo que están haciendo es poner parches, tratan los dolores a base de cortisonas, antiinflamatorios o inmunosupresores, pero nunca han llegado a atacar la base de la enfermedad de manera definitiva. Y no lo hacen porque no quieren dejar de ganar dinero. No sale rentable. Los tratamientos son costosos y, cuando se trata de inmunosupresores, solo los paga la sanidad pública, ya que las aseguradoras médicas se niegan a costear esos tratamientos con sus pacientes.

—Hablamos de miles y miles de personas con este tipo de enfermedades. Multiplica cientos de euros por cada paciente, y después lo multiplicas por cada paciente en todo el globo terráqueo.

—Miles y miles de millones.

—Exacto. Pero no solo eso, sino que este descubrimiento se utilizaría también para favorecer los rechazos a los trasplantes. Y si entramos en materia oncológica el tema da para varios días de conversación.

—Dinero, está claro, aunque ellos decían que no era eso lo que querían.

—Sí y no.

—Ellos no son nada más que una panda de extorsionadores que pretendían que nosotros les vendiésemos la patente a Materia Dei, la empresa de...

—Enrico Salccedi —no pude evitar interrumpirle.

—¡Muy bien!

—¿Pero para qué quieren la patente?

—Salccedi maneja varias empresas farmacéuticas. Una de ellas es la que fabrica uno de los inmunosupresores más caros del mercado. Teniendo ellos la patente, podrían seguir exprimiendo la situación y dejar las cosas como están, o incluso poner en marcha el proyecto que erradica todas estas enfermedades, pero claro, siendo de ellos la exclusiva, aunque...

—No interesa, ¿verdad?

—Exacto. El mundo de las enfermedades genera cantidades desorbitadas de beneficios.

—¡Pero eso es injusto! Eso es denunciante ante la OMS.

—La OMS sabe lo que hay —contestó resignado.

—Ahora entiendo lo que dijo Lola, al alertarme sobre que no sabía dónde me estaba metiendo.

—¿Quién es Lola?

—Una de ellos, ya te lo contaré...

—Nosotros lo que queríamos era “despatentar” la investigación y hacerla pública. Habíamos hablado de revenderla, incluso a Materia Dei, pero con ciertas condiciones.

—Al final llegamos al acuerdo de que debíamos ponerla a disposición de todo el mundo, pese a que como negocio no iba a ser fructífero. Era una cuestión moral y ética, más que nada.

—Bueno, seguramente vuestra empresa se iba a beneficiar de buena prensa. Hubiese sido una buena publicidad.

—Eso está claro. Nada se hace por puro altruismo.

—Y entonces llegaron estos cabrones —seguí atando cabos.

—Salcedi presionó mucho. Al principio nos invitaba a eventos en los que se nos ofrecía cierto tipo de regalos...

—¿Como cuáles?

—Fiestas de alto standing en los que hay “de todo” —recalcó.

—No sigas, no sé si quiero saberlo.

—Pero vio que por ahí no iba a conseguir nada y comenzó a hacernos chantajes, amenazas y extorsiones a todos los socios.

Claro, nunca lo hizo él directamente, enviaba a emisarios.

—En cuanto vi cómo se estaba poniendo el asunto me fui a Seychelles, aprovechando que tenía una operación que firmar en Tanzania. En un principio fuimos varios los que no cedimos, pero poco a poco fueron doblegándose. Después me enteré de que al final fui yo el único que seguía oponiéndose. Aun así, según el contrato, no se puede ceder ni revender la patente sin un consenso del cien por cien de todos los socios.

Javier no paraba de hablar. Sentí que se veía en la obligación de contármelo todo al milímetro. Supuse que necesitaba excusarse para que llegara a entenderle.

—Nunca imaginé que serían capaces de llegar a un secuestro.

—No te puedes imaginar hasta dónde pueden llegar. De hecho, hasta hoy no he sido consciente de la gravedad del asunto.

—Me aseguraron que no te tocarían. Pedí pruebas para cerciorarme de tu estado y me confirmaron que tendrías una estancia cómoda y sin traumas. Recibí varias fotos en las que estabas durmiendo, encadenada a una cama y...

—Estaría drogada. No he estado tan colocada en mi vida —dije con media sonrisa en la cara.

—Tuve los papeles encima de la mesa, a punto de firmarlos, y antes de hacerlo presentí que algo no iba bien. Revisé las fotos, las amplié y se las envié a Manuel, mi amigo el informático ¿Recuerdas? Le pedí que analizara los archivos. Los limpió, y cuando me los mandó de vuelta vi tu cara sin retocar. Vi tu cara amoratada, el labio partido..., entonces les dije que habían incumplido su parte y que por tanto firmaría en cuanto te liberaran. A partir de ahí la comunicación con ellos se interrumpió. Intenté ponerme en contacto con ellos, pero no hubo manera. Llegué a la conclusión de que ya no te tenían retenida y quise imaginar que te habrías escapado, aunque si te soy sincero, la idea de que podrían haberte matado me tenía machacado. En cualquier caso, no firmaría.

—Por fin, cuando di con Salccedi, le juré que si te había sucedido algo, filtraría todo esto a la prensa, y por supuesto, a la policía, si antes no le mataba yo personalmente. Se rio en mi cara diciendo que, primero tenía que demostrarlo, y que nadie me creería. Tiene una fama y una reputación intachable que se aleja mucho de la triste realidad.

—Cuando me dijo algo así como “menuda fierecilla que tienes en casa”, me dio la clave de que mis sospechas eran ciertas y si no seguían en contacto conmigo es porque habías logrado escapar.

—Pero tenías al resto de los socios que podían testificar. Son demasiados testigos...

—Por supuesto, pero no dirían nada. Los tenía bien comprados y amenazados para el resto de su vida.

—Mandaron una nota de prensa diciendo que estaba perdida y desorientada. Han maquillado el tema como si fuera una senderista que se había dado un golpe y estaba trastornada —le aclaré.

—No sé si mi chulería pudo haberte costado la vida. Siento haberte metido en esto. Lo siento muchísimo, de verdad —comenzó a sollozar, abrazándome por la cintura, sentado en la taza del inodoro, mientras yo le curaba los golpes.

Ahora ya sí que todo encajaba. La historia cuadraba a la perfección. El pobre Javier, delgado, pálido y debilucho, con la boca y un ojo hinchado, me

miraba inmerso en remordimientos. Le abracé y le besé en la mejilla.

—Además, recordé que te había mandado un correo justo el día en que decidí irme a Seychelles y...ahora no sé bien qué es lo que siento. Quizás podamos volver a intentarlo...

Entonces, percibí que, efectivamente, el amor que algún día había sentido por él se había esfumado por completo. Ahora era un cariño más fraternal que pasional. No dije nada, le miré, triste, porque yo, al contrario que él, ahora ya sabía qué es lo que quería.

Y una vez que guardé todo el botiquín le contesté:

—Sí, creo que lo mejor será llamar a la Policía —dije muy seria—, aunque ya no sé de quién fiarme. Y después, cuando estemos más tranquilos, hablamos de nosotros —.No sé cómo pude articular aquella frase, pero todo brotó de una manera espontánea, sin traumas, ni tragedias por las que llorar. Aquella experiencia me había cambiado por completo. La misma Eva que hacía dos semanas dudaba de sí misma, no tenía nada que ver con la mujer en la que se estaba convirtiendo.

Volvimos de nuevo al salón donde dos cuerpos yacían sobre mi blanca y peluda alfombra: el uno, cadáver y el otro sumergido en otra dimensión, ajeno a lo que le deparaba el futuro.

Miré a Ernesto, apreté los labios y suspiré, distinguiendo cómo me asolaba de nuevo la decepción y el engaño. Y supe que Javier me estaba observando, casi pudiendo adivinar que algo en mí había cambiado radicalmente. Después acarició la mejilla que tanto había mutado de color, se acercó y me dio un beso en la frente, asumiendo que todo había acabado.

Epílogo

Así fue la historia que le relaté a la Policía y reiteré posteriormente en el proceso para juzgar a mis captores. Desde entonces hasta ahora han pasado diez años.

Hoy por fin terminé de escribir la verdadera historia de mi secuestro, ya que por los cauces legales no obtuvo la credibilidad exacta.

Nunca olvidaré lo que sentí al llamar a mi amiga Carmen, tras la detención de Emilio y la retirada del cadáver de Max. Me contó cómo había estado supuestamente en contacto conmigo a través del móvil durante mi cautiverio. Dijo que habíamos tenido largas conversaciones por mensajería y que lo único que le extrañó fue ver que estuviese tanto tiempo enferma sin que la dejara verme. Supuse que Emilio/Ernesto se había encargado de contactar con todo aquel que podría descubrir el hecho de que estaba desaparecida.

Javier y yo nos divorciamos meses más tarde. A los pocos años, se casó nuevamente y es padre de un niño de cinco años

A día de hoy tenemos una relación cordial y vez en cuando nos llamamos para felicitarnos las navidades y los cumpleaños y poco más. Es feliz, mucho más de lo que lo fue conmigo, y yo me alegro enormemente por ello. María Dolores Sánchez Bonilla, Lola, fue condenada a cinco años de cárcel por participación en un secuestro. Durante el juicio, Lola se desmoronó varias veces, alegando que ella todo lo hizo por Max. También se justificó declarando no tener conocimiento alguno del por qué me habían secuestrado. No entendí por qué negaba rotundamente que yo hubiese estado encerrada en la cabaña, sino que reiteró varias veces que donde estuve retenida fue en la casa del “Padre Ernesto”. En la cárcel, Lola aprendió el oficio de costurera. Salió a los dos años y medio por buen comportamiento y, a día de hoy, trabaja en una fábrica de ropa en el Norte del país. A Enrico Salcedi fue literalmente imposible encausarle: Emilio no llegó nunca a testificar contra él y, cuando le preguntaron si tenía algún tipo de relación comercial o laboral con él, desechó tener cualquier nexo con el empresario. Nunca pudimos demostrar que mentía. El resto de los socios que habían sido extorsionados, al igual que Javier, no quisieron declarar. Todas las pruebas contra “Materia Dei” fueron

desestimadas, especialmente después del giro que tomó el juicio, tras la confesión de Emilio.

El fiscal fue tajante: sabiendo que Emilio se había declarado culpable y único responsable, lo primero que quiso saber fue cuál había sido el móvil del secuestro. Di un respingo en el asiento al escuchar cómo el supuesto sacerdote decía estar enamorado de mí y, debido a sus circunstancias profesionales, llegó un momento en que perdió la cordura. Fue hábil: la pena por un delito pasional siempre sería menor a la de pertenencia a una banda criminal. Estaba bien asesorado.

Le cuestionaron también cómo fue posible que me hubiera llevado hasta la el cuartel de la Guardia Civil, si él mismo me había secuestrado. Su respuesta fue resolutiva:

—No podía soportar verla sufrir más. Estaba completamente enajenada, repitiendo que había una banda que la perseguía —dijo mirándome a los ojos e interpretando el papel de enamorado—.

Creo que fue debido al golpe que se dio al huir de mi casa, perdiéndose en el monte. Cuando por fin di con ella, ni siquiera me reconoció.

Estaba fuera de sí, con un tobillo torcido y magullada por todos los lados. La llevé a mi casa de nuevo y allí le curé las heridas. Después, cayó enferma. Al cabo de varios días, y viendo lo mal que lo estaba pasando, decidí liberarla. Toda su obsesión era que tenía que ir a denunciar a sus secuestradores a la Guardia Civil. Yo sabía que no serviría para nada, pero no quería que siguiera sufriendo.

Era patético. Me pasé todo el juicio con la boca abierta, asimilando toda aquella historia paralela que se había inventado, sin embargo lo cierto es que aquel discurso le quedó tan coherente que la pena fue ridícula. Incluso pude percibir dudas en la mirada de Javier. Lo interpretó tan bien que, por unos instantes, llegué a dudar de mi propia versión. Solo un enfermo mental podía actuar así.

Cuando el fiscal preguntó por qué mató a Max, Emilio confesó haberlo hecho para defenderme. Supo que el checo (por fin averigüé su nacionalidad) vino a mi casa para asesinar-me.

—Max trabajaba para mí como guardés en mi finca —explicó Emilio—. Le di un empleo y un sitio donde vivir tras la rehabilitación. Pese a que yo sabía que era una persona inestable, parecía estar rehabilitado del todo. Pero una noche —recalcó simulando hasta el brillo en sus ojos—, nos vio manteniendo relaciones a través de la ventana. A raíz de aquello, su comportamiento cambió y comenzó a chantajearme a cambio de dinero. Me amenazó con ir al obispado a contar lo que había visto...

Todo cuadraba con la declaración de Lola, con el hecho de meterme en su casa. Fue impresionante ver cómo habían fabricado una historia completamente congruente, encajando todas las piezas a la perfección. Incluso se atrevió a describir en detalle las dos relaciones sexuales que tuvimos. Dio además datos de partes íntimas de mi cuerpo para que el jurado no dudara. Aquello fue definitivo. Afortunadamente, no me pidieron que demostrara si decía o no la verdad. No tuve más remedio que asentir cuando me preguntaron si tenía un lunar en el pecho derecho.

—Pero una mañana, Max entró en la casa y, sabiendo que yo no estaba, abusó de ella —hizo una dramática y sobreactuada pausa—. Max fue al apartamento de Eva a matarla. Se había enterado de que estaba libre y quería acabar con ella, pues tenía miedo de que le denunciara por violación. Si Max hubiera sido juzgado, con el historial que ya tenía, pasaría muchos años en la cárcel.

Así fue cómo el audaz Emilio justificó el asesinato de aquel que no era más que otra víctima de sus manipulaciones.

Cuando el fiscal quiso saber el contenido de la jeringuilla encontrada en mi casa, y con qué fin la había preparado, fue, como siempre, muy astuto. Les convenció diciendo que, en realidad la tenía lista para dormirme y volver a llevarme a su casa:

—Me bastó tan solo una noche sin ella para entender que no podría dejarla nunca, así que volví a su apartamento para traerla conmigo y, también por defenderla de Max.

Tras dos largas semanas de declaraciones, Emilio Alonso Morales, también conocido como el “Padre Ernesto”, fue tan solo condenado a dos delitos penales: secuestro y homicidio. El tribunal no tuvo en cuenta las

extorsiones a Javier ni su relación con Materia Dei y Salcedi.

La suma de las condenas superaba los 15 años de cárcel; sin embargo, Emilio desapareció misteriosamente del registro de presos a los dos años de la condena. Aún sigue en paradero desconocido.

A día de hoy, tras todos estos años, recibo algún correo electrónico que nunca abro. En todos ellos el remitente es diferente, pero el asunto es siempre el mismo: “Pero mira que eres cabezota...”.

FIN

Agradecimientos:

Gracias a David Orell, por las incontables pruebas que ha hecho con la portada, siempre con talante positivo y con su mejor sonrisa. Creo que a paciente no le gana nadie. Gracias por los chistes y los comentarios off the record. Has hecho que las revisiones sean de lo más amenas mientras corregíamos.

Gracias a Jose, que me ha soportado durante muchos, muchos meses, revisando, señalando errores, cotejando, discutiendo y alegando si esta frase suena mejor o peor. Gracias mil por los comentarios jocosos, las puntillas y repuntillas. Sé que no hay nadie mejor que tú para limar y dejar un trabajo perfecto.

Y gracias a Pedro, por hacer que todos mis proyectos queden casi casi perfectos.

Madrid, 17 de julio, 2015